

Enrique Llamas

LOS CAÍN



Enrique Llamas

LOS CAÍN



AdN > Alianza de Novelas

Un pueblo perdido en mitad de Castilla en las postrimerías del franquismo. Un joven maestro madrileño falto de experiencia y fuera de lugar. Una niña ahogada veinte años atrás. El fatal accidente de una adolescente para la que huir era la única salida. Una extraña epidemia que acaba con los ciervos del lugar, y el silencio, la nieve, la cerrazón y los secretos como únicos testigos, mudos e impasibles, del lento pasar de los días en un lugar olvidado, furibundo en medio de la nada, ahogado bajo odios enconados y rencores enquistados cuyo motivo nadie recuerda.

Con prosa medida, afilada, tan dura como las gentes que retrata, Enrique Llamas se revela, con esta novela cuyas raíces se traban en nuestra mejor tradición literaria, como un talento digno de ser tenido en cuenta, un narrador capaz de pergeñar una primera obra que quedará marcada en nuestra memoria por sus certeros personajes, su ambientación magistral y su testimonio, hondo y veraz, de un mundo que creíamos haber dejado atrás pero todavía sigue anclado en el corazón de este país.

Enrique Llamas

Los Caín

Edición en formato digital: 2018
Enrique Gutiérrez Llamas, 2018
AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Enrique Llamas

LOS CAÍN

*A mi padre que, sin saberlo,
me contó esta historia
A mi madre por ser la mía
A ambos, por el aliento*

—¿Por qué hace esto, agente Cooper?

—Porque hay que hacer algo por los lugares en los que el ámbar todavía significa frenar y no acelerar.

DAVID LYNCH, *Twin Peaks*

Dani enarcó las cejas espesas y ladeó ligeramente la cabeza.

El tono de voz de Víctor era excitado y dolorido:

—Él también odia, ¿sabes? —dijo pausadamente—: Odia como nosotros.

MIGUEL DELIBES, *El disputado voto del señor Cayo*

Y señaló un boceto que representaba a un hombre musculoso y desproporcionado apoyando la planta del pie en el pecho de un mono muerto.

—¿Sabes cómo se titula?

—No.

—Caín.

ANA MARÍA MATUTE, *Los Abel*

Los hechos registrados en esta novela tuvieron lugar en Castilla a principios de los años setenta. Que los crea quien lo tenga a bien.

Primera parte
Versos sueltos

Avanzan de dos en fondo

Nadie supo nunca que aquella primera noche la tumba de Arcadio Cuervo quedó mal cerrada. Y nadie, ni siquiera sus hijas, supo que siempre habría de estarlo porque en la tarde del entierro ya anochecía, y la cerraron de prisa y a ciegas. No sirvió de nada que al día siguiente, cuando la mañana apenas clareaba, la persona encargada intentase sellarla con la tranquilidad de quien sabe que, entre los vivos, los muertos solo dejan herencias.

El entierro de Cuervo fue uno de los muchos al que la mitad del pueblo acudió solamente en cuerpo. No había viuda, y sus hijas adolescentes se hicieron cargo de todas las premuras con las que dieron tierra al padre. El funeral por el alma de Arcadio escribió lo que a partir de ese momento empezarían a ser las costumbres de los vecinos durante los días de luto.

Fue Josefina, la mayor, quien instauró las pautas de aquellas situaciones en el nuevo Somino. La primera en sufrirlas fue su hermana Elvira. Tras ellos, todo el pueblo las asumió con la inflexibilidad que imponen algunas leyes.

A las niñas, aun cuando estaban ya canosas, el pueblo las trató con la compasión de quien no quiere imaginarse sin padres, unos sentimientos que dejaron en ellas la sensación de que siempre las mirarían como se mira a los desamparados. Unas hijas en eterno abandono porque la madre había muerto en el parto de la pequeña, y funeral y bautizo se celebraron en días consecutivos.

El recuerdo que tendrían de ella quedó enmarcado en la fotografía del bautizo de Josefina. Era lo que se decía en el pueblo una mujer guapa, con los labios pintados y el cuello inclinado como hacían las artistas de cine. Miraba —debilísima y feliz— a la cámara mientras sostenía en brazos a un bebé recién nacido. En la imagen aparecía sentada en el salón de su casa, el pelo cuidadosamente

ondulado caía sobre sus hombros. Venía de una ciudad del norte. De niña, Elvira observaba la fotografía apoyando sus manos en la encimera del aparador. Fijaba sus ojos en los de su madre —que en el blanco y negro intuía de un color tan parecido—, en el peinado que nunca nadie le enseñó a conseguir y en el supuesto rojo de los labios que no se atrevería a usar en su vida. Pero, sobre todo, miraba el traje de chaqueta negro sin ser capaz de encontrar la palabra con que decir que era elegante.

Desde que tenía memoria, su padre había dormido sobre un estrecho escaño en una alcoba sin ventana, aunque seguía guardando la ropa en la habitación que había compartido con su mujer. Más de una vez, cuando estaba sola en casa o cuando los demás dormían, entraba silenciosa en la alcoba que había sido conyugal para buscar aquel traje de chaqueta. Elvira respiraba el olor helado que salía del armario cuando lo abría de par en par, como un reducto donde el pasado feliz permanecía escondido, temeroso de ser conquistado definitivamente por otro olor más ácido. El día en que el cuerpo de su padre volvió a tocar la cama de esa habitación, después de varios años, fue aquel en el que ella y su hermana mayor lo colocaron allí para amortajarlo y velarlo.

En pocas ocasiones a lo largo de su vida se atrevió a preguntar en voz alta por su madre: nunca la nombraban. Tenía un miedo enquistado a la altura del hígado. Se negaba el derecho al dolor que suponía el no haberla conocido.

Sin embargo, su lado consciente nunca supo que el vínculo que mantenía con ella era aquel olor que al abrir las puertas del armario le acariciaba la cara con la fuerza de lo que promete no agotarse mientras se mantenga escondido. Era un olor seco que llenaba estómago y pulmones para pasar a la sangre cuanto antes. Se agarraba a su cuerpo de niña. Muchas veces, si Josefina se demoraba en aparecer, después de abrir el armario se dirigía hasta el antiguo tocador que llevaba tantos años sin usarse y se rizaba las pestañas con el envase metálico de una añeja vaselina que llevaba allí toda la vida.

Pero la tarde en la que murió su padre no se paró Elvira Cuervo a pensar en ese olor, aunque hubo un momento, cuando estaba sola, en el que colocó maquinalmente su mano en el tirador de la puerta del armario. No se atrevió a abrirlo por el pudor que en ese instante le produjo ver por primera vez a sus padres juntos. Cuando la mayor volvió de buscar en la despensa qué ofrecer de comida a los vecinos, con el rosario y el misal en la mano, ella ya estaba sentada en la misma postura en la que su hermana la dejó para irse a la cocina.

Las primeras memorias que tenía de ella eran flores de almendro prematuras, heladas en batalla, tan pequeñas que nadie hubiera podido decir que eran flores.

Elvira Cuervo recordó toda su vida el patio del colegio. Aquellos días en que una amiga se acercó a preguntarle, llevando en los ojos el brillo característico del miedo y la pena que dan los monstruos no culpables de serlo, si era verdad que su madre había muerto porque ella naciera. Al fondo del patio la peor de las crueldades: la infantil. También recordaría siempre gestos de desdén cuando su hermana le pasaba los platos enjabonados para que ella los aclarara y secara a la hora de hacer la vajilla, o cuando le tocaba ir a lavar ropa al arroyo.

Recordaba que Josefina no le dirigía la palabra cada trece de junio al salir de la misa de cabo de año, o cómo miraba a otro lado ese mismo día, a la hora de la comida, cuando su padre le daba el regalo de cumpleaños de parte de toda la familia: una comba, una peonza, una horquilla para el pelo. Recibía el regalo con un sentimiento de culpa que le hacía morderse la lengua, que le impedía sonreír con la normalidad con la que un niño sonríe el día de su santo, como todo el mundo llamaba al día de su cumpleaños.

Recordaba, sobre todo, aquellas miradas que solo tenían como objeto que Elvira las notara. Eran aleatorias, sin fecha ni hora ni comportamiento previo que las anticipara. Y eran tantas y tan de verdad que aprendió a temerlas en todo momento. Empezaban siempre de espaldas para acabar de frente; miradas torcidas, sin un quiebro. Llegaban sin aviso durante las cenas, en las calles cuando

caminaba detrás de ella sin que lo supiera, las mañanas de Reyes en que la niña todavía creía en Oriente. Hasta que Josefina se ocupó de que dejara de hacerlo.

Josefina la había tratado siempre con la displicencia de quienes hacen culpable a otro sin razón.

Nunca nadie en Somino, ni siquiera Arcadio Cuervo, hubiera dicho que sus hijas tenían entre ellas las peleas propias de las niñas de su edad porque no las tenían. Nunca nadie hubiera dicho que cuando no había más ojos delante, la mayor sacaba a pasear el fantasma encadenado de su madre para culpar del peso de los eslabones a la pequeña. Esto último Elvira jamás lo mencionó, nunca se atrevió a decírselo a sí misma. Los que creen ser parte culpable en un crimen dudan siempre si entregarse a la justicia.

Por eso mismo, la niña temía ya siempre las miradas de verdugo cuando se quedaban a solas o nadie las veía. Cada vez se espaciaban más porque ya no eran necesarias; habían cumplido su cometido: que las esperase siempre. Y por eso también recordaba otros momentos que sobresalían en la corriente, pescozones que no dejaban dormir.

Recordaba una mañana pálida, ayudando a quitar la nata de la leche, y la voz aún infantil de Josefina a su lado:

—... como mamá murió porque tú *nacistes*...

Y no recordaba más. Ni el comienzo de aquella frase ni su final, ni por qué salió por su boca. No recordaba si era invierno o verano u otoño, si iban a las escuelas o si estaban de vacaciones. Solo recordaba la luz amarillenta que tiene el papel viejo de periódico y que parecía salir de las paredes, el mármol blanco y frío de la encimera de la cocina, la presión exacta y cada vez mayor que soportaba su muñeca aguantando el colador en el que iba quedando atrapada la nata. Y aquella mirada.

La misma mirada que volvía en las noches de tormenta, cuando los plomos saltaban, mientras escuchaban en la radio *Matilde*, *Perico* y *Periquín* y Josefina acallaba los sollozos de su hermana:

—Si estuviera mamá, ella encendería el quinqué..., pero como

murió porque *nacistes* tú...

Muchas veces, cuando Elvira empezaba a notar esos ojos a su espalda, iba a buscar a su padre a las tierras. Para llegar bordeaba una buchina enorme que los del pueblo habían construido en la parte trasera de su casa.

—Pero niña, qué haces aquí.

Ella callaba siempre, y fue ese silencio hacia los demás el que, por su tenacidad, acabó extendiéndose a sí misma, anegándolo todo como una mancha de óxido, llegando a prohibirle, en las cercanías de la edad adulta, incluso recrearse en la foto del aparador en la que todo era latente aún: la muerte de su madre, la amargura del padre y su dedicación a las hijas, el escaño bajo y oscuro, la cama matrimonial abandonada, el aire tibio de cada san Antonio. Latente ella, que no había nacido aún, y lactante Josefina, sin dientes, calva, con la lengua de trapo, totalmente dormida y ciega todavía. Esa recién nacida que no hablaba ni miraba y que no sabía de su orfandad perenne y luego ya completa. Latente, sin ser como ella la conocía, sin el mínimo atisbo de que su hermana fuera a manifestarse como llegó a ser. Una imagen de un tiempo que murió en el momento en el que ella nacía y que su silencio le había impedido visitar siquiera mirando una fotografía.

Nada tenía que ver aquel bebé lejano con la Josefina quinceañera que tiñó y puso a secar ropas negras, una Josefina a la que le acababan de segar la juventud de antemano, pero no el bozo que se perpetuaría ya para siempre sobre el labio superior de su rostro y que dictó los códigos del luto al resto de vecinas.

Fue un accidente nefasto el que puso contra las cuerdas por primera vez a Somino y también el que causó la muerte a Arcadio Cuervo; su hija Josefina decidió que la primera en saberlo y ayudarla con los preparativos del sepelio sería su hermana Elvira.

A la mañana siguiente, con las ropas teñidas de negro y tras haber agitado el vino, sacado unos turrónes duros de la Navidad pasada o de la anterior y hacer todo el café que le fue posible, mandó a la niña a avisar al cura.

Los del Llano acudieron inmediatamente a la casa de los Cuervo. Los del Teso no llegaron hasta la incómoda hora de la siesta, muy ufanos ellos de tener razón respecto a lo que había ocurrido. A todos les sorprendió la velocidad del luto opaco, tieso y con nombre propio que tan rápido había bajado hasta esa casa. Era una niebla que caló en los cristales, en los quicios de las puertas, en las paredes, que las amarilleó como el tabaco para, de algún modo, no irse nunca. Don Dámaso, el párroco, preguntó nada más llegar si se había avisado a un forense, a un juez, a un médico o a algún tipo de fuerza viva del lugar que determinase la causa de la muerte.

—Mi padre está muerto y punto.

Fue entonces cuando alguien, cuya identidad el resto del pueblo tardó poco en conocer, avisó a la Guardia Civil desde Villabriz. En Somino no había teléfono, aunque pronto decidieron las Cuervo montar en su salón una cabina para ganarse la vida.

De esta forma llegaron Curro y Palomo por primera vez a Somino, aunque todavía no habían recibido esos motes. Tampoco sospecharon que acabarían conociendo las calles de ese pueblo tanto como desconocerían el interior de sus casas. Aquella primera ocasión no les temieron los del Llano, ninguno excepto Josefina, y los del Teso pensaron que a lo mejor caía alguno en chirona. Pero esa fue la primera vez y, por lo tanto, transcurrió distinta a todas las demás, porque al final todo el mundo en Somino acabó temiendo a aquella figura formada por dos tricornios de sombra alargada. Fueron las cuatro manos de aquellas capas verdes las que manipularon el cuerpo, decidieron que había sido accidente, comprobaron que todo se debió a una piedra secamente ensangrentada que se le había clavado a Arcadio Cuervo mientras caminaba hacia atrás, con la carretilla, en un extraño campo yermo que había cerca de la casa. Se atribuyeron unos conocimientos médicos tan oxidados como sus uñas largas y amarillas, y que no pensaba ejercer el doctor, quien, a su llegada a la casa, se encerró con los guardias civiles y una botella de vino, dictaminó la muerte por contusión craneoencefálica sin consultar ni el cráneo ni el

encéfalo ni la piedra ni la contusión, y recurrió al testimonio de la hija mayor sin fijarse en que los ojos de aquella muchacha a lo mejor se movían demasiado nerviosos. Le hicieron contar cómo fue la caída de su padre y ahí se acabó todo. Nunca se plantearon que quizás ella no había estado presente en el momento del accidente.

Nadie pidió más informes que el de los tricornios y el de ese médico que ya llevaba muchos años postergando su jubilación. Si no hubiese sido así y se hubiera tratado de otro alcalde, otro forense, otro tiempo, otro tipo de autoridad la que hubiera visitado aquellas tierras yermas donde perdió la vida Cuervo, se hubieran dado cuenta de que hasta hacía poco allí pasaban el rato los niños bañándose en una buchina cuya huella aún estaba fresca en la tierra. También de por qué sufría tanto horror aquella Josefina que decía haber visto caer a su padre sobre una piedra.

Ese fue el día en que ya para siempre don Dámaso supo que serían don José Chamorro y don Esteban Pisabarro —el Curro y el Palomo— las dos únicas figuras capaces de seguir infundiendo terror en los habitantes del pueblo, ya dividido para siempre en ese primer funeral de esta definitiva etapa. Daban miedo, pero también cautela, a aquellos parroquianos que mostraron su separación física al sentarse los del Teso en el lado derecho de la iglesia y los del Llano en el lado izquierdo, mirado todo desde el ángulo supervisor e impotente de monigote asustado y quemado por el sol que era el párroco. Un espantapájaros. Se trataba de una división rectilínea, visible incluso para los más ignorantes, capaz de permanecer inmaculada dos décadas más tarde, en el entierro de una joven que no llegaba a los veinte.

El funeral de Arcadio Cuervo no se retrasó como lo haría, muchos años después, el de Antonia Lobo, porque en esas circunstancias las huérfanas siempre mandan. A Arcadio le fueron dadas las preces a las siete de la tarde. Hubo que llevarlo rápido al cementerio porque ya oscurecía, mientras detrás del féretro la hija mayor ordenaba a los que lo cargaban que apretasen el paso.

—Josefina, será mejor hacerlo mañana. Podemos dejar el cuerpo

en la iglesia. Si celebramos el funeral vamos a tener que ir a mataballo porque se nos hace de noche. Intenta convencer a tu hermana. Podéis quedaros a velarlo si queréis.

Pero ella fue inflexible ante el cura y, nada más salir por la puerta de su domicilio los dos números de la Guardia Civil y don Pablo Julián, médico forense en su actitud y borracho profesional, le impuso que el funeral durase tres cuartos de hora. Y fue por eso, por falta de luz, por lo que la lápida no se pudo fijar bien, algo que nunca supieron los habitantes de Somino.

—Si no se mueve la lápida, déjala, y si hay que acabar, mañana se acaba a primera hora —ordenó la mayor de las Cuervo deslizando un billete en el bolsillo del enterrador—. No hace falta que se enteren los vecinos, ya se sabe que en los pueblos se habla mucho.

Y así ocurrió que nadie supo nunca que aquella primera noche la tumba de Arcadio Cuervo quedó mal cerrada. Y ni siquiera sus hijas se dieron cuenta de que siempre habría de estarlo porque al día siguiente la chapuza estaba seca y era imposible arreglarla. Tampoco don Dámaso lo supo. Cuando llegó al cementerio para rezar de nuevo ante la tumba parca y también reciente de la niña Esther, el enterrador que había intentado rematar sin éxito la faena ya se había ido. El cura tampoco reconoció, ni a nadie ni a sí mismo, que había sido él quien montó en una bici oxidada para llamar desde la casa de teléfonos de Villabriz a los guardias. Fue él quien marcó y memorizó ya para siempre el número que establecía conexión con la casa-cuartel y con don José Chamorro y don Esteban Pisabarro. Aquella fue la primera vez, y en los siguientes años no dudó en llamarlos cuantas veces hiciera falta, recordando en cada ocasión a las ya huérfanas de teléfonos que era pecado mortal escuchar las conversaciones de los demás. Después, el párroco llevaba su mano izquierda a aquella distancia que mediaba entre el auricular y su boca, dejando solo al conocimiento de Dios sus anónimas denuncias. Siempre había renegado del cuerpo como renegaría más adelante de aquella pareja de ineptos con oídos rebosantes de cera, pero nunca dudó en volver a llamarlos con culpa porque, amargamente,

aprendió que eran ellos la única autoridad capaz de conseguir que el pueblo, que sangraba para siempre su división en dos mitades, estuviera tranquilo. Lo hacía con la pena del domador recién estrenado. Y lo siguió haciendo sin que se le quitara ese tembleque interno al agarrar el látigo, avergonzado ante Dios, anónimo, sin que su mano derecha supiera lo que hacía la izquierda, hasta un día de san Fulgencio en que murió. Entonces las huérfanas de teléfonos entendieron que, con una buena penitencia, se salvarían de la condena por poner la oreja a las llamadas que los demás hacían por el teléfono con el que se ganaban los duros. Y fue la muerte del cura la que acabó de descubrir a los vecinos de Somino de quién era la voz que avisaba a la Guardia Civil, porque tras el deceso las huérfanas poco tardaron en hablar.

No volvieron los guardias tras la muerte de don Dámaso. Y ya eran recordados como una batalla vieja cuando, en aquel mismo lugar, Sofía León consiguió desarrollar un impulso por el que acordarse de regar los geranios del balcón cada día. Sin embargo, aquella mañana en que mediaba septiembre, la misma en la que volvió la Benemérita, se olvidó de hacerlo.

Los geranios eran unas plantas persistentes y tozudas que se negaban a tener en cuenta las inclemencias del tiempo: quizá por eso florecían. Sofía las había puesto allí, de cara a la calle, porque no quería asumir ante los vecinos la derrota que supondría cuidar de cualquier otra planta más exigente. A finales de verano todavía mostraban parte de su color, doblado, eso sí, por las horas de estío. Si aquel día Sofía no se hubiera olvidado completamente de sus plantas, habría dejado a primera hora la puerta del balcón entreabierta, pero como no fue así, el interior de su casa no traslució aquella mañana en absoluto a la curiosidad de sus vecinos, una curiosidad que despertaba chismorreos y desconfianzas. Estas habladurías ella las cogía de refilón, siempre sin dar respuesta.

Era un rencor predefinido, hecho con plantilla, el que tenían los habitantes de Somino hacia aquella casa, porque la habitaba una forastera a la que jamás debían dejar ser partícipe en la vida del

pueblo. Un rencor muy distinto al que los vecinos de aquel pueblo recuperaron hacia la pareja de la Guardia Civil que, desde primera hora de la mañana, aguardó en las puertas del colegio a su director. Estaban demasiado rígidos para que los vecinos notaran ese titubeo miedoso que se dejaba ver en sus rodillas cada vez que cambiaban de postura, cada vez que Patricio Codesal y Sisinio Calleja sentían la marca del tricornio sobre su frente. Llevaban ese día los vecinos una postura de falso recogimiento, con los hombros aproximando sus posiciones, pero la cabeza demasiado alta como para llorar sinceramente en el funeral que estaban a punto de presenciar. Entre aquella gente, mirando con un instinto animal a la autoridad, estaban Josefina y Elvira Cuervo, en quienes se fijó el joven maestro que aquel día comenzó su sustitución, un muchacho guapo pero con la cabeza despiadadamente grande. Las hermanas avanzaban vestidas de negro y muy juntas, arrimando entre ellas un hipotético dolor para hacerlo parecer más grande y más negro, más ostentoso. Entoñaban todo el color. Rondaban sus años civiles apenas los cuarenta, los que se apreciaban desbordaban con creces el cauce de las seis décadas.

La muerte de Antonia Lobo había pillado a Somino con las zapatillas de andar por casa y a deshora, la madrugada del primer domingo de septiembre. Tenía diecinueve años y a nadie le sorprendió. Los del Llano pensaron en las obligaciones que suponía un fallecimiento de ese cariz: acudir a la iglesia con el calzado de fiesta, pasar por el ábside a dar el pésame y que un par de personas en representación de las demás fueran al cementerio. Porque para los del Llano, de donde eran las vistesantos Josefina y Elvira, aquello había sido una muerte merecida y buscada, pero para los del Teso, el lado norte de Somino —y esto los del Llano lo sabían—, aquello era una batalla perdida.

Los diarios provinciales apenas habían reseñado una breve nota, a una sola columna, que sobrevoló el superficial interés de los periódicos como una mala niebla de primera hora: «A. L. J., de diecinueve años, resulta muerta tras despeñarse a altas horas en la

sierra de la Culebra». Decía la prensa que al parecer la joven había frenado en seco en una curva cerrada y oscura, conocida en la zona por su peligrosidad. Solo uno de los periodistas aludió muy brevemente a la carencia de A. L. J. de licencia y del permiso paterno para conducir. Ninguno incluyó fotografía. Los lectores más avisados, aquellos que por hábitos de provincias leían las esquelas, se dieron cuenta de que la de una chica de diecinueve años no fue publicada hasta más de diez días después, anunciando el funeral y posterior entierro a la mañana siguiente. Poco más dijo la radio: a Somino llegaba distorsionada y costaba acostumbrar los oídos para distinguir las palabras del chisporroteo constante que las envolvía.

Pero, durante esos largos días que trascurrieron desde la muerte hasta el entierro de Antonia, a más de uno de los del Llano, los del sur, les había dado tiempo a cavilar que algo raro ocurría para demorarse tanto el anuncio del funeral. Cuando llegó, se comentó en voz baja y sin que mediara esquila colgada en el descuidado pórtico del templo gótico, como si hubiera alguien interesado en que nadie se diese cuenta de esa tardanza. Nadie se paró a pensar que, qué casualidad, Arcadio Cuervo también había muerto de un golpe en la cabeza tanto tiempo atrás. Las casualidades, a veces, son tan comunes como las cicatrices en las rodillas de los niños. A Josefina y Elvira Cuervo, del Llano, que desde la muerte de su padre, más de dos décadas atrás, habían vivido solas, asustó y sorprendió la presencia de un par de tricornios. Hacía más de veinte años que no veían sus pasos de plomo ni el charol de sus calaveras.

Preparativos de viaje

Se había esforzado durante días por preservar el olor. Incluso cuando el sol quemaba a través de los cristales de la ventanilla, los había dejado cerrados por miedo a que se escapara. Cuando vio aparecer ante sí la Puerta de Alcalá, pensó que había conseguido mantenerlo intacto durante su primer viaje de carretera.

Dentro todo era suave: los asientos de pelo azul verdoso aún no levantaban oleadas de polvo al poner una mano sobre ellos. La palanca de cambios brillaba, y cuando sacudía las alfombrillas apenas conseguía que cayera de ellas algo de suciedad. Él aún no lo sabía, pero una llamada apresurada que no iba a tardar en recibir le haría perder la costumbre de acariciar el volante antes de girar la llave de contacto. Hacía esto como si quisiera comprobar que todos sus puntos distaran lo mismo del centro, que la circunferencia seguía inmutable a las leyes de la geometría. Antes de bajarse cuidaba también de volver a colgar del espejo retrovisor un rosario que su madre le había enrollado ahí la noche en que llegó con el coche. Lo primero que hacía al alejarse de casa era esconderlo en la guantera.

—En las carreteras hay que ir seguro, hijo. No hace falta que me des las gracias, es un regalo. Te he dejado además bien guardado un paquete de Bisontes. Ven, que te dé un beso.

Cuando Javier le vio colocar el rosario al aproximarse al cruce de Claudio Coello con Hermosilla, justo antes de darle el coche al portero para que lo aparcara, se rio sin pudor. Desde pequeño siempre había sido de los más altos de la clase; lo seguía siendo ahora, sentado en el asiento del copiloto. Tenía los hombros redondos y las piernas rotundas, como si con ellas disparara a patadas los comentarios despectivos que mermaban a todo el que estuviera delante.

—Pero, hombre, qué haces colgando el rosario del retrovisor.

—No tengo ganas de discutir con mi madre. Por cierto, ahora que la guantera está abierta, hay un paquete de tabaco ahí. —El rosario y el comentario de su amigo le hacían sentir más pequeño. Aún no se había decidido a dejarse barba como Javier. Mientras, de reojo, veía cómo las espaldas del amigo casi desbordaban el antes no tan pequeño asiento del copiloto.

—Menuda sudada llevo, qué manía la tuya de no abrir las ventanas.

No hizo caso al comentario. Dentro de él había cierto pudor infantil a reconocerlo, pero quería que aquello no se perdiera. Más se esforzaba en esa batalla cuantos más elementos olorosos veía: un rosario de parte de su madre era digno de ella, pero que estuviera perfumado... También estaba el paquete de Bisontes, como si ella sola quisiera acabar con lo que más le gustaba de su coche nuevo. Incluso habían parado a fumar tres veces en el trayecto para no hacerlo dentro.

—Chico, los coches los hacen con cenicero por algo. Piénsalo, usa esa cabeza tuya tan grande.

Los asientos eran suaves y estaban limpios, la palanca de cambios brillaba y el volante era una circunferencia tan perfecta que le daban ganas de desencajarlo suavemente y usarlo para explicarles a sus futuros alumnos, fuesen quienes fuesen, que las circunferencias lo eran porque todos sus puntos estaban a la misma distancia de un lugar llamado centro. Equidistancia, se dice. Nada de monedas o culos de vaso. La circunferencia perfecta era la del volante de un Seat 127. Y, sin embargo, lo que más le gustaba no era eso, lo que más le gustaba lo percibía nada más abrir la portezuela del coche: el olor a un material diseñado para él, el de un elemento que le transportaría al futuro. Estaba en su salpicadero mate y limpio, en las dos esferas que indicaban velocidad y revoluciones, en la ruedecilla dentada que le permitía ajustar el asiento a la distancia perfecta para asir el volante. Olor a coche nuevo. Eso era lo que él había comprado con sus ahorros y lo que temía perder con el paso del tiempo.

Al bajar para darle las llaves a Braulio, el portero del edificio donde siempre había vivido con sus padres, sacudió él mismo la alfombrilla sin conseguir que cayera nada más que un tenue resplandor polvoriento y gaseoso. Se miró, obsesionado, las suelas de las J'hayber blancas. El pavimento de la ciudad de provincias de donde venía tampoco estaba muy sucio.

—¿Ya de vuelta, señorito Héctor?

—Héctor solo, don Braulio.

—De acuerdo, señorito, pero quíteme usted el don.

Don Braulio trataba a los inquilinos con la misma pompa con la que los reposteros envolvían los hojaldres en Viena Capellanes, la pastelería predilecta del barrio. El primer día que el portero vio a Héctor llegar con su coche nuevo supo que durante largo tiempo sería su propietario quien sacudiría las alfombrillas. Le gustaban los dos: niño y coche. El niño, porque no se había acostumbrado a que hubiera dejado de serlo y ya estuviera diplomado; el coche, porque dentro de él podía soñar a sus anchas. No era un modelo grande. Abultaba más la sonrisa de su dueño.

Venía pitando desde antes de girar la Castellana.

—Pero, señorito, ¿un Seat?

Sería facilísimo aparcarlo, pensó, las plazas del garaje de la finca estaban pensadas para grandes Mercedes que —como reproducidos por papel de calco— se alineaban en los sótanos del edificio.

—Me lo he comprado yo.

Don Braulio se dispuso a aparcarlo.

—No, no, hoy que es el primer día lo aparco yo. —Héctor se inclinó sobre la puerta del copiloto sin bajarse, parecía que su sonrisa iba a chocarse contra el salpicadero—. Súbase, suba, qué, cómo huele.

Aquel coche olía a los sueños del portero, olía a un domingo por la tarde en el que llevar a su mujer y a sus hijas de paseo y a merendar a Los Ángeles de San Rafael. Olía a mar, a llevarlas orgulloso a Benidorm la primera semana de agosto. Dentro de ese coche podía soñar. Los Mercedes a sus imaginaciones les quedaban

grandes.

—Si quieres un coche yo te lo compro —le había dicho a Héctor su padre—, un coche bueno.

Tres años le había costado superar el disgusto de que su hijo no hubiera estudiado Ingeniería de la Electricidad. Ahora, tras ver sus notas en la escuela de Magisterio, parecía habersele pasado.

—Vamos al concesionario, todavía se acuerdan de nosotros, y vemos qué tienen por allí.

Tras acabar esa frase venía la segunda parte.

—Y pasamos por el Pilar. Que sepan que has acabado ya. Hay maestros a punto de jubilarse, el director te tiene cariño.

Pero el chaval se había empeñado en comprar el coche con sus ahorros. En su cabeza resonaba, con el soniquete de los anuncios de la radio: «Seat, en rodaje». Aquella voz varonil y profunda se le había asentado, reverberante, dentro de las tripas.

Apenas un mes después, Héctor Cruz miraba junto con Javier Román cómo el 127 desaparecía tras la puerta del garaje. Perdían su sonido, cada vez más lejano, como quien ve alejarse el coche de línea con un ser querido dentro.

—Vamos, hombre, que se nos calientan las cervezas, vamos a bajar donde Joselín. —Su amigo tenía sed.

—¿Esperamos a que vuelva don Braulio del garaje para que suba las cosas a casa? Ya vendrás luego a recoger las tuyas...

—No, que tu madre me lía.

—La culpa la tienes tú, por andar comprándole siempre los boletos de la Sección Femenina, cualquiera diría que comulgas con la causa. —Héctor parecía enfadarse, pero sin quitar ojo a la puerta.

—Qué dices, si es una buena obra.

—Sí, no me jodas, el otro día oí a una amiga de mi madre decir que en el treinta y seis vio a Carrillo pisar una hostia. Serán carrozas...

Bajaron al bar de Joselín con las dos bolsas de deporte y la caja que habían sacado del maletero del coche. Allí estaban las cuatro cosas que habían recogido de la pensión de doña Reme, la fonda de

provincias en la que Javier había vivido los últimos cuatro años y de la que había huido por unos líos de faldas con la hija de su patrona.

Al local de Joselín se entraba por una puerta de madera adornada con cristales verde oscuro. Estaba en un semisótano, y la poca luz natural que entraba se chocaba contra los revestimientos de caoba. La barra era de mármol negro y los sillones de terciopelo color botella. Ellos siempre iban a esa hora porque no había llegado aún la parroquia habitual del «pueblo». Así se llamaban a sí mismos los habitantes de aquel barrio de anchas aceras arboladas que mezclaban el olor a alquitrán con el de magdalenas esponjosas.

—Espera un segundo, voy a llamar a casa para avisar de que estamos ya aquí —comentó Héctor nada más pedir dos cervezas.

—Tu madre, además de beata, es una histérica.

—Te ha dado hoy con mi madre.

—Es que tiene unos collares muy bonitos —comentó con sorna.

Mientras Héctor se alejaba, Javier apuró la primera botella que le pusieron sobre la mesa. Al lado tenía *El Caso*. Como su amigo no miraba, decidió doblarlo y lanzarlo al otro lado de la barra. Sabía que si veía ese periódico, él mismo pasaría a un segundo plano. El día anterior, cuando salió de la ducha, lo encontró en la habitación que habían compartido con un ejemplar de *Yo maté a Kennedy*, pero no estaba leyendo su interior, sino el papel de periódico que forraba su portada.

—Mi padre es un bestia —le dijo esa noche mientras él inundaba la habitación con su olor a colonia—. Ha forrado el libro con un periódico viejo, pero no se ha dado cuenta de que es un ejemplar que yo quería guardar.

—A ti todo te indigna, como cuando te suspendieron por...

—¿Por mencionar en un examen a Giner de los Ríos? El profesor era un ignorante. Y un facha —añadió bajando la voz.

Javier Román sabía desde hacía muchos años que si quería mantener una conversación con su amigo, mejor era que este no se encontrase con ninguna letra impresa: tenía la virtud de quedarse pegado a ellas como las lenguas a los hielos. Cambió su postura

para tapar la silueta del periódico doblado. Héctor volvía del teléfono mientras observaba con atención todos los puntos de la barra del bar.

—Vaya, hoy no tienen la prensa. Mis padres ya están avisados de que hemos llegado, se lo había dicho don Braulio. Se han enfadado porque no has subido a saludar.

—Haberles contestado que otro día subo.

—Claro, como siempre. Por cierto, me han preguntado si has decidido qué vas a hacer con tu vida.

—Además de trasladar el expediente de la universidad para volver a Madrid, no sé... Donde estaba había mucho prestigio, pero como en casa en ningún lado. Seguro que aquí me sale algún chaval para entrenar, cada vez está más de moda el tenis.

Javier decía todo esto mientras hurgaba en su bolsa de viaje y sacaba un frasco de Varón Dandy. Durante el trayecto lo había volcado usando como tapón su muñeca derecha, que luego refregaría en cada ocasión contra la izquierda y en el cuello. A Héctor Cruz le parecía que todo el mundo atentaba contra su Seat 127 y su olor a futuro. De fondo, en la radio, sonaba una crónica taurina.

—Este Domingúin... No se sabe retirar.

La puerta del bar de Joselín se abrió. Una joven en uniforme negro con delantal y cofia se aferraba al tirador como si no se atreviese a soltarlo. Venía con la frente brillante de sudor. Parecía haberse dado cuenta en ese momento de que nunca había entrado en ningún lugar como aquel y que, de alguna forma, era un gato asustado y frío fuera del calor de la cocina. Buscó nerviosa con la mirada dentro del bar, la voz de Héctor le mandó la señal de auxilio.

—Lourdit... ¡Lourdes!

Hacía menos de un año que aquella muchacha había entrado a trabajar en su casa. Tenía su misma edad, y desde el primer momento él se había fijado en que se ayudaba con el dedo para leer los ejemplares atrasados del *Lecturas* que su madre dejaba en la cocina.

—Señorito. ¡Señorito!

Levantó la mano para acabar de cerciorarse de que él la veía; estaba tan intimidada por aquel bar de luz verde y vidriosa, por el desacostumbrado olor a habano, que había dado dos pasos hacia atrás mientras rebajaba el volumen de su llamada. Héctor Cruz, el señorito, se levantó azorado mientras la miraba. Para acabar de amortiguar su voz, el teléfono del bar empezó a sonar, como si su timbre de taladradora metiera a Lourdes bajo una campana metálica. Aun así, cumplió con el recado que debía transmitir:

—Acaban de telefonarle a usted desde el Ministerio —le dijo a Héctor.

—¿Del Ministerio? ¿Y siguen al teléfono en casa?

—No sé, la señora me ha dicho muy nerviosa que bajara a por usted.

Javier Román también se había levantado. Se inclinaba sobre la barra para bajarle el volumen a la radio. Aquello era demasiada charanga incluso para él. Y no, Dominguín no se acababa de retirar, no tendría que haber vuelto al ruedo.

—Chaval, eh. Al teléfono, es para ti. Es el Ministerio. —Joselín no estaba acostumbrado a ese tipo de llamadas en su bar.

Héctor miró como un niño perdido a la criada, buscando en sus ojos los de aquella otra que le había visto crecer y que había fallecido un año antes.

—¿Lourdes? —buscaba una explicación.

—Será que su madre les ha dado a los señores del Ministerio el teléfono de aquí... Lo tiene el señor en su colección de posavasos...

—Iba a poner una mano sobre el hombro del muchacho, pero el pudor se lo impidió.

—Chaval, corre, que si es conferencia el contador vuela. —Joselín apremió a Héctor.

—El Ministerio está en Madrid, agarrado. Y si es conferencia, que la paguen ellos —le contestó Javier a Joselín.

Héctor caminó con paso ligero hacia el teléfono y agarró el auricular con las dos manos, como hacía cuando niño. Lourdes se

quedó en la puerta. Cuando se dio cuenta de que la cofia se le había torcido ligeramente, se la colocó con las puntas de los dedos, como si tuviera las manos muy sucias. Después, avergonzada, se alisó el delantal immaculado. Menos mal que aquello la había pillado con el uniforme de servir y no con el de cocina. El amigo del señorito palmeó una butaca alta de piel que tenía al lado.

—Ven, guapa, siéntate, que te invito a un vaso de soda.

—No, no, no.

Los noes se pisaban los unos a los otros. Lourdes se aferró de nuevo al pomo de la puerta; no sabía si tenía que salir, pero lo que no iba a hacer era entrar del todo. Héctor tapó el micrófono del auricular con una mano y pidió casi a gritos una servilleta y una pluma. Ella agitó nerviosa las manos. No tenía nada de eso, y ya iba a ofrecer su delantal para limpiar lo que fuera cuando comprendió que la servilleta era para escribir en ella. Menos mal que Joselín solucionó aquella papeleta, pensó, porque le hubiera dado pavor acercarse a la barra. De golpe, todo quedó en un silencio en el que se intuía el rasgar de la pluma. Lourditas seguía sin saber dónde parar quieta la mirada. Su señorito colgó. Estaba sonriente y nervioso, con un gesto muy parecido al de la señora cuando salía a las rifas.

—Era el Ministerio de Educación y Ciencia. Me han llamado para un trabajo el curso entero. Me han dicho el nombre del pueblo, no lo había oído nunca antes.

Otra vez a hacer equipaje, pensó la criada. Esta vez sería una maleta grande. Sabía que el señorito Héctor no se dejaba ayudar, pero menos mal que metió mano la última vez. Si no llega a ser por ella, marcha de viaje sin muda.

Segunda parte

Trozos de espejo

Un desierto arado

No tenía nada que lo hiciera siniestro, pero le sobraba algo para dejar de parecerlo. Los vientos amarillos se plegaban a las suaves ondulaciones de un terreno que, según la sensibilidad de las yemas de los dedos, al atardecer ya tenía las sombras frías.

Los campos de girasoles mostraban la humillación de sus cuellos rotos y las alpacas de paja se asentaban peladas y secas en medio de la aspereza yerma de septiembre. La carretera era estrechísima y de doble sentido. A ambos márgenes, el terreno se ondulaba como una sábana recién almidonada a la que aún no aprisionan los cuatro lados de la cama. La suavidad se revelaba tosca al borde de las cunetas.

Llevaba las ventanillas de su Seat 127 cerradas y hacía tiempo que había dejado de entender lo que Serrat cantaba sobre el Mediterráneo desde la radio: unas violentas interferencias empañaban su voz. De vez en cuando una acequia y un chopo, o un álamo, lo cubrían de sombra. Pensó que aquello podía ser algo parecido a una película de sesión continua porque estaba de pronto en medio de un paisaje que parecía siempre el mismo. Y vuelta a empezar.

Un temor infantil, de estos que se saben imposibles, empezó a crecer en la cintura de Héctor Cruz Fernández. Creía que aquella carretera no se acabaría nunca. Nunca los girasoles muertos ni la suave carpa de circo que le rodeaba. Imaginó que el sol tampoco iba a bajar para alargar las sombras y, aunque se diera la vuelta, no habría manera de escapar de aquel camino que no tenía ni siquiera los kilómetros marcados y que era paralelo a todos los demás.

El joven maestro se tranquilizó cuando vio que el sol empezaba su declive, y se dijo que si el atardecer llegaba, aquel camino tendría que tener fin.

De pronto la carretera se degradó como si la hubieran arañado. El coche empezó a saltar por culpa de la grava suelta y recalentada. ¿Qué lugar le había tocado en suerte con los caminos tan dejados de la mano de Dios? Justo en ese momento pareció que un pueblo brotaba a ambos lados de un inexistente arcén. Se desparramaba por aquel terreno como un charco, sus casas del color de la misma tierra; en las cunetas de su suelo de cemento se amontonaban pétalos machacados y serpentinas ya húmedas con las dentaduras de los botellines de cerveza abiertos durante los tres últimos días. Eran las fiestas patronales en honor a la Virgen.

El bar se veía desde la misma entrada del pueblo. A su puerta se acumulaban las cajas de cerveza, y ante él un hombre color granate lo miraba.

—Perdone, ¿sabe si voy bien a Somino? —preguntó, prendiéndose un Bisonte mientras sacaba medio cuerpo por la ventanilla.

—Te has equivocado. Mira, hay un camino más corto. Hace muchos años que no lo cojo, ni yo ni nadie, y no lo han arreglado. Lo mejor es que vuelvas por donde has venido, sigues la comarcal hacia tu derecha y en unos siete kilómetros hay un desvío. Tira por ahí y sigue recto. Si es que ya nadie va a Somino, y bueno, tampoco ellos salen de allí.

—¿Y eso? —Héctor Cruz sonrió extrañado a aquel individuo que lo miraba envuelto en una camisa mucho más ancha que su cuerpo.

—Cuando *marchastes* hace casi veinte años, dejás de saber qué puede haber pasado. —El hombre pareció darse cuenta de un antiguo comportamiento que le prohibía hablar de esas cosas—. Vuelve sobre tus pasos y no le digas a nadie que te has perdido. Si lo cuentas, en Somino no tendrán ningún problema en descojonarse de ti. —A sus espaldas empezó a llegar el sonido de otras ruedas que aplastaban la grava. El hombre se extrañó, dos motores en un día eran demasiados—. Qué mal agüero, tú.

Héctor se giró ante esta última frase. Acababa de llegar un coche color negro, largo como un lagarto, cubierto por coronas y ramos de

flores. Dos hombres en traje salieron de él y se dirigieron hacia ellos. Parecía que iban a empezar a llover rosas y crisantemos blancos.

—Perdonen, esto no es Somino, ¿no?

El lugareño, que ahora sujetaba a Héctor de la nuca, contestó por él.

—El que faltaba *pa'l* duro. —Y, tras repetir las mismas indicaciones, miró a Héctor y dijo—. Id juntos y así no os perderéis. Que lo entierren rápido, chaval, y lo siento.

No quiso sacar a aquel hombre de su equívoco: él no iba a ningún funeral. Lo último que oyó antes de arrancar fue su voz dirigiéndose hacia los de la funeraria. El hombre tenía el gesto de quien pretende que su pregunta pase desapercibida aunque la formule a gritos.

—¿Quién es?

—Se llamaba Antonia Lobo.

El individuo de color granate agachó la cabeza y en voz baja, sin que nadie advirtiera lo que decía, resguardando inconscientemente sus palabras de los oídos de los demás, masculló:

—Lobo... Cómo deben estar los del Teso.

Cuando Héctor Cruz arrancó, el aire volvió a entrar perezoso y cálido por las ventanillas del 127. Avanzaba cada vez más sudoroso por aquella carretera. Pegado en todo lo posible al coche negro que lo antecedió, era capaz de ver su contenido oscuro y barnizado lanzando destellos rápidos. Su negrura resaltaba contra el blanco de las flores del exterior, contra el verde oscuro de las cintas donde se leía que distintas familias la echarían de menos.

Siguieron el camino indicado. La carretera hizo temblar el coche como nunca antes. Los dedos de Héctor Cruz giraban el dial de la radio, incapaces de cualquier resultado. En ese momento la visión del coche fúnebre empezó a difuminarse con el polvo que levantaba a su paso. Héctor notó que sus manos le dirigían a un lugar desconocido del que no sabía nada. Un lugar que no tendría más que hacer que aplastarlo con la fuerza de su gravedad contra un suelo sin aceras.

—Joder. —Y golpeó con rabia la guanterera al comprobar que la radio había dejado de funcionar completamente.

Una calle ancha dividía Somino en dos y se angostaba hasta el pórtico de la iglesia que, enorme y oscuro, mostraba la pérdida de una antigua fastuosidad. El firme volvía a ser gris y una larga grieta dividía el cemento haciéndolo parecer un tejado a dos aguas. La mitad de las casas se achaparraba contra una pequeña ladera, como si el espacio hubiera mermado tras construir las viviendas, y las del otro lado crecían trasplantadas en lugares más grandes hasta el margen de un arroyo. No había señales de tráfico y solo estaba asfaltada la vía principal. Todas las construcciones eran bajas, de uno o dos pisos, y se mantenían en pie a pesar de la sequedad del adobe. Muchas parecían abandonadas, con las persianas bajadas más de un lado que de otro, todas marrones y con aires de vencimiento.

No se veía a nadie.

Héctor se mantuvo detrás del coche fúnebre. No sabía cuál sería su recorrido, ni si era correcto continuar siguiéndolo. La única alternativa era llamar a la puerta de alguna de aquellas casas para preguntar, pero todas estaban cerradas con doble vuelta y cubiertas con gruesas cortinas de distintas telas ásperas, polvorientas. Cuando ya estaban cerca de la iglesia giraron a la izquierda, en dirección a donde los caminos se estrechaban.

Callejearon. En cada esquina, Héctor temía perder el coche fúnebre mientras activaba unos intermitentes tan urbanitas como inútiles. Al fin se pararon delante de una mujer que los miraba sorprendida. Ella también detuvo su paso y no dudó en coger, con indiferencia, una de las cintas de las coronas para leer su contenido.

—De los Fradejas... —leyó mientras hacía la señal de la cruz.

Tras la ventanilla del coche fúnebre, el conductor le preguntó por una dirección y ella les indicó alargando el brazo, con el ceño fruncido por el sol. Héctor Cruz salió de su 127, no quería continuar siguiendo al coche de la funeraria. Cuando puso un pie en el suelo, escuchó sorprendido las palabras de la mujer, que se había vuelto

hacia él.

—Ya les he dicho a esos dónde están. —Arisca, maleducada, aparentaba más años de los que tenía.

—Yo no tengo nada que ver. Voy a las escuelas.

—Las escuelas...

Un mareo fétido llegó a los ojos de Héctor Cruz Fernández y apenas pudo atender a las indicaciones. Solo fue capaz de ver la mata de pelo rizado, gris y húmedo del sobaco de la mujer, que se escapaba de debajo de la manga corta de su vestido negro, desgastado y brillante de tantos lavados. Ella, harta de tanto hablar en un mismo día, desacostumbrada, bajó el brazo, agarró con las dos manos el cubo de zinc que llevaba, agachó la cabeza y tiró recto, sin despedirse. Poco tardaría en saber Héctor Cruz que Elvira Cuervo era huérfana desde hacía muchos años. Que siempre era hosca y áspera ya lo intuía.

Cuando el joven maestro vio aquel colegio por primera vez, no sabía que era exactamente igual que el del pueblo de al lado, y que el del pueblo de más allá, y que aquel donde sería destinado al año siguiente. La puerta estaba abierta y dentro brillaban las motas de polvo del calor que había estado allí encerrado los tres meses de estío. Los pasillos eran largos y los suelos de baldosas ocre estaban fríos también en los meses centrales del año. Parecía vacío, pero conforme su oído se acostumbró al silencio, empezó a escuchar una voz tras una puerta cerrada. Una voz lenta y pegajosa, obesa y con tendencia al brandy Soberano. Héctor llamó a la puerta y esperó. No le oían. Se preguntó si su sudor humedecía en aquel momento la tela de su polo de marca. Volvió a llamar y a esperar. Una mujer de mediana edad le abrió. El hombre que hablaba detrás de ella no interrumpió su discurso:

—... es algo normal, algo rutinario... —decía aquel ser gordo, imberbe, que no parecía tener más de cincuenta y cinco años y que cuando lo vio se levantó trabajosamente—. Bueno, supongo que este es Hugo, el maestro, el chaval que va a sustituir este año a María. Pasa, pasa, yo soy don Argimiro, el director. —Y batió su

mano como quien se sacude la caspa de las hombreras.

Había cuatro personas en la sala. El director y otros tres profesores. Uno ni siquiera se giró a mirarlo.

—Mucho gusto, Hugo, yo soy Sagrario y mis compañeros son Federico y Ezequiel —se presentó la mujer que le había abierto la puerta.

—Gracias, soy Héctor.

—Ah, sí, Héctor, perdona —rectificó Argimiro desviando toda disculpa con un carraspeo hondo de flema verde oscura.

Héctor todavía no se había sentado cuando don Argimiro Gómez volvió a su arenga.

—Pues eso, que es rutinario, que no tiene mucha importancia.

—Muy rutinario no será, digo yo —la voz ronca de Sagrario se quejaba—, cuando no he visto a la Guardia Civil en este pueblo desde don Dámaso... A santo de qué vienen. Mira —añadió girándose hacia Héctor y haciendo su voz más generosa y maternal, más joven, más rubia—, lo que nos está contando Argimiro es que mañana, primer día de escuela, va a venir la Guardia Civil a hablar con nosotros.

—Pero a lo que yo voy es que es algo normal —la interrumpió don Argimiro con urgencia.

—No es normal, nadie ha visto a la Guardia Civil en este pueblo desde hace muchos años.

—Pero vamos a ver —era Federico quien hablaba, aquel que sí le había saludado, un maestro solo unos años mayor que Héctor—, ¿vienen por algo en concreto? En este pueblo siempre hay motivos para llamarlos.

—Pues no lo sé, no lo sé —contestó Argimiro Gómez moviendo sus manos gelatinosas en rápidos círculos, nervioso—. A mí esta mañana me han llamado para avisarme y por eso os he juntado, para que no os llevéis una sorpresa.

—Ya, pero a la Guardia Civil le tienen miedo los críos... y sus padres.

Sagrario se liaba un cigarro con tabaco de picadura. Aquel que

no le había saludado, Ezequiel, que llevaba la camisa de un difunto más grande, comentó sin levantar la mirada de la mesa:

—Espero no enterarme de quién les ha llamado. No hay nada más que hablar, ¿no? —No había terminado la frase y ya estaba saliendo por la puerta, que cerró con un portazo, sin despedirse, mal encarado y con andares rudimentarios.

—Pues no hay nada más. A ver, ¿le enseñamos a Héctor lo que tiene que hacer?

—Por suerte, María dejó preparado todo el programa del curso antes de marcharse... que no es, ni más ni menos, que el que ella lleva haciendo toda la vida. No vas a tener más trabajo que dar clase y corregir. Para bien o para mal, olvídate de pensar. —Sagrario le tendió un cabás lleno de papeles y libros escolares.

Allí estaba todo. Cuatro personas, ellos vestidos por el mismo patrón, como uniformados. Una sala de profesores, un calendario de hacía varios cursos que nadie se había molestado en quitar, con fotografías pintadas de los campos en los que Héctor creyó haberse perdido —algo que no estaba seguro de no haber conseguido— y varios volúmenes de *Senda*. En sus páginas, ejercicios, exámenes y clases programadas por los maestros aún al servicio de la doctrina social del Régimen. También estaba allí su propia formación fuera de un margen de maniobra inexistente, impresa en el filo de las páginas, aplastada contra los números de las esquinas, inamovible en las fibras de los hilos que cosían las hojas. En una de las estanterías aún se veía una enciclopedia Álvarez, descatalogada solo unos años antes.

—Mira, nosotros ahora tenemos prisa, no vivimos aquí —añadió Sagrario dando un codazo a su compañero, que lo observaba todo como si le pesaran los ojos—. Si tienes alguna duda, nos mandas recado a Villabriz: la casa de las chicas de teléfonos la tienes ahí, en la calle principal... y a ver qué pasa con la Guardia Civil. Venga, Federico, nosotros nos vamos.

Cuando se fueron, quedaron solos Héctor y su director, que ya tenía el contrato encima de la mesa. Héctor Cruz Fernández se sintió

decepcionado como un pantano que se acaba de quedar vacío.

Salieron al pasillo, un largo corredor que estaba esperando a ser machacado por los pies infantiles al día siguiente. La tibieza de las paredes, seca y dura, daba aviso de que afuera ya refrescaba.

—Me he perdido por el camino y me tuve que parar a preguntar. Al final llegué aquí siguiendo un coche fúnebre.

—Vaya, ya la han traído.

Un silencio pareció brotar de la boca de Argimiro en ese momento. Copaba todo el aire del pasillo.

—¿A quién?, ¿era alguien cercano a usted? Lo siento, tendría que haberle preguntado antes.

—¿Cercana quién? ¿Antonia? No... conocida, alumna, hacía tiempo que no la veía, desde que dejó el colegio hace ya años. Bueno, no tantos, creo que no ha llegado a los veinte. Se mató con el coche.

La electricidad fría, dura e implacable de la muerte adolescente se apretó a la columna vertebral de Héctor. Ocurre siempre que se muere alguien más joven que uno mismo. En ocasiones, cuando no se sabe qué decir, qué camino seguir, se toma la dirección más inadecuada:

—Sí, ya he visto que aquí las carreteras no son muy buenas.

—Las carreteras se pueden asfaltar, pero no las personas..., y al tío de Antonia no hay quien lo arregle.

A Héctor no dejó de sorprenderle el brusco cambio de tema que el director, nervioso, estaba a punto de hacer.

—Por cierto, chaval, ¿dónde paras?

—¿Perdone?

—Que dónde pasarás la noche, que dónde duermes.

—Miraré en algún pueblo cercano. ¿Aquí hay fonda?

En ese momento don Argimiro sonrió y abrió la puerta del colegio, haciéndole un gesto para que saliera. El sol, que corría perpendicular al suelo, le dio de lleno en los ojos mientras la cara de su jefe se iluminaba.

—Que no, hombre, que no, tengo yo una casa aquí, si quieres.

Estarás cansado del viaje... Yo vivo fuera, pero justo hoy tengo las llaves de la casa en el coche. Vamos, la abrimos, vemos cómo está y te quedas. Y si quieres, miramos el alquiler mañana para que no tengas que andar desplazándote a otro lugar todos los días, así lo solucionas... Te la dejo para ti, entera, al precio que tienen las habitaciones en el pueblo, ¿eh, Hugo? Te va a gustar, es típica de aquí, tú la ves y te quedas hoy, sin compromiso, que luego te vas a querer quedar, ya verás. Está en el centro del pueblo, tiene patio y mucha luz. Además, no hay nada para darse cuenta de que vas a ganar dinero como poder pagar un alquiler...

Héctor Cruz Fernández, presa del compromiso, empezó a seguir a don Argimiro Gómez. No sabía si querría meterse en una casa desconocida situada en un pueblo que ignoraba sus propias rentas de alquiler, que no tenía centros ni afueras. No tenía él necesidad de pagar nada para darse cuenta de que por fin cobraba algo de dinero. Alzó la vista, miró las calles desiertas y vio, a lo lejos, el coche fúnebre aparcado junto a una tapia blanca de la que sobresalían cruces de mármol. Los dos hombres trajeados cargaban con las coronas de flores. No supo si había llegado por esa carretera, si había pasado al lado de un cementerio... ¿Dónde estaba la casa de teléfonos de la que le habían hablado? Sé, porque así me lo ha contado, que en ese momento miró al otro lado, esperando ver un cortejo fúnebre, pero lo que había allí era otra carretera exacta a la anterior, sin cementerio y vacía. Había más, idénticas, que salían de otros lugares de la plaza, delante y detrás de Héctor Cruz. ¿Por dónde había venido?, ¿y si no quería vivir en ese lugar?, ¿y si no quería pasar ni siquiera la primera noche allí? Se dio cuenta de que ya no sudaba, de que ya no hacía calor y de que el cielo se parecía al de septiembre, que tiene los bordes fríos y el centro apenas templado.

Miró alrededor y lo que vio eran los campos que colgaban del calendario en la sala de profesores. ¿Quién mandaba imprimir un calendario con fotografías de esas tierras? Arcillosas, secas, áridas, desagradecidas... Las únicas que poseían los habitantes de aquel

lugar. Para ellos, la mejor tierra del mundo.

Como un día de nieve

El rastro rojo se perdía poco antes de la entrada de Somino, en un margen de la carretera, y su origen quedaba así oculto entre los árboles que daban puerta al pueblo. Muchos niños vieron ese reguero oxidado de sangre en sus propias calles y lo siguieron como único camino posible, sin saber cuál era su principio ni su fin, pero intuyendo que la meta no estaba en las afueras, sino en el centro. Cuando alcanzaron su cabo, no les sorprendió que este fuese la puerta del colegio. Muchos pensaron, ilusionados, que aquel suceso los privaría de entrar en clase, al igual que ocurría en los días de nieve. En el peor de los casos, se formaría un revuelo suficiente como para que el maestro llegara tarde, pusiera cuatro deberes absurdos y desapareciera dejando a los alumnos desmadrados y subidos encima de las mesas. No andaban equivocados.

La mañana todavía era de un azul ojeroso cuando, minutos antes de la llegada de los niños, don Argimiro Gómez entró en la plaza de las escuelas con su coche. Vio entonces el cuerpo tendido a la entrada del colegio y su estómago quiso devolver el primer café. Un ciervo muerto, despatarrado y en una postura imposible que ocultaba su vientre miraba hacia algún lugar perdido. El director salió de su gastado 600 con escasa agilidad y subió el maletín a la altura de su pecho, refugiándose tras él. Miró alrededor por si había alguien más que fuera testigo de su miedo y, al comprobar que no, abrió la puerta del centro para encerrarse allí. Sin embargo, dentro no halló refugio.

Se quedó pegado a la pared del pasillo, sin subir a su despacho, secándose el sudor de las manos contra las perneras del pantalón. Habían instalado el teléfono hacía unos meses, pero todavía esperaba a que llegaran los operarios a poner la línea. No podía avisar a nadie de que habían dejado esa señal para él a la puerta del

colegio.

—Mal rayo parta a este pueblo.

Comenzó un paseo de zancadas apresuradas que iban a derecha e izquierda, a lo ancho de un tramo del pasillo. Iban tan rápido que en un par de ocasiones tuvo que apoyarse en la pared porque se mareaba. No abrió hasta que no oyó suficiente ruido de voces afuera.

—Buenos días. Todos adentro, y dejad de mirar eso, que a saber qué tiene —escuchó a Sagrario reñir a los chavales que hacían corro, poco sorprendidos, en torno al animal. Después la maestra señaló el maletín del director—. Vaya a llevar eso a su despacho.

—Me he entretenido comprobando si las aulas estaban ordenadas y no me había dado tiempo a ir a dejar esto. —Se cambió el maletín de mano, como escondiéndolo—. Y gracias, no se preocupe, ya recogerá alguien el ciervo. Ya lo solucionarán.

Aquel día, cuando se disponía a dar palmas para mandar callar y comenzar la clase, Federico Sánchez llamó con media sonrisa a la puerta del aula de Sagrario.

—Buenos días, ¿puedes venir un momento? —La media sonrisa que le faltaba delataba un ápice de nerviosismo que empezaba a crecer.

La maestra miró a su manada de alumnos. Empezaban a celebrar la prórroga en el momento en que su profesora salía del aula y cerraba la puerta tras ella.

—¿A ti te parece normal eso? —Federico señaló con el dedo índice la puerta del colegio y bajó la voz—. Vete tú a saber cuánto tiempo lleva muerto y qué tendrá.

—Pareces nuevo... ¿En qué pueblo te crees que estás? Tranquilo, el animal está empezando a oler, no lleva muerto mucho tiempo, y no le des más importancia de la que tiene, es lo que quieren, que nos asustemos. Y con Argimiro lo han conseguido.

—¿Y para esto vino ayer la Guardia Civil?, ¿para esto nos dicen ayer que los llamemos si pasa algo?, ¿para que lo quiten? ¿Y si mañana hay otro? Porque para eso lo retiramos tú y yo y no

tenemos que andar buscando un teléfono para avisarlos. Pensé que ayer habían venido para asustar. Pues se ve que no lo han conseguido. Para este viaje no necesitábamos alforjas.

—Ya dije que era raro que aparecieran el primer día de colegio, avisando antes, cuando no vienen nunca por aquí y ni siquiera se dejan ver, como sí hacen en otros lugares. Ahora, si han venido un día como ayer, y además advirtiéndolo, es porque alguien los ha llamado.

—Natural, lo que no sé es quién se habrá hartado, pero ya te digo que alguien del pueblo no. Esos no los llaman ni locos.

Oyeron una puerta al fondo del pasillo; los dos se giraron y vieron cómo Héctor Cruz, con ojeras y el pelo del lado derecho de la cabeza de punta, salía cerrando la puerta de su aula. Suspiró resignado y levantó la mirada hacia sus compañeros. No habían coincidido en la entrada del colegio.

—Ah, no os había visto, iba a preguntaros si alguien va a llamar a la policía para que se llevaran el ciervo... Es que, no sé, dijeron que avisáramos, ¿no? Aunque bueno, aquí estarán más acostumbrados... a ver animales muertos. ¿Vienen a morir aquí cuando están moribundos?

Federico Sánchez fue el que suspiró esta vez. En otros lugares la nieve parecía, solo parecía, cobrar otra apariencia.

—A lo que no están acostumbrados es a que traigan a un animal muerto hasta aquí y dejen un rastro de sangre. Ningún animal va hacia los humanos cuando muere. Menos en este pueblo. Y sí, habrá que llamar a la Guardia Civil, como bien has dicho —su compañera le sonrió, como si quisiera consolarlo del susto con su mirada—, pero no creo que a nadie aquí le haga gracia que esos vuelvan... Así que nosotros no lo haremos.

—Pero ¿por qué lo traen?

—Esto es Somino. Hacen estas cosas, se divierten así. Saben que los demás no le vemos la gracia... Se lo hacen entre ellos y se repite casi todos los días. Aunque es verdad que lo de hoy es más macabro de lo normal.

—Tú preocúpate por esos —advirtió ella señalando la puerta de la clase de Héctor—, que están vivos y se te revuelven en cuanto te das la vuelta.

Únicamente cuando Sagrario y Federico se quedaron solos siguieron hablando.

—¿Quién habrá sido?

—No creo que los guardias se enteren, se van a callar todos los vecinos. Unos y otros. Y si a alguno le aparece el animal dentro de su casa, aunque sepa quién se lo ha puesto, también callará.

En ese momento don Argimiro, bajando ramplón las escaleras de su despacho, los interrumpió.

—Voy a la casa de teléfonos. Tengo que comentarle algo a mi mujer. —El director pareció excusarse.

—Podría, ya de paso, avisar a los guardias para que se lleven el animal.

—Se lo llevará alguien del pueblo, yo en líos de Somino no me meto.

* * *

Tras muchos años, aquella fue la segunda mañana consecutiva en que la Benemérita volvió. Lo hizo poco después del momento en que don Roberto Narváez tomaba la última muestra de sangre del ciervo.

—Don Roberto, buenos días, ¿qué le parece? —preguntó Sisinio Calleja ajustándose el tricornio. Su compañero, Patricio Codesal, mucho más joven que él, los miraba desde la distancia.

Don Roberto Narváez había atendido todos los partos, lesiones y enfermedades de los animales de Villabriz, Valdeaguas y Somino desde que volvió con el título de veterinario debajo del brazo y el ego por encima de su cabeza.

Cuando los padres del Llorón, queseros de Villabriz, se vieron con posibles para mandar a estudiar a su tercer hijo, empezaron a hablarle del dinero que podía llegar a sus manos si dedicaba sus días

a convertirse en el único veterinario de la zona. Y así fue como el Llorón volvió —tras siete años y un servicio militar durante los que apenas pisó su pueblo— convertido en don Roberto. Por fin los vecinos pudieron dejar de recurrir a la cabecera de la comarca cada vez que el ganado enfermaba.

—Buenos días, ya he acabado, se lo pueden llevar.

—¿Cree que tiene algo? —Patricio golpeó con la punta de la bota una de las patas traseras del animal. Don Roberto le miró sin esconder con un gesto de sus labios el fastidio que la Benemérita le provocaba.

—No tiene pinta, pero a saber..., si lo han traído y si tiene alguna enfermedad rara. Por lo menos nadie ha cogido carne de este animal. Miren —don Roberto giró el cuerpo de la criatura para mostrar su vientre herido y observó a los guardias con la actitud con la que los que se creen de la capital miran a los de provincias—, alguien le rajó todo el vientre y lo dejó en este lugar. Pero lo abrieron ya muerto, si no el rastro de sangre hubiera sido mucho más grande. Por eso he cogido muestras de saliva.

Sisinio Calleja observaba callado y con la parte derecha del labio superior levantada. No sabía dónde ubicar el origen del asco que sentía, si en el cuerpo sin vida del ciervo o en la prepotencia del veterinario. A Patricio Codesal lo tenía pálido la cornamenta del animal, no podía apartar sus ojos de ella.

—Este bicho no es viejo como para morirse, contadle las puntas. A primera vista no parece que tenga lengua azul o carbunco... ¿Lo ha visto mucha gente?, ¿lo han tocado?

—Acabamos de llegar, no sé si...

—Encárguense de hacer saber que se tiene que lavar las manos todo el mundo que lo haya tocado. Yo me tengo que ir —se excusó—, justo antes de salir hacia aquí me llamaron para sacar un ternero.

—Los ojos... —Patricio, el guardia más joven, habló.

—¿Qué dices, chico? —Su compañero se dio la vuelta, casi asustado.

—No, no, perdone, que..., que los tiene abiertos, nunca me había fijado en los ojos de los ciervos.

Roberto Narváez se inclinó sobre el animal. Levantó las cejas y cogió el maletín al incorporarse.

—Es verdad, no me había fijado, tiene los ojos abiertos y las pupilas contraídas. Muy raro. Cada bicho es un caso, esperemos que no tenga nada y que se haya muerto porque sí, a veces pasa. Ah, y si vuelve a pasar que un ciervo decida que es mejor venir a morir a Somino, me llamáis. —Los miró ahora con una sonrisa eterna y, pasándose una mano por su gran atractivo, su mata de pelo blanco, se encaminó hacia su furgoneta—. ¡Y a este enterradlo, eso sigue siendo lo más seguro!

Don Roberto ya imaginaba lo que supondría la aparición del cuerpo de un ciervo. No era tranquilizador deducir que no había muerto a manos humanas, aunque estas le hubieran rajado el vientre de arriba abajo y luego desplazado para dejarle un mensaje a alguien. Se imaginaba que los furtivos ya estarían llevándose las manos a la cabeza, echando cuentas en el panorama menos halagüeño, pidiendo exámenes sobre todas las enfermedades posibles. Nadie en Somino, directa o indirectamente, podía arriesgarse a que se declarara una epidemia entre los ciervos. Su estómago se estiró primero para anudarse después: aquel animal que no crecía en granjas y que rara vez daba problemas escapaba a sus conocimientos ovinos, porcinos y vacunos. Estaba fuera de su terruño, y que apareciera abierto carecía de importancia: si aquella muerte tan inusual se repetía, estaría contra la pared de unos animales muertos y la espada de unos cazadores que pedirían explicaciones.

Dentro de la escuela, en el aula de Héctor, se leía en voz alta. Una fábula de Grimm iba saltando de voz en voz cuando el maestro interceptó con la mirada un papelito doblado que corría de mano en mano. Los niños lo abrían y lo leían y, tras sofocar una risa debajo del pupitre, lo pasaban a otro compañero. Esperó para saber dónde detendría su viaje aquella cuartilla doblada hasta que esta empezó

una segunda ronda.

—¡Ismael! Trae eso que te han dado.

Ismael, de cara rojiza y cuerpo redondo, se dirigió hacia la tarima mientras metía y arrugaba el papel en el bolsillo.

—Te he visto meter eso en el pantalón. Me lo das o te quedas sin recreo.

Atacaba Héctor Cruz con poco convencimiento. El chaval, con cierto rubor del primer caído en batalla, sacó su mano sudorosa del bolsillo y le tendió el papel, húmedo y en forma de pelota. Se había creado aquel silencio que el maestro odiaba, el previo a la regañina. Estiró el papel y lo leyó para sí, más nervioso de lo que hubiera querido reconocer.

—¿Vosotros os perderíais por Madrid? Sí. Pues es lo normal si llegarais a un sitio que no conocéis, ¿y sabéis qué?, que es la mejor solución para no volver a despistaros. Por eso ya no me volverá a ocurrir, porque he aprendido cómo llegar hasta aquí.

«Aquí, en medio de la nada», pensó. Había dicho todo esto con un poco de rabia y con la chulería con la que los madrileños explicaban dónde habían nacido. También cuando se volvían a dar cuenta, y todas las veces eran la primera, de que venían del centro del país. Donde todo sucedía.

No había timbre en las escuelas de Somino. Por eso casi se le olvidó que ya había llegado la hora del recreo. Sin embargo, los niños se lo recordaron con la puntualidad que siempre exigen. En ese momento uno de ellos señaló el reloj de la pared sin abrir la boca. Habían permanecido cautos, en silencio, pelotón armado observando el campo de batalla desde la trinchera. Fue entonces cuando acabaron de confirmar como batallón lo que habían estado calculando como cabos: podrían con el enemigo.

—La hora, es verdad, pero... Gracias, podéis salir al recreo.

Fue ahí donde Héctor Cruz tuvo la sensación que se tiene tras los resbalones, la que te hace fijarte más en el próximo lugar sobre el que poner pie. Dejarles medir el tiempo había sido una concesión errónea. La batalla con los minutos se tenía que medir solo según

sus normas, pero de eso no se dio cuenta hasta tiempo después; lo sé porque me lo contó a mí la tarde en la que empezó a recordar aquel año. Aquella mañana él ya sabía que estaba más cansado que los niños, que se levantaron y se reunieron en dos grupos, apresurados, correteando por el patio. Los notaba más confiados que el día anterior.

Sabía que lo habían estado calibrando. Le habían contado — apenas tenía experiencia como para haberlo experimentado— que los alumnos, como los soldados curtidos, como los perros, huelen el miedo. También sabía que, entre ellos, es más fácil la falta de ambigüedad, de doblez, de ambivalencia, y que ellos mismos se dividían en dos grupos que permitían establecer las reglas del juego: buenos y malos. Pero los de Somino trazaban la línea en otro punto que él no entendía y que formaba dos batallones estancos.

Al salir se encontró con Ezequiel Lobo, el maestro que había abandonado con mal semblante la reunión con don Argimiro tan solo dos días atrás. No lo había vuelto a ver. Suponía que no frecuentaba la sala de profesores, como si él fuera pieza de otro puzzle. Aun así, intentó entablar relación.

—Ezequiel, ¿qué tal el segundo día?

—El primero, ayer no vine —gruñó con sequedad y una sonrisa que solo mostraba los dientes inferiores—. Tú qué tal, Hugo, ¿hoy te has vuelto a perder?

Héctor lo miró con los ojos muy abiertos. Su compañero le dio una palmada en el hombro mientras negaba con la cabeza. Soltó esa especie de atragantamiento desdeñoso que para muchos hombres es la risa. Se fue mientras Federico llegaba sonriente, leyendo en el gesto del muchacho que algo no iba bien.

—¿Qué pasa? Que no hay más muerto que el ciervo... y además ya se lo han llevado, vi desde clase que llegaba la Guardia Civil. ¿Estás bien?

Levantó la cabeza y su boca sonrió mientras su cara no lo hacía.

—Nada, el ritmo de aquí, que es distinto al de Madrid.

—Es distinto al de casi cualquier sitio, ya te darás cuenta.

—Vamos a descansar —acababa de llegar Sagrario—. A mí los primeros días me agotan más que el resto del año, y me parece que a ti también, Héctor, ¿has dormido en condiciones?

—El colchón que tengo es un poco incómodo, me dijo don Argimiro que me lo cambiaría. Si no me acostumbro le diré que me ponga otro.

—Díselo ya, que estas cosas si se dejan pasar... Y él tarda lo suyo.

—¿A qué os referís?

—Estas cosas se dejan pasar y luego no se cambian. Este director es así, ya lo irás conociendo. Como seas con el trabajo, eres con todo lo demás.

—¿Descuida el colegio? —El madrileño no quería entender lo que le explicaban.

—Niño, es una pena tener un colegio como lo tiene él, pero tú hazlo lo mejor que puedas, enséñales algo, o al menos que no desaprendan, y no hagas caso de lo que diga el director. A él dale la razón como a los tontos y, cuando se dé la vuelta, haz lo que creas que es más conveniente, que seguro que tú lo haces mil veces mejor de lo que él propone. Si es que propone algo.

Héctor pronto empezaría a usar ese consejo de forma descreída. Él no sabía qué era lo correcto; a fin de cuentas, el director se había convertido también en su casero. Había esperado que fuera él quien más lo ayudara, y ya sabía que no iba a ser de esa forma. Se dio cuenta de que se movía en un mapa cuya leyenda era tan compleja que lo desbordaba. Y que, como en los equipos infantiles de la clase de gimnasia, el bando había elegido ya por él.

Por la tarde, las manchas de sangre seca todavía eran visibles en el lugar donde había estado el cadáver, aunque estaban ya marrones y sucias, muy lejos de producir la impresión que alguien había pretendido. En la sombra de su bar, en la salida de la iglesia, en las manos femeninas que habían ido a retirar las flores ya abrasadas de la tumba recalentada de Antonia Lobo, Somino se preguntaba por qué la Guardia Civil había vuelto tantos años después a sus calles y

por qué lo habían hecho ya dos veces. A la Benemérita solo se la había vuelto a ver en el monte, durante la temporada de caza mayor, dejándose sobornar por cazadores furtivos. Ningún joven la había visto por allí. Si habían vuelto era porque alguien los había llamado para que lo hicieran. Pero cualquier problema lo podían solventar los vecinos, como hacían siempre. Las familias, celosas de su intimidad —las que vivían en el Llano, por un lado, y las del Teso, por otro—, se preguntaban quién los habría avisado. ¿A quién le interesaría que fueran los guardias quienes se ocuparan de los asuntos privados que ocurrían en las calles de aquel pueblo? Los del Teso y los del Llano elucubraban en sus respectivas mesas del bar, en sus correspondientes bancadas de la iglesia, en sus calles. Señalaban con el dedo, barajando nombres y motivos, familias y personas. Pero nada encajaba, nadie hacía al caso. Todos tenían motivos para hablar, pero aún más por los que callar. El silencio era un acuerdo en el que, si alguien hubiera levantado la voz, se le habría recordado de una manera u otra las razones para no hacerlo.

Llegaron a la única conclusión posible: que hubiera llamado alguien de fuera. Al maestro nuevo muchos lo habían visto entrar en la casa de teléfonos. Las chicas que la atendían —las viejas hermanas Cuervo— decían que pasaba allí mucho tiempo para pedir una sola conferencia.

—El nuevo, el maestro nuevo.

Y así fue como los habitantes de Somino volvieron a estar pendientes de las sombras, por si alguna tenía la forma de una pareja de la Guardia Civil. Los que todavía recordaban cómo pesaban aquellas figuras de tricornio, capa y máuser anduvieron cautos. A los más jóvenes, en cambio, aquel color invasivo solo los espoleaba, no conocían lo que podían intimidar dos uniformes verdes. Ese desconcierto hizo que aquella noche —tras la segunda visita de los guardias— todos los vecinos, a excepción de Héctor, tuvieran pesadillas con extraños.

Al día siguiente el pueblo amaneció sigiloso, andando de puntillas para no hacer ruido y llamar la presencia de Sisinio y Patricio. Por las

mañanas ya refrescaba, y eso fue lo que ella pensó antes de ponerse la bata y sacar la de su hijo: tenía que despertarlo para ir al colegio. Había tenido suerte, a Miquel no le pesaba el comienzo del curso. Como cada mañana, abrió el balcón para ventilar la casa. Aquella puerta abierta le servía además como recordatorio para regar los geranios. Nunca retiraba las cortinas para guardarse la última intimidad que aquel lugar le permitía. Cualquier tropiezo bastaba para que se olvidara de las plantas. Había ocurrido la mañana del primer día de curso, con las prisas, y volvió a ocurrir aquella otra, cuando notó que la rutina se alteraba: un rumor fuera de lugar subía desde la calle. Se asomó extrañada. Al interior intentaron colarse las trazas de un olor repugnante. Cuando vio de dónde venía, se le abrieron más los ojos, se encorvó, puso una mano en su boca y con la otra malcerró el balcón de un portazo. Corrió hacia el baño deteniendo una arcada, agradecida por haberse recogido la melena rizada. Su hijo se paró a la puerta, asustado y soñoliento aún, mientras su madre la cerraba tras ella.

—¡Mamá! ¡Mamá!, ¿estás bien? —gritó con la angustia de los huérfanos.

Agarró el pomo al tiempo que escuchaba, preocupado, las arcadas de su madre. Abrió, nervioso.

—Sí, hijo, sal, es que... no me encontraba bien. Es lógico, algo me debió hacer mal anoche. Tranquilo, ¿tú estás bien?

Miquel la miraba preocupado, preguntándose si no sería él quien, en ese momento, tenía que cogerle de la mano. Ella volvió a recogerse el pelo y se cepilló los dientes con ahínco. Cuando recuperó la tranquilidad y salió, Miquel notó que al olor fresco del dentífrico se superponía otro más desagradable que venía de fuera. Caminó hacia el balcón, extrañado. Su madre, con la mano otra vez en la boca, se le adelantó.

—¡No!

Tapó los ojos de su hijo y corrió cortinas y cerró ventanas.

—¿Qué pasa? ¿Por qué huele tan mal? ¿Y qué hace tanta gente ahí abajo?

—Nada. A desayunar.

Puso una mano en la espalda del niño y lo dirigió hacia las escaleras, andando detrás de él.

—Mamá, voy al baño, que todavía no he hecho pis.

—No tardes, que no vamos a llegar al colegio. Date prisa, anda.

Cuando su madre bajó las escaleras, Miquel corrió hacia el balcón intentando no hacer ruido y retiró un poco la cortina para asomar los ojos. Le dio tiempo a ver un ciervo muerto, rodeado de moscas, negruzco y descompuesto bajo su balcón, antes de que Josefina Cuervo alzara su cabeza para mirar reprobadora hacia él.

Se apartó rápidamente, con pasmo, asustado; más que por el animal muerto y putrefacto, por aquella mujer con bigote que se había girado hacia él justo en el momento en que se asomaba.

Bajó callado a la cocina sintiéndose culpable porque hubiera sido mucho mejor hacer caso a su madre.

Una casa con doble

Me contó años después que su casa de Somino era más grande que el propio pueblo y que dentro cabían todos sus vecinos. También que cuando aprendió a abrir la puerta de la calle a la primera, ya había empezado el mes de mayo. Hasta entonces Héctor Cruz llegaba allí todas las tardes con las llaves de un piso que estaba en Hermosilla con Claudio Coello, incapaz de abrir al primer intento la puerta de metal áspero y cristal anaranjado con dibujos hexagonales. Las llaves de Madrid encajaban, pero eran incapaces de girar dentro de su cerradura.

La casa era enorme, pensada para una familia entera: abuelos jóvenes, padres precoces, hijos, hijos muertos... Inexistencia de la planificación familiar. Tenía un patio grande donde tan pronto se lavaba la ropa como se guardaban muebles viejos o aperos de otras estaciones. Todo, dentro y fuera de ella, era tan inútil como el viejo trillo que envejecía en una esquina pudriéndose cada vez que llovía.

En el interior, Héctor sentía que su cuerpo se movía como dentro de un jersey demasiado grande. Como una canica sola y triste dentro de un tarro. Aun así, y a pesar de ser muy amplia, se golpeaba todos los días con algún aparador; sus apolilladas y minuciosas coberturas de ganchillo no lograban frenar la aparición de cardenales que, a los dos días, pasaban de tener un color morado a ser negros y amarillos.

El primer día, cuando Argimiro lo metió allí tras abrir la puerta a la primera, pensó que no iba a utilizar ni siquiera la mitad de la casa. Sí anticipó que iba a sentir como una broma macabra el tacto viscoso del escay que tapizaba los sillones y ver cada mañana una nueva tortura helada a la hora de regular la temperatura de una ducha que, como mucho, traía agua tibia a borbotones. Las sillas cojeaban tanto que amenazaban con tirarlo al suelo cada vez que se

sentaba.

—Pero yo no necesito tanto espacio...

—Lo usarás, Hugo, ya verás como sí.

Al principio, Héctor Cruz se propuso habitar solo la cocina y su habitación: cerraría el resto de puertas, utilizaría la mitad de la casa y aun así le sobraría sitio.

—Con el doble ten cuidado, no es que esté mal. Es que cruje. Tampoco andes perdiendo el tiempo en arreglarlo, que está bien, pero está vacío y tú ya tienes suficiente. Por cierto, el baño. No encontrarás nada igual, aquí la gente sigue haciendo sus cosas en el corral.

El doble. Con aquella palabra designaban los habitantes de Somino a los desvanes. La insistencia de Argimiro Gómez sobre las ventajas de la casa fue obviada cuando aludió con evasivas al estado ruinoso de aquella estancia. La primera tarde, cuando anochecía, la curiosidad del inquilino por aquella buhardilla despertó. Así, subió de la penumbra del primer piso a la del segundo, más gris, y una vez allí ascendió las escaleras de madera combada que daban al doble. Al levantar la trampilla, los pulmones se le llenaron de polvo.

Ha hablado a muy poca gente de esto porque estaba tan sucio que todavía siente vergüenza de aquello. Yo sí le he escuchado describirlo. Sé que aquella primera tarde, la luz oblicua daba a la roña el bailoteo brillante del trasluz, que el color pardo gobernaba en paredes y un suelo cuyos tablones se separaban como las dentaduras rotas de los viejos. Ese día, Héctor aprendió, me dice, cómo pueden llegar a ser de consistentes las telarañas.

Se atrevió aquella primera tarde a poner pie en esas tablas y pisó terreno inestable y quejumbroso. La suciedad se levantaba a su paso. Hasta allí arriba no llegaba la luz eléctrica. Basculó, y al comprobar que el suelo cedía bajo su peso, se dio cuenta de que esa planta era más oscura que los pisos bajos, como si el polvo que de allí cayera sedimentara oscuridad.

El doble fue la única promesa que se cumplió. Él no sabía que aunque las personas necesitemos poco espacio, cuando lo tenemos

lo conquistamos innecesariamente. Al principio esto ocurre de forma imperceptible, pero después ensanchamos dominios al desperdigar aquellos bienes que marcan el terreno propio.

Empezó la primera noche. La cocina era demasiado incómoda para todo lo que no fuera guisar, así que cuando quiso estudiarse la enorme fotografía en la que aparecían sus alumnos, se fue al salón del que una hora antes había decidido prescindir. Encontró allí una amplia mesa camilla. No había ni teléfono ni televisión.

—¿Teléfono? No, ya *oístes* a Sagrario, tienes que ir donde las chicas de teléfonos, en la calle de la iglesia. No hables mucho desde allí. Lo escuchan todo, las muy pendonas.

Recordó que eso le había dicho Argimiro cuando le preguntó por el modo de comunicarse con Madrid. Con la fotografía desplegada, encendió un Bisonte que apoyó en un voluptuoso cenicero de Baccarat. En aquella imagen, como en un rompecabezas, se veía en tres filas a los que serían sus alumnos: algunos sentados en el suelo, otros en un escaño, los más altos de pie. Debajo de la imagen estaban escritos sus nombres, poniendo identidad al dibujo que formaban. No solo recorrió las caras de la fotografía en la que aparecían sus alumnos, también se fijó en las de otros profesores. Guardó todos estos rostros en la memoria, antes de que al día siguiente la imagen se rompiera refractándose en mil pedazos, obligándolo a jugar para recomponer el rompecabezas.

En ese acto marcó el salón. Y días después siguió con el cuarto de la plancha, donde se dejó las manos fregando la ropa con una pastilla de jabón lagarto. Era imposible colgar la ropa húmeda en su habitación, en la cocina cogería olor, en el pasillo entorpecería su camino y él ya tenía demasiados cardenales en el cuerpo. Por eso colonizó el cuarto de la plancha. En ese momento, y por primera vez en su vida, habló solo:

—Así no estorba.

Quitó malamente las arrugas a la ropa con un juego de planchas de hierro, y al terminar usó una pequeña sala de estar del piso de arriba para leer. Semanas más tarde, cuando aún quedaban horas de

luz tras las clases, empezó a guardar la burocracia, los exámenes corregidos, el ITER de Sopena y las listas de alumnos en una estancia de la segunda planta que desde el principio le había parecido tan desagradable como los trabajos que dejó allí. Era una habitación pequeña, en la que encontró un balón deshinchado y una peonza con la punta roída. Tenía una biblioteca de pino que recorría las paredes de arriba abajo, probablemente hecha a medida, oscura. En ella apenas había manuales de caza mayor y guías publicadas por una caja de ahorros sobre la flora y fauna de la comarca. La mayor parte de sus baldas estaban vacías o tenían papeles revueltos en desvergonzado desorden. Interiormente, empezó a llamarla «la biblioteca sin libros».

Poco a poco, su ropa de verano acabó en otro armario para que no estorbara y los exámenes corregidos en el salón, en un aparador tan gris de polvo que el paño con el que lo limpió fue directo a la basura después de ser usado. Y así, todas las puertas que Héctor había cerrado se abrieron y él empezó a sentirse agitado en un espacio grande sin saber que tanta amplitud era la causa de su desorientación. Todavía ahora, tantos años después, recuerda de vez en cuando algunas cosas que perdió en Somino.

Pero si la casa era grande, más grande era el patio, más extenso, más luminoso, cegador. La aridez la confirmaban cuatro macetas vacías que se apilaban a los lados de la puerta. Su tierra era yerma, salteada de guijarros pequeños y ariscos. Sus muros de adobe antiguamente encalados estaban cubiertos por los restos de una yedra. Al fondo, unos ladrillos macizos tapaban lo que había sido el hueco de un portón. Cuando don Argimiro se lo enseñó, el maestro no pudo evitar la pregunta.

—¿Cerrasteis esta salida?

—Sí, antes aquí todas las casas eran malas de guardar, tenían dos puertas. Luego las cegamos.

Fue entonces cuando le contó a quién pertenecía realmente aquel lugar.

—Llegué cuando todo el mundo se iba —Argimiro respiraba

sonoramente—, me dieron plaza aquí y, bueno... Siempre he vivido en Villabriz, voy y vengo. Luego me casé con mi mujer, que es de Somino, esto era de sus padres. Cerramos todo cuando murieron.

—¿Y cómo es que no os vinisteis a vivir aquí?

—Bueno, se iban bastantes familias a Villabriz o a Valdeaguas... La verdad es que no me extraña. La gente quería cambiar de aires.

—Aceleró su penosa respiración, el tono de su voz, como excusándose de una acusación no manifiesta—. Son modas...

—Si son modas, entonces volverán.

Argimiro levantó las cejas y habló para sí.

—No creo... —Pero Héctor le oyó y por eso Argimiro levantó la voz—. Bueno, de Virgen a Virgen, por las noches, en este patio, tan a gusto, ¿eh?

—¿De Virgen a Virgen?

—En verano, hombre.

No tenía intención de pasar el verano allí, pero la idea de disponer de una estancia al aire libre le pareció muy tentadora. La segunda noche encendió un quinqué y se sentó en el suelo del patio a cenar. Cuando vio en la arena un movimiento húmedo que trazaba eses recordó los libros sobre fauna y flora de la biblioteca sin libros. Se levantó de manera instintiva y con susto se encerró en la cocina mientras repasaba las propiedades que aquella publicación atribuía al veneno de las víboras.

Los primeros días iba siempre en coche al colegio, pero cuando se paró a pensarlo le pareció una ridiculez, no solo por la distancia, sino porque andando podía fijarse en aquella mujer pelirroja que esperaba todos los días en la puerta de las escuelas.

—No es de aquí.

Las otras mujeres iban vestidas con faldas rectas y ásperas, de colores pardos; largos calcetines de lana subían por sus piernas y engrosaban lo que parecía falta de tobillos. Se recogían el pelo amarillento y cano en moños demasiado brillantes, otras se lo cubrían con negros pañuelos atados bajo la barbilla. Las había en manga corta, con camisas desgastadas en los dobladillos, llenas de

remiendos de la misma tela. Las había también dentro de prietas chaquetas de lana negra.

Aquella mujer llamaba la atención a todo el mundo, tenía algo distinto que la hacía resaltar contra las demás. Héctor Cruz tardó unos segundos en identificar de qué se trataba: era la única mujer que se había vestido para salir a la calle.

Y, sin embargo, había algo más, algo más que el pantalón de campana, los mocasines planos o la blusa blanca. Era una llamada implícita en su forma de moverse, de andar sin arrastrar los pies, de retirarse el pelo rojo de la cara. Era una postura que pertenecía a algún lugar lejano y que cabía en el mismo plano que Hermosilla con Claudio Coello. Y algo más, tenía la fuerza de la vegetación trasplantada que, obligada por las circunstancias, se aclimata a todo. Eso pensaba el maestro cuando vio a uno de sus alumnos dirigirse a ella, abrazarla y señalarlo con el dedo. Pudo leer sus labios, llenos de orgullo infantil, al decir: «Es mi profe». A Héctor Cruz le creció el pecho sin saberlo, tal y como le sigue creciendo hoy de vez en cuando.

Poco después de aquellas primeras veces, ya sabía que tomaría el café de los recreos con Sagrario y Federico, porque Ezequiel no dejaba que nadie lo tomara con él en el bar del pueblo. El director lo tomaba antes o después, siempre solo.

—A esa edad en las que los tienes tú ya están torcidos, empiezan a mirar como sus padres. En cuanto tienen años de hacer deberes, de que les vean hacer algo en casa, olvídate.

—Pero eso se podrá cambiar —insistía Héctor.

—Los padres no te van a dejar y que no te extrañe que hayan sido ellos los que te han rayado el coche. Sus padres o cualquier adulto.

—¿Cómo sabes que me han rayado el coche?

Sagrario dejó su café en la mesa, se sentó y lo miró:

—Porque aquí todo se sabe. Por cierto, me ha parado Ezequiel viniendo aquí. Bueno, la verdad, él en su línea, ni se ha parado. Quería decirme que ha visto esta mañana a primera hora a la

Guardia Civil.

Federico miraba al suelo, en sus ojos había una rabia triste, impotente.

—Pero ¿ha aparecido otro animal muerto?

—No que yo sepa, de momento solo el de aquí y el de la casa de Sofía León. Desde el miércoles nada. Vendrán a asustar, que es lo que deberían conseguir. Ezequiel me preguntó que si no sabría yo quién los estaría avisando para que vinieran, se pensará que no tengo nada mejor que hacer que ir preguntándolo. Son conscientes de que los que conocemos este pueblo no nos metemos en nada, pero de ti, Héctor, no lo saben.

—¿Creen que llamo yo? —Por segunda vez en una semana se levantó por culpa del miedo—. Pero si avisaron de que iban a venir antes de que yo llegara... Si yo no... ¡Si solo he ido a la casa de teléfonos a hablar con mis padres!

—Ya, ya, ya lo sabemos, y si los llamas tampoco debería pasar nada, pero a ellos no les gusta, quizá las chicas de teléfonos han escuchado parte de tu conversación y si has contado algo de los ciervos... Poca carne les hace falta para morder.

—¿Las chicas de teléfonos? Nada tienen de chicas.

—Sí, son más viejas que la orilla del río, pero si Ezequiel las ha malmetido, que no me extrañaría... Como a él se le haya metido entre ceja y ceja... —Federico bajó la voz y, en medio de un suspiro, musitó: «Qué cabrones».

—Pero él no ha dicho nada de mí, ¿no?

—No, no —Sagrario le miró, tranquilizadora—, pero a mí también me ha extrañado que me lo comentara. Nosotros aquí solo venimos a trabajar, no nos metemos en nada. Si te viene con alguna historia no le hagas caso, es muy suyo. Tú ve precavido.

—Y tiene la poca vergüenza de pasearse con la cabeza bien alta, orgulloso. —Había algo en la rabia de Federico Sánchez que no descendía.

Cuando llegó la hora que los llamaba al trabajo, Héctor se levantó de su silla y soltó el quejido de quien no está acostumbrado

a que le duela algo.

—¿La espalda? —La sonrisa con la que se mira a los asuntos de poca gravedad logró flotar sobre el ambiente ácido y cargado de suspicacias.

La noche anterior había probado otra de las camas por ver si así mermaba su dolor. No conseguía conciliar el sueño, y la vigilia le tuvo dando vueltas entre unas sábanas de franela que, a pesar del calor de las tardes, por las noches ya le hacían falta. Por puro aburrimiento, abrió el cajón de una de las mesillas de noche que escoltaban el colchón; dentro, en una bolsita de tela, encontró unas gafas de cerca. Eran de pasta negra y cristales gruesos. Con un gesto adquirido las limpió, porque no pudo evitar ponérselas. Encendió la luz, y al abrir los ojos se mareó tanto que ya solo pudo apagarla, devolverlas a su bolsita y guardarlas. Sin embargo, antes de cerrar el cajón, alcanzó a distinguir un reloj de pulsera con correa de piel negra y esfera pequeña. Al cerrar los ojos para echar un ancla al mareo, se quedó al fin dormido. No se había dado cuenta de que el reloj estaba parado, que su segundero hacía intentos vanos por avanzar entre el segundo treinta y seis y el segundo treinta y siete. A la mañana siguiente no recordaba nada.

La mujer pelirroja

El entusiasmo juvenil y socarrón de los dos muchachos se disolvió a bofetadas al llegar a la puerta de Ezequiel Lobo. Una frase cortó sus caras de alegría mala cuando vieron la de su tío.

—¿Qué pasa, que mis sobrinos son gilipollas? ¡*Pa'dentro*, vamos!

El gesto de pasmo de aquellos dos, la boca y los ojos abiertos, bobalicones, indignó todavía más a Ezequiel, que miró a ambos lados de la calle para cerciorarse de que ningún vecino lo vería en tal compañía.

Con la vista fija en el suelo, entraron en la casa, y cuando levantaron la cabeza vieron su propia expresión desilusionada en la del otro. Ezequiel, rabioso, les levantó la mano violentamente.

—¿Se pusieron los ciervos allí ellos solitos o me vais a decir que os cogieron la idea? Os creéis que la Guardia Civil es tonta, como vosotros. Han vuelto para hacer preguntas, ¿no veis que alguien los está llamando?

Aquello podría no haber sido grave porque con esas cosas nunca pasaba nada, pero habían aparecido Sisinio y Patricio, lo que espoleaba la rabia de los provocados. Cualquiera en el pueblo hubiera colocado los ciervos muertos en las casas de sus vecinos. Era fácil arremeter contra quien lo había hecho, porque significaba que habría cazado antes de que se abriera la veda, cosa que por otro lado todos hacían.

Aunque, como don Roberto hizo saber, los animales no habían muerto en el lugar en el que aparecieron, la causa de la muerte, aquella amenaza, seguía siendo un misterio para el veterinario.

—Os dije que no tocarais esos bichos, que no era normal que estuvieran muertos, sin heridas y tan jóvenes. —Ezequiel empezó a gesticular demasiado, como si espantara moscas—. Si se enteran de que hemos sido nosotros nos cascan una multa de tres pares de

cojones, además de por furtivos.

—No te pongas así. Como estábamos calentitos por lo de los guardias, que a qué vinieron aquí el día de antes, pues lo pusimos en el colegio, para el cabrón de don Argimiro. Que se vuelva a su pueblo. Así de paso se entera el que llamó a los verdes de cómo funcionan las cosas aquí.

—¿Para qué coño lo rajasteis?

—¡Ca! Qué sé yo. *P'asustar*.

—No te creas que a la gente le hace risa que vengan los guardias. Así que tú ten cuidado, a ver si van a aparecer más y nos joden lo de cazar fuera de temporada.

El enfado de Ezequiel solo se desinfló en ese momento, como si le hubiera empezado a ver la gracia a aquel pueblo alborotado.

—Por cierto, el veterinario está muy mosqueado. Ha dicho en el bar lo que os digo yo a vosotros. Que esos animales ni la han palmado de viejos ni los ha matado nadie, que es raro.

Cuando llegaron los resultados del laboratorio, don Roberto ya había vuelto a ser completamente el Llorón. Los informes eran negativos en todos los análisis que había pedido. Los guardó bajo llave: ya no sabía qué hacer si aparecían más ciervos muertos. Aquello era una noticia atroz porque Somino vivía de la carne de aquel animal: la vendía a restaurantes de la comarca bajo cuerda. En sus visitas al pueblo empezó a decir que no sabía nada, que las pruebas llegaban tarde y que por mucho que insistiera no le podían decir su resultado.

Fue durante aquellos días cuando un viento helado empezó a despertar a Somino. Un viento que bajaba del Teso y que convertía lo azul en blanco, lo amarillo en pardo para desgastarlo después en gris y que barría el polvo para dejar la calle limpia de sudor, tan impoluta, tan vacía, que semanas después solo el frío cabría en ella.

Héctor Cruz lo comprobó un domingo cuando terminaba septiembre. Regresaba de Madrid y el viaje había sido eterno: en el mapa parecía una distancia corta, pero una vez en la carretera los kilómetros se alargaban para adquirir otra medida. Estaba pensando

en que no podría volver a casa todos los fines de semana —si fuera así pasaría la mayor parte del tiempo en el camino— cuando, al salir del coche, al igual que se frena el impulso con el que se va a levantar un recipiente que se cree lleno al notarlo vacío, sintió una rara sensación en su piel: la de un verano frío, un otoño que todavía no lo era pero que estaba desnudo, más sólido, crecido antes de tiempo, amenazante como un enemigo que no ha entrado pero que levanta la mano para llamar imperante, poderoso, a tu puerta. Aquella noche sacó varias mantas del armario.

A la mañana siguiente, los niños esperaban a la puerta del colegio envueltos en gruesas chaquetas. Sus madres habían engordado la estampa de los días anteriores. Jerseys superpuestos y bufandas atadas al cuello les hacían perder las pocas formas que tenían. La mujer pelirroja destacaba de nuevo, sin pertenecer a ellas. Una isla. Los días se hacían cada vez más cortos y las noches empezaban a ser más y más frías. En la capital seguíamos vistiendo de verano.

—Ya me jode quedarme en Somino todos los fines de semana con este tiempo, pero se tarda demasiado en ir a Madrid como para estar allí todas las semanas.

—Pues te vas a comer la mala hostia que hay en el pueblo. Están muy jodidos este año. —Federico se frotaba las manos para calentárselas.

—Algo he oído en la calle, algún comentario de que les iba a ir mal... Pero ninguno me han querido decir por qué.

—Yo tampoco lo sé, son muy suyos, no cuentan nada, aunque algo debe de haber con los ciervos además de que los traen al pueblo muertos. No pueden pedir esas ayudas que ahora dan por si viene un año malo, porque son furtivos, si lo intentaran les iba a caer una buena encima... No sé por qué hablamos de estas cosas si aquí nunca pasa nada, ¿qué tal te va con los padres de los niños?

Cuando Héctor había comentado con su compañero la idea de reunirse por separado con cada uno de ellos, este lo miró como si hubiera propuesto doblar las horas de clase.

—En Madrid, en el Estilo y el Estudio, se hace... —había contestado él.

Algunos padres sí se dejaron conocer, otros no. El maestro novato esperaba encontrárselos atentos, curiosos al menos. En cambio, vio que los que acudían pasaban por el trance al igual que sus hijos por el de las vacunas.

—¿El chiquillo juega?

—Su chiquillo tiene cruzada a media clase.

Entonces el padre levantaba el brazo en señal de desprecio y alivio y la madre sonreía mirando por la ventana, o el padre asentía bobaliconamente y la madre se agarraba las manos ausentes, o el padre se reía y la madre lo miraba orgullosa.

—Está atento en clase, pero trae los deberes a medias. Si ustedes pudieran estar más pendientes...

El padre daba la razón como a los tontos y la madre levantaba las cejas con hartazgo, o el padre miraba el reloj y la madre miraba el reloj del padre.

—María no deja que un compañero suyo salte a la comba: le llama maricón.

—¿Y qué quiere que yo le haga si ese crío ha salido a su tío?

Cuando empezaba a pensar que aquello no le serviría de nada, entró en aquella sala la mujer pelirroja.

—Supongo que no tengo nada de que preocuparme, con esto que me cuentas de Miquel...

—Para nada, todo lo contrario.

—Desde que empecé a trabajar a veces no llego a tiempo de ir a buscarlo a la salida del colegio, y me gusta saber con quién sale de clase.

—¿Usted a qué se dedica?

—Soy enfermera. Estoy en el hospital de Benacal. Me destinaron allí. Miquel, el pobre, odia los hospitales. Vivimos aquí porque mi marido es de este pueblo, aunque se fue de niño.

—Su hijo no tiene nada que ver con los demás. Es verdad que es despistado, muy desordenado, siempre perdiendo cosas... Un

desastre, no hay manera de que me presente bien los cuadernos. Pero es muy espabilado, muy inteligente, nada que ver con los demás. Los otros tienen una especie de orgullo algo primitivo. —Y, para atenuar lo brusco de aquel adjetivo, añadió—. Sentimiento de pertenencia, no está mal.

—No —Sofía le cortó en seco, sus gestos se hicieron un poco más serios, lo justo para que su interlocutor notara cambios en su voz, para que incluso se asustara—, no es sentimiento de pertenencia a Somino. Es que Somino les pertenece a ellos.

Héctor Cruz la miró, miró su pelo agresivo, que de pronto se había soltado y le bajaba por la cara. Le cubría las orejas. Ella siguió hablando como si no la estuviera contemplando fijamente.

—No les gusta la gente de fuera. —La rabia que asomaba por aquella mujer era una defensa de Miquel, se dio cuenta porque, aunque pareciera raro, también lo miraba maternal a él—. Ellos tienen sus cosas. Ya se dará cuenta de que se comportan de otra forma con todo lo que venga de fuera de su pueblo. Y si es de Villabriz o de Valdeaguas ya ni le cuento, además ahora andan un poco alborotados, por lo de los ciervos.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, pero todos dicen que es un mal año... También andan enfadados con los guardias, nunca venían aquí. Ramón, mi marido, que es Guardia Civil en Barcelona, me cuenta que nunca les han gustado y que sabe que los de Benacal jamás hablaban de pasar por aquí, que incluso daban rodeo para evitar el pueblo. Cuando sucedía algo, nunca los avisaban. Aquí procuro no contar a qué se dedica mi esposo. Pero da igual, antes de que se enteraran, que no tardaron nada, ya habíamos comprobado que no íbamos a tener relación con nadie.

—¿Y por qué no venía la Guardia Civil aquí?

—Parece ser que antes venían porque alguien los advertía de todo. Luego empezó a haber algún rebaño muerto, pintadas en las paredes, lápidas rotas en el cementerio, robos absurdos... Todo esto cuando se empezó a ir la gente. Dejaron de llamarlos y ellos

empezaron a evitar venir. La cosa es que ahora han vuelto porque alguien los avisa otra vez. —Hizo una pausa, pensándose lo que iba a decir—: Dicen que es usted y eso no los agrada.

—¿Yo? —El nerviosismo de la primera vez que oyó aquello volvió redoblado, fuerte. Tomó cuerpo.

—Eso dijeron las huérfanas de teléfonos. Que pone usted conferencias a Madrid y que a quien usted llama da la voz desde allí. Ellas dicen estar convencidas. Está usted en su derecho, es normal que lo haga si le aparece un animal muerto en la puerta de su trabajo, y más si cree que lo han llevado allí adrede.

—Ya he oído algo de eso, pero es que la Guardia Civil advirtió que iba a venir antes de que yo llegara. No tiene ningún sentido que piensen que he sido yo. Además, desde la casa de teléfonos solo he llamado a mis padres. Las huérfanas de teléfonos lo saben. Escuchan mis conversaciones.

La mujer se quedó parada, las manos recogiendo su pelo. Se encogió de hombros.

—Sí, no tiene mucho sentido —acababa de darse cuenta—, pero, aun así, piensan que es usted. Tenga cuidado con lo que dice, aunque lleve razón. En Somino funcionan de esta manera, así son las cosas en este pueblo.

Aquella noche, en su casa enorme, descomunal, Héctor no pudo dejar de imaginar hasta qué punto Sofía León era pelirroja natural.

* * *

Durante aquellos días le contaba a Federico cómo era la displicencia de todos los padres hacia él, al que trataban como a un cuerpo extraño. Todos menos la mujer pelirroja. A Sofía León la llamaban la Mérita por el oficio de su marido: el regreso al pueblo de la familia creada por un niño al que apenas recordaban, y que se había convertido en Guardia Civil y heredero de una de las casas más grandes, no había gustado nada. Ver volver a los descendientes de quien se ha convertido en forastero enemigo sirvió para que se

marcaran las distancias.

Federico Sánchez, su compañero, siempre lo trataba de forma paternal. Sé que, por aquel entonces, a Héctor le molestaban estas cosas, que le aconsejaban como se aconseja a un novato al que se intenta proteger. Ahora cuenta también que ojalá hoy volviera a recibir ese aliento, esa coraza de sus colegas, y no ser casi el único que da ese amparo. Pero con claridad vemos, él y yo, los límites de una infancia, otra infancia que va un poco más allá de los veinte y que ya no tenemos.

Fue en esas conversaciones cuando Federico le contó —lo hizo casi sin querer, como un autómatas— que Ezequiel era el tío de Antonia Lobo, la chica que había muerto en un extraño accidente de tráfico y que había abandonado la escuela de forma prematura pocos años atrás. Abortó así para siempre sus querencias por ser maestra, quedó en el olvido aquella extraña identificación que establecen unilateralmente los alumnos con los profesores que ellos quieren ser de mayores.

—Dejó el colegio porque su tío la presionaba para que lo hiciera, y su tío es maestro, manda huevos. No la volvimos a ver por aquí. Se fue a vivir con Ezequiel. Pronto empezaron a llamarla la Negra. Una buena forma de conocer a los adultos es conocer a los niños que fueron. A ella la malearon, qué pena. No se me olvidará cuando la vi muerta en aquel terraplén.

—¿La viste? ¿Estuviste en el accidente?

El rostro de su amigo de pronto se ensombreció como el de un crío pillado en falta.

—No, no —dijo rápidamente—, fui de los primeros en enterarme. Me lo dijo Argimiro, me llamó enseguida, sabía el cariño que le tenía. Y cuando me lo contó fue... fue como si la hubiera visto.

Héctor Cruz pensó al escuchar esta historia que todos queremos ser algo que se nos acaba cayendo por el camino. También llegó a pensarlo Federico, resignado, cuando perdió el contacto con Antonia.

Aquella tarde se arrebujó dentro de la chaqueta en un gesto desconocido. Las sombras eran más largas que de costumbre. Un

amarillo lánguido ocupaba las calles. El sábado siguiente encendió la chimenea para darse calor: la casa estaba fría y él tardó en darse cuenta de que aquel trasto que había dentro de la despensa era una estufa de butano.

El domingo comió en Villabriz con Federico y Susana, su mujer. Esa mañana se duchó y aún tenía el pelo húmedo cuando abrió la ventana de su cuarto sin reparar en el frío que exhalaba su marco. Notó el aire adentrándose en su pelo, bajando por su cabeza, por su cuello helado. Una estaca de hielo entró en su habitación. No supo reconocer lo que tenía delante: una manta blanca, gruesa, cubría el tejado de enfrente y el color rojo de su coche. Se le iluminó la cara con la alegría de los urbanitas cuando, desacostumbrados, ven nieve. Sin quitarse las zapatillas de andar por casa, bajó las escaleras corriendo y salió a una calle que tenía el pavimento tan duro como siempre. Caminó hacia su 127, cauteloso, extrañado, como si cien ojos lo mirasen. Alargó un brazo hacia el capó y, antes de tocarlo, vio que aquella sábana blanca era indefinida, que parecía sólida, pero cuya superficie era discontinua, levantando un frágil andamio de hielo. La primera helada del año deshizo su última capa al tocar sus dedos.

Dice que fue en ese momento, al notar el hielo más arisco, más agudo, más punzante que la nieve, cuando la puerta de su casa se cerró de golpe. No se le había ocurrido coger las llaves. Corrió hacia ella y, sabiendo que no serviría de nada, trató de abrirla. También se había dejado dentro la chaqueta, colgada de una cornamenta de ciervo que hacía las veces de perchero. No tenía tampoco las llaves del coche. Recuerda ir lentamente, congelado, con el pelo todavía húmedo, hacia la casa de enfrente: la de las huérfanas de teléfonos.

—¿Quién hay? —Josefina Cuervo, la mayor, gritaba al otro lado de la puerta.

Héctor entró en aquel lugar añejo para llamar a Federico. Al contrario que allí, en Villabriz sí había teléfono casi en cada casa. Le explicó a su amigo lo que acababa de ocurrir: necesitaba, además, hablar con el director para que le dejara otras llaves.

—No te preocupes, voy donde Argimiro, te llevo las llaves y nos venimos para aquí, hombre. Tú espérame en el bar.

—Tráete dinero, por favor, voy a pedirme algo. Me he quedado frío.

Salió de la casa de las huérfanas prometiendo volver enseguida con el dinero de la llamada. Josefina asintió mientras lo conducía rápidamente a la calle. Lo hizo con un movimiento de cabeza brusco y mecánico, mientras con los dientes delanteros masticaba algo que el forastero prefirió no conocer.

Un concierto de vasos, tazas, gritos imperantes, un olor a café, leche caliente, coñac y anís se dejaba percibir a través de la puerta abatible del bar, una hoja sin pomo que había que empujar para entrar. Con los dedos todavía fríos por la helada, Héctor Cruz puso su mano en ella, la empujó con demasiada fuerza y entró.

Todas las palabras murieron, estranguladas en los cuellos que se giraron hacia él. Algunas bocas se abrieron para dar los buenos días, pero ninguno llegó a la segunda palabra. La magdalena casera se partió y se hundió en el café con leche, la copa de coñac se vació de un trago, las vueltas al carajillo se eternizaron insulsas. Callaron los vidrios y se detuvo el ruido de las voces: lo último en oírse fue el chasquido de una cerilla. Alrededor de una veintena de personas contemplaban al maestro y no ocultaron sus ganas de escrutarlo de parte a parte. Nunca lo habían visto en un lugar tan perteneciente a ellos. El bar era oscuro, un sótano; la luz que entraba lo hacía a través de unas ventanas altas y estrechas, de cristal esmerilado con rejilla hexagonal. Me cuenta él, ahora ya no tan joven, que no supo si ignorar a la parroquia o sonreír, porque aquella gente lo miraba a cada parte del cuerpo. Todos en bloque. Levantó la mano en tímido saludo al que algunos giraron la cara mientras los demás esperaban a que pasara a su lado para observarlo también de espaldas. Aquellos ojos cercaban sus movimientos, lo abrazaban constriñéndolo, cediendo al ritmo de su respiración para dejarle cada vez menos espacio, menos autonomía. Él solo oía sus pasos hasta que un golpe terrible, el de la puerta de madera contra su marco,

hizo temblar el ambiente, como si todo estuviera viniéndose abajo. Aquel clima lo asfixiaba. Dos golpes furiosos del filtro de la cafetera sobre el cubo metálico de basura ordenaron la vuelta a la normalidad. La serpiente que notaba alrededor de sí empezó a aflojarse, aunque todavía le costaría sacudírsela de encima.

Se sentó en la barra a esperar. Su café solo se le hizo corto, y pidió dos Bisontes.

—Ya podrías comprar un paquete entero —le contestó, avaro, Saúl, el camarero.

Alargó el brazo para coger la prensa local y alargó también el oído, para escuchar algo sobre la muerte de Antonia Lobo. De repente, el bar se calló de nuevo.

A los que acababan de entrar por la puerta no los miraban. No les hacía falta, pero tampoco se atrevían. Conocían de sobra sus uniformes verdes, su sombrero de tres picos. Patricio y Sisinio se sentaron también en la barra. Pidieron, y no les habían acabado de servir cuando los del Llano y los del Teso ya habían abandonado el local. A uno de los primeros en salir se le oyó:

—Míralos, ahí los tienes, juntos.

Obtuvo un asentimiento unánime.

El camarero que les había servido marchó a la trastienda. Cuando Héctor quiso darse cuenta, estaba escuchando la conversación de los guardias.

—Una brutalidad, no sé cómo pueden tener ese estómago.

—Tú tienes muy poco, Patricín... o ellos tienen demasiado. Ahora, cuando lleguen y nos ayuden a llevarnos eso y a limpiarlo, volvemos al monte. Seguro que habrá más, espero que no los hayan tocado.

En ese momento llegó Federico, apresurado.

—Menuda cencellada y tú fuera, con el pelo mojado. —La puerta se cerró tras él sin ningún ruido—. ¿Has visto lo de la iglesia?

Al día siguiente, el mismo periódico que a Héctor le había aburrido en el bar fue devorado por sus ojos hasta la última línea, aunque todas estuvieran pésimamente escritas. Nadie recordaba una noticia sobre tal lugar en el diario provincial. Los periodistas se

perdieron al llegar, pero estaban tan hastiados en sus redacciones que aun así salieron con tiempo para fotografiar la información que relegaría al día siguiente incluso el partido de Segunda B. La portada de la iglesia de Somino fue también la del periódico, con su piedra mal cuidada, sucia, sus santos incompletos y una escalinata caliza que no habría sido noticia si no hubiese estado cubierta por una masa que en la fotografía aparecía de un color gris informe. Los que leyeron el pie de foto, y fueron todos los del pueblo, ya sabían que eran cuerpos de ciervo, de todas las edades, algunos sin patas, otros rasgados por la panza, con los intestinos fuera, con los cráneos reventados muchos de ellos e incluso algún miembro suelto. También cabezas.

Ese lunes, en la sala de profesores, leyeron que, según informaciones comunicadas el domingo a última hora por una pareja de agentes de la Guardia Civil:

...además de los aparecidos en la iglesia, en total casi un centenar de ciervos han sido encontrados muertos y en avanzado estado de descomposición durante las últimas semanas en los alrededores de Somino. Las fuerzas de seguridad del Estado no fueron avisadas hasta la mañana del domingo, cuando en el pórtico de la iglesia de esta localidad aparecieron mutilados unos veinte animales que parecen haber sufrido esta epidemia de forma previa a su descuartizamiento. Estas muertes podrían haberse extendido también a los términos municipales de Villabriz y Valdeaguas, aunque la densidad de estos animales en esas zonas es considerablemente menor. La Guardia Civil ha comunicado que se llevarán a cabo las medidas oportunas para detectar el origen de la epidemia y detenerla, ya que el veterinario local no ha recibido todavía las pruebas concluyentes del laboratorio provincial que permitan averiguar la causa de la muerte. La Benemérita, por su parte, ha iniciado una investigación para tratar de identificar al responsable de que cadáveres mutilados de cérvidos, víctimas de esta epidemia, aparecieran en el atrio de la iglesia de Somino, ya que, debido al estado de putrefacción de los mismos y ante el desconocimiento sobre el origen de la enfermedad, suponen un riesgo para la salud pública del pueblo. Fuentes anónimas señalan a este periódico que no es la primera vez que en estas últimas semanas aparecen animales en similares condiciones en esta localidad, aunque esta información no ha podido ser corroborada por la Guardia Civil.

Juegos de infantería

En ocasiones, los niños, aunque callen la boca, se expresan con sus formas: un gesto en pandilla o una actitud grupal o individual. Lo que comparten y lo que guardan, lo que desprecian y lo que codician anticipan a los adultos que podrán ser y aun más, aquellos en los que se reflejan: sus padres. Y así lo que viven y ven es lo que cuentan y actúan.

Por eso, cuando llegó el otoño, adornaron la clase con dibujos sobre aquella estación. Pintaron vecinos robando castañas; cerdos abiertos en canal, degollados; cazadores furtivos que corrían delante de la Guardia Civil... Cuando fue a colgarlos, el maestro vio dos que representaban el ciervo muerto en la puerta del colegio. A punto estuvo de ordenar que pensaran algo menos grotesco, pero los animales estaban trazados con mayor minuciosidad que cualquier humano y a él un persistente dolor de cabeza le quitaba las ganas de esforzarse en nada.

Tenía un peso concentrado por completo encima de sus ojos y un escalofrío tenue y rápido corría por sus brazos. Aquel día en que colgó los dibujos mandaba silencio con poca convicción. Los niños callaban porque estaban demasiado ocupados admirando sus pinturas, pero el silencio no duraba, porque los murmullos empezaban a crecer al igual que el rumor de una ola que se acerca al espigón y se releva poderosa al romper contra él.

¿Cuánto tiempo había estado Héctor hablando para nadie? Captaba palabras que llevaban semanas circulando por sus oídos y que las voces infantiles hacían rebotar dentro de sí: *Llano, Teso, jugar, iglesia, ciervos, Barrueco...* La espuma de la ola se elevaba más y más para caer sobre el espigón. Querría tener un paraguas que inclinar hacia delante, para taparse la cara y no mojarse. Sin embargo sentía que, con los niños, este se le resbalaba en las

manos y no podía servirse de él.

—¿Qué pasa? ¿Me podéis explicar qué es eso del Llano y el Teso?

Los alumnos callaron y se miraron sonriendo ladinamente, después le rehuyeron. Todos menos Miquel Colomer. Aquel silencio era el mismo que el domingo anterior había escuchado en el bar. Se levantó a pesar del dolor en las articulaciones. Sentía los ojos llenos de un líquido caliente que le escocía y congestionaba.

—Seguimos. Si tengo que volver a interrumpir la lección me dará igual quedarme sin recreo yo también, para que estéis en clase conmigo.

Forzó de nuevo a su cuerpo a caminar entre las filas de mesas. Al llegar la hora del descanso se desplomó en la sala de profesores. Tenía el frío dentro. Nada más verle la cara, Sagrario le puso una mano en la frente y Federico un café caliente entre las suyas.

—¿Qué son el Llano y el Teso?

Cuando se escuchó preguntarlo en voz alta cortó un suspiro de sus compañeros y se dio cuenta de que aquellas palabras las había oído por primera vez la tarde en que llegó a Somino. Le habían acompañado como un araño que no sabía cómo se había hecho, que apenas había mirado de refilón. Al nombrarlo se abrió.

—Ven aquí, a la ventana —pidió Sagrario.

El colegio estaba en la plaza más elevada del pueblo y desde allí uno podía hacerse una idea de todo él.

—¿Ves ese promontorio de allí? —Héctor asintió fijándose en la zona donde las calles eran estrechas, empinadas, y las casas parecían estar dispuestas a trepar las unas sobre las otras, justo en el límite con el campo—. Pues aquí a los promontorios los llamamos tesos. Eso es el Teso, ¿y ves allí, al otro lado, el arroyo? —Allí las viviendas eran más anchas, más espaciosas, más blancas. Tenían jardín algunas ante su fachada, y más allá estaban las cuadrículas aradas, en noviembre todas pardas—. Eso es el Llano. Los que viven de la calle de la iglesia hacia el Teso son los del Teso, los que viven de la calle de la iglesia hacia el Llano son los del Llano. Los del Llano cultivan, los del Teso cultivan menos porque la tierra es peor, pero

cazan más que los del Llano. Y ya está. No preguntes más.

—¿Y eso de jugar al Llano y al Teso?

—Hacen equipos según donde viva cada uno y juegan a lo que sea... Suele acabar mal.

Como si alguien quisiera demostrárselo, se abrió la puerta. Entró, triunfal, Ezequiel Lobo.

—Huguito, tienes lío, me temo. Dos chavales de tu clase se han peleado, a uno se le ha saltado la sangre. Me ha costado separarlos. No me quieren decir por qué discutían, a lo mejor a ti sí que te lo quieren contar.

Mantenía la cabeza bien alta, y no era capaz de disimular una sonrisa irónica que se le escapaba por las comisuras de los labios.

Abelardo Barrueco y Andrés Ramírez entraron. Los dos niños miraban con el ceño fruncido, desvergonzados, a su maestro. El reguero de sangre que salía de la nariz de Andrés marcaba aún más su mirada enrojecida. La violencia infantil es la cosa más común del mundo y, sin embargo, el trato que le estaba dando Ezequiel parecía elevarla peligrosamente de categoría.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Héctor, preocupado.

—Debían de estar jugando y el balón le ha dado a Andrés, se ha enfadado y se ha tirado a pegar a Abelardo.

Lobo no paraba de entrar en el asunto. Sagrario quiso evitarlo:

—Les está preguntando él, que es su profesor, y los que tienen que contestar son los niños. —Miró a Héctor, instándole a hablar.

—Venga, contadme qué ha pasado. —Sintió que le habían tirado el control de unas riendas que le correspondían a él, aunque los caballos ya estaban a galope.

—Estábamos jugando al balón prisionero y los del Llano no paraban de tirarme a mí con la pelota, muy fuerte, y estaba sin hinchar y dura —dijo Andrés.

—Eso es mentira.

—Abelardo, deja hablar a tu compañero y ahora me cuentas tú qué ha pasado. Sigue, Andrés. —Héctor empezaba a impacientarse.

El niño sorbió sangre, continuó:

—Entonces los míos empezaron a ponerse delante para que no me dieran. Pero cuando Abel me tiró a la cara, los demás se quitaron, y me dio y me hizo sangre.

—No, los del Llano estábamos jugando normal —el otro niño no pudo evitar salir al quite—, lo que pasa es que este del Teso es un inútil, no se movía y le dimos en la cara, pero es que es tonto. Entonces vino y se me echó a mí encima a pegarme. —Le enseñó una quemadura de arena en el brazo.

Al joven maestro las rodillas le temblaron, flojas, como si la rótula fuera a salirse de su sitio y a doblar sus piernas hacia atrás. Antes de estar derecho del todo, un repentino estornudo recorrió su garganta, convulso, fuerte. Tuvo que apartarse a la carrera. Cuando retiró su mano de la boca, se dio cuenta de que tenía los pómulos empapados en sudor. Ezequiel se fijó en ese gesto y se carcajeó.

—Qué, te *quedastes* frío el domingo cuando te *dejastes* las llaves en casa.

Héctor lo miró. El tono con el que se lo había dicho (lleno de sorna, de chulería, asentado en una actitud primate) le había hecho sentirse inferior. Un atisbo de rabia empezó a crecer dentro él, apenas podía retenerla. Los dos chavales miraron cómplices a Ezequiel, amigos de repente.

—En la primera helada no es recomendable salir en zapatillas de andar por casa y sin llaves, aunque creas que el hielo es nieve. —Al destinatario de esta arenga le abrasaban los ojos—. Para el año que viene ya lo sabes. Si sigues aquí, claro.

Al percibir su enconamiento, Sagrario puso su mano sobre el hombro febril de su compañero.

—Les voy a quitar el balón. Qué manía tienen con hacerse daño. ¿No se te enfría el café en el bar, Ezequiel?

—Ya me vuelvo, joder, señorita.

—Señora —corrigió ella.

Cuando Ezequiel se fue, Héctor se sentó y les siguió preguntando a los muchachos lo mismo una y otra vez, buscando la incongruencia que le indicara qué había pasado. Pero en el fondo daba igual. Las

palabras Llano y Teso revoloteaban ya en su cabeza. Como murciélagos borrachos, se chocaban entre sí perdiendo partes de su anatomía, de sus fonemas. Al caer al suelo le dolían en ondas concéntricas, recordándole que sentía la cabeza llena de una sustancia espesa y caliente que lo oprimía.

—¿Y cómo han aparecido las tierras de mi padre esta mañana, oyes? —dijo Abelardo, al fin.

Aquella frase, en apariencia tan fuera de contexto, hizo que su abotargamiento se disolviese a la carrera. Como si de repente el ritmo se hubiera roto debido a una música distinta, más fuerte. También más poderosa.

—Qué tierras, Abelardo, qué dices. —El adulto cambió el gesto, como el niño que descubre en una esquina de su cuarto la pieza que le falta para completar el puzzle.

Federico y Sagrario habían permanecido como espectadores de un partido de tenis, siguiendo las respuestas de los niños con un movimiento rítmico. Sin embargo, ante la mención de algo ajeno a aquel colegio, saltaron a la tierra batida.

—Eh, eh, eh. —Sagrario se adelantó a la respuesta del niño—. A ver, tú, Andrés, que te voy a poner un algodón en la nariz.

Héctor abrió la boca para volver a preguntar, pero no pudo porque se zanjó el tema como si se hubiera pronunciado el nombre de Dios en vano. Sintió que había perdido cualquier potestad sobre la situación.

—Pues ya está. Hacemos las paces y prometéis que no va a volver a pasar esto. Venga, rápido, que se os acaba el recreo.

Los niños se fueron camino del patio. Su profesor se levantó para ir con ellos, pero Federico, todavía insatisfecho con su intervención, cerró la puerta.

—Se acabó. No te metas.

El chico agitó la cabeza, incapaz de entender nada. Le dolían los límites del cerebro al hacerlo.

—¿Qué ha dicho de unas tierras?

—Tú no te metas.

Su compañero hablaba casi violento, rápido. Marcaba cada palabra.

—Habrá ocurrido algo, vete a saber qué y con qué campos. Los niños han escuchado a sus padres y entendido lo que ha sucedido o lo que han querido entender. Probablemente lo que ha sucedido de verdad, no te creas que son bobos, y ahora se pelean en lugar de sus padres.

—Habrá que hablar con los mayores entonces, para que sepan lo que pasa.

—No, déjalos —años más tarde, solo años más tarde, Héctor comprendió que con aquella agresividad únicamente pretendía protegerle—, tú no tienes nada que ver con eso.

Sagrario, de nuevo junto a ellos, lo miró con la ternura con que se mira a alguien al que le han dicho que es adulto, pero que al que no han tenido tiempo de explicar que aún era muy joven.

—¿No querías saber qué eran el Llano y el Teso? Pues esto. Se llevan a matar entre ellos. El Teso, ese monte; el Llano, la parte del río. Y los chavales juegan, y lo que hagan son cosas de niños. Y punto. No te metas en más.

Aquella tarde Águeda Peña levantó agresiva el brazo de su hijo Abelardo al ver una quemadura en su dorso.

Y es que ese mismo día parecía haber amanecido más tarde porque el cielo estaba nublado. Aun así, el padre de Abelardo Barrueco salió de la cama a la hora de siempre. Como todos los días, se había bebido el café frío que su mujer preparaba la noche anterior, se había vestido hosco, con la luz de la habitación encendida; le daba igual despertarla. Cuando cerró tras de sí la puerta de la calle, escrutó el cielo: un azul negro, debilísimo, se colaba a través de una grieta que dejaban las nubes. Todo lo demás era negro todavía.

Se subió a su Land Rover. Respiró desde su interior el olor a gasolina y escuchó el motor viejo, pitarroso, encenderse. Con esa oscuridad poco tendría que hacer, pero le resultaba mucho más agradable que el sonido de su mujer orinando al despertarse, el de

los lamentos de los hijos al no querer salir de la cama, el de la persiana subiéndose violenta para dejar pasar la primera claridad.

Los campos se extendían a derecha e izquierda en remiendos ahora muy similares entre ellos, pardos en sus ondulaciones suaves, aparentemente vacíos. Llegó al suyo, que estaba callado, silencioso como todas esas mañanas brumosas que nunca superaban el color gris. Más le valía cuidarlo, aquel año poco o nada iba a sacar de los ciervos. Paró el coche. Miró su tierra, que seguía siendo la de sus padres y que sería la de sus hijos, casi como si por él no pasara. Estaba quieta, mucho más quieta de lo que la había dejado el día anterior. Estaba inerte y no sabía por qué. Con la manga de su jersey gastado, limpió la ventanilla del conductor, empañada, pensando en recuperar una visión más acertada. Pero su tierra seguía ahí, sin moverse, del mismo color y con la misma textura que el día de ayer y, sin embargo, muerta. No lo entendía. Solo unas horas antes había sembrado como todos los años y, antes de marcharse, ya anocheciendo, había comprobado desde su todoterreno los surcos perfectos, en apariencia yermos, esperando a recibir del cielo lo que quisiera caer: malas o buenas noticias. Hoy había vuelto para repasarlo todo como la tarde anterior, como lo haría todos los días que seguirían, para abonar con sus ojos el orden de aquel cuadrado uniforme que, sin embargo, él conocía palmo a palmo, cada terrón distinto a los demás. Estaba todo igual y había algo que no funcionaba, que lo desbarataba. Ese algo le chirriaba, le dolía como si hubieran cambiado un punto de su propia fisionomía, de su propio cuerpo, sin avisarle. Algo que solo él notaba pero que era vital, absolutamente necesario. Como si le estuviera hablando un cuerpo sin voz, pero no mudo. Cotejó las líneas de su campo, las recorrió con sus ojos. Cuando se dio cuenta, arrancó las llaves del contacto, abrió la puerta, bajó torpe en su rabia y cerró el coche con violencia, como si quisiera deshacerlo en pedazos. Mientras sus párpados se abrían, cerró los puños, que se apretaban para empezar a golpear el aire.

La niebla empezaba a bajar. Cualquiera que no fuera de Somino,

de haber mirado al cielo, hubiera sido incapaz de saber por dónde estaba saliendo el sol.

Al día siguiente la niebla era más densa, tanto que Sisinio y Patricio tuvieron los faros encendidos todo el camino, en su parte final atentos a otros que pudieran venir de frente. La carretera que enfilaba la iglesia era tan estrecha que no hubieran cabido dos vehículos; aun así, era de doble sentido, y los badenes de sus bordes tan hondos que tampoco se atrevían a orillarse.

—Este es un tramo del diablo, puta niebla —se quejó uno de los guardias.

Estaba todavía tan oscuro que las escasas farolas continuaban dando luz como globos fantasmales. Habían estado allí el día anterior: la persona de siempre les había avisado de una pelea entre los Barrueco y los Ramírez en la calle de las Eras. Cuando llegaron al pueblo la reyerta se había disuelto, pero habían escuchado algo en las calles que les hizo temer por aquel joven maestro recién llegado de Madrid.

—Patricín, despacio. Que nos vean.

Una vecina se asomó con un trapo húmedo a su puerta y miró reservada el coche de la Guardia Civil. Su cara roja, destacando contra sus ojos azules, estaba empañada por el vaho del cristal.

—Ahí la tienes. —Sisinio Calleja, entre dientes, movió su mano rítmicamente hacia abajo para indicarle que disminuyera la velocidad.

La mujer siguió mirándolos hasta que los perdió de vista. Con la cabeza negó lenta, furiosa, retenidamente. Tenía los labios cerrados y sus comisuras hacia abajo en un gesto de enfado y displicencia. Volvían, sí, volvían.

Dentro del coche, envuelto en su ancha capa verde, el mayor continuaba dando indicaciones a su compañero.

—Tú tira por aquí, y ahora enfila las escuelas y aparca en la entrada.

Les pareció que la niebla se colaba por debajo de la puerta del colegio. No podían escapar de esa nube que era una prenda húmeda

y fría que se veían obligados a vestir. Fueron directos a llamar al despacho de don Argimiro. El director se levantó de un salto, asustado, nada más verlos. Puede que Patricio sintiera repulsión al ver su papada, blanca y gelatinosa, temblequeando.

—¿Qué hacen por aquí, ha pasado algo? Lo primero, buenos días. Siéntense.

—Buenos días. No nos sentamos, es solo un momento —dijo Sisinio.

—¿Quieren tomar un café? No les puedo ofrecer otra cosa.

Vio cómo el pulso del director temblaba.

—No, de verdad, muchas gracias. Mire, veníamos a hablar con uno de los maestros.

—Sí, claro, sin problema, ahora le aviso yo mismo, ¿quién es? —Se relajó, su grasa se hizo más flácida, casi líquida.

El olor a lejía, a borrador, a pintura de cera, a viruta de lápiz, al vinagre con el que las madres prevenían los piojos en sus hijos. Aquel ambiente para Patricio era agradable, le devolvía a su niñez y llegaba hasta el mismo despacho del director, donde la niebla no conseguía penetrar, retenida contra el cristal. Sin embargo, para su compañero, la tranquilidad y seguridad se le rompían en algún punto del despacho. Los papeles amontonados, la máquina de escribir con polvo sobre su barra espaciadora, el borde gastado de la mesa, las portadas de los periódicos atrasados, la fotografía del Caudillo, el teléfono sin línea. El teléfono sin línea.

—Queremos hablar con el maestro joven, el que viene de Madrid.

—A Sisinio le gustaba tomar la delantera.

—Pues qué casualidad, justo hoy —Argimiro parecía decepcionado— no ha venido. Debe de estar enfermo, pero si quieren dejarle recado, yo se lo puedo dar. ¿De qué se trata?

—No se preocupe usted, hombre, tendrá cosas más importantes que hacer. Déjenos su dirección —no le daba otra salida— y nosotros vamos a verle.

—Los acompaño, vive en mi casa, en la casa que tengo yo aquí. Se la alquilé por algo simbólico, para que no tuviera que salir del

pueblo. Por comodidad.

—No, no se moleste. —El interés artero de los hombres como aquel lo molestaba, había que cortarlos. Cogió el papel y la pluma de la mesa—. Mire, ya que quiere ayudarnos, díganos donde está y nosotros vamos para allá.

Si algo se le daba bien a Sisinio Calleja era semejar un ser de cabeza ruda, de secano. Yo no le conocí, pero debía de ser perro viejo. Debajo de su apariencia instintiva y primaria, aquel hombre era inteligente. En cuanto a Argimiro, si algo sabía hacer bien era detectar a gente que fuera mucho más inteligente que él. Así había llegado a ese despacho. La inteligencia del guardia, en cambio, le dio miedo. Respirando trabajosamente por la boca y la nariz, les explicó cómo llegar.

—Pues nada, si no quieren que vaya yo con ustedes...

—Muchas gracias. —Sisinio le dio un golpe seco, basto, en el hombro—. No le molestamos más. Que tenga un buen día.

Al salir del colegio, Patricio no vaciló en mostrar su preocupación.

—¿Qué hacemos? Tendríamos que haber venido antes.

—Vamos a su casa ahora mismo, a pie, no creo que al chaval le convenga que vean el todoterreno de la Guardia Civil en su puerta. Y si nos descuidamos, este, el tal Argimiro, se viene con nosotros. Es de los que todo lo quieren saber. Se ha puesto demasiado nervioso y eso no me gusta nada.

Caminaron hasta que el colegio quedó oculto tras ellos. Esa niebla pálida, casi azul de puro blanca, se lo comía todo. Llegaron a la calle de Héctor a la primera.

La menor de las huérfanas de teléfonos los vio por la ventana; hacía mucho tiempo que no aparecía ese uniforme en su calle.

—¡Josefina! ¡Josefina! Han vuelto, han vuelto otra vez. Y en nuestra calle. ¡Como cuando papá!

Se daba golpes en el pecho con los dedos juntos. Yo pecador. Recordaba el día en que empezaron a ser habituales. A la menor de las Cuervo no se le olvidaría nunca.

Instinto animal

Había barrido con el mayor de los cuidados y, aun así, al acabar, trocitos de cristal se siguieron clavando en las suelas de goma de sus zapatillas de felpa. No había conseguido liberar la habitación del brillo maligno que resplandecía aquí y allá en los restos de una ventana que habían roto en algún momento de la noche anterior.

La Guardia Civil acababa de irse tras encontrar un canto rodado dentro de la habitación. Habían entrado en su casa rápidos y atajando cualquier cortesía con saludos y modales correctos pero parcos. Solo hablaron al final, antes de que Héctor volviera a preguntarles si de verdad no sabían quién los llamaba. En los ojos de Patricio saltó, como una alerta, una llamada de preocupación.

—A eso tenemos que contestarte que no sabemos.

Sisinio había sido tajante y ambiguo con el maestro. Cuando cerró tras sí la puerta de aquella casa enorme, Patricio, alzando la mirada, miró sorprendido a su compañero.

—¿Cómo que tenemos que contestarle que no sabemos? ¡Es que no lo sabemos!

—No lo sabes tú, Patricín, que no te has dado cuenta.

Desde la casa de enfrente las huérfanas de teléfonos se peleaban por un hueco tras los visillos que les permitiera ver sin ser vistas. Si Josefina no hubiera abierto la boca, habrían escuchado el nombre que pronunció el mayor de los guardias. El de quien les delataba todo lo que pasaba en Somino.

—Por tu culpa no he visto nada, Elvira, ¡boba! —La mayor atizó a la pequeña en la nuca grasienta de pelo gris, casi amarillo.

Cuando Héctor se sentó en la cama, alcanzó a verlas revolviéndose tras los visillos, gesticular violentamente inclinándose la una sobre la otra. No paraba de sudar, pero no era solo por la fiebre. Sudaba por culpa de sus nervios, por la inseguridad que le

daba saber que aquello no había sido gratuito. Pensaban que él había llegado hasta allí para convocar la presencia de la Benemérita a la mínima. Le estaban diciendo que se equivocaba, que allí las cosas se solucionaban de otra forma: tirando, a conciencia, una piedra a la ventana, por ejemplo.

Las formas difuminadas de aquellas mujeres le produjeron antipatía y asco. Él mismo se sentía sucio. Bajó la persiana para librarse de aquella visión y no ser fisgoneado por las Cuervo. Fue entonces cuando notó que el suelo, como si tuviera uñas, se agarraba a él cada vez que daba un paso: seguía repleto de minúsculos trocitos de cristal que se aferraban a sus pantuflas.

* * *

Cuando pudo volver a clase, recuperado de la fiebre, ya era viernes.

Su vuelta al trabajo causó el fastidio de los alumnos: sin él, habían disfrutado de un particular estío otoñal. Empezaron entonces a mirarlo de reojo y sin pudor. También parecían observarlo los dibujos de la pared, completamente torcidos. Afuera, unas nubes blancas, inmensas, compactas como algodón prensado, lo espoleaban con la calma del animal que acecha.

Somino era un pueblo gris en el invierno, y sus casas, normalmente expuestas al viento por sus cuatro flancos, eran malas de calentar. La de Héctor también. Recuerdo —puedo decir que lo recuerdo, él me lo ha contado— el frío demasiado grande, levemente templado por el fuego de la chimenea: las superficies heladas de las mesas, el reclamo constante del albornoz. Él me ha hablado también del viento que se colaba por las junturas de las ventanas y que cortaba la piel, aquellas ventanas que eran de madera vieja y apenas contrarrestaban las mantas de lana áspera que había que usar para dormir templado. Recuerda él la noche ocupando casi todas las horas, llegando antes de lo debido, ayudada por las nubes grisáceas que tapaban el cielo por entero. El aire de

un color azul pálido, casi enfermizo. Imagino también cómo serían el resto de hogares por dentro, erosionados por el uso diario y las necesidades cotidianas. Contrastarían, sin duda, con la quietud fabricada, los manteles doblados, la tranquilidad guardada, organizada en cajones, de la de Héctor.

En cualquier otra casa —encima de la radio mal sintonizada— un marco dorado, muy gastado de tanto pasarle el trapo, rodearía una pintura de un paisaje en el que la luz naranja y verdosa caería sobre los ciervos. En las esquinas, lámparas de pantalla de tela beis con largos flecos; aparadores con multitud de vanos y puertas, repujados de plata ancha, custodiando fotografías de comunión o un quinqué que aún se usaría de vez en cuando. Y un suelo de baldosas hidráulicas, bruñidas hasta la extenuación, recibiendo unas frases que caerían plomizas, llenas de la autoridad del padre:

—Si me dices que tu maestro no ha vuelto hasta hoy a clase es que tiene miedo. Ese tiene miedo y no sale de casa. —Se llenaba la boca con un trozo de pan, masticándolo abiertamente, sin llegar a tragarlo metía más—. Entra donde no le llaman y claro, en Somino se levanta con la ventana rota. Quien juega con fuego meado se levanta.

Abelardo sonreía y miraba a su padre satisfecho. Un brillo oscuro se veía en sus ojos.

—Desde que le han roto los cristales tiene miedo. La prima Pepa me ha dicho que se ha cortado en un pie, que se le ha infectado la herida y que no puede caminar. Ella fue con el tío cuando le tiraron la piedra.

—David ha dicho que en su casa dijeron que se había cortado las manos recogiendo los cristales. Juana le contestó que no, que lo que se cortó fue los pies, que cojea, pero cada vez dice que cojea de un pie, así que se habrá cortado los dos.

—Pedro dice que tiene las manos hinchadas de las heridas y Andrés que estaba blanco, porque cuando uno pierde sangre está más blanco, también cuando tiene miedo. Y que el profesor había perdido sangre y tenía miedo, y que así no iba a volver a llamar a los

guardias.

Sisinio y Patricio empezaron a pasear su color verde todos los días, a horas distintas, por Somino. Cuando la primera nevada llegó para recibir a la segunda, sus viajes por carretera empezaron a ser más dificultosos y aquella obligación se complicaba según la nieve se acumulaba en las cunetas. Así, el guardia más joven comenzó a desear que nevara un poco más para no poder ir, pero el perro viejo se sabía todos los caminos, también aquellos en los que el hielo no era impedimento.

Era consciente de que no existían agarraderos a los que asirse para que no volviera a haber ataques contra el maestro. No podía probar nada, aunque hubiera oído las amenazas contra él el día de la pelea. Días más tarde, los guardias volvieron a preguntar a la familia Barrueco si habían sufrido de nuevo algún altercado en sus tierras, y ellos y los Ramírez —a quienes acusaban del atentado— contestaron con evasivas. Muchas veces tan solo negaban bruscamente con la cabeza. Ambos clanes rieron como niños malos cuando los inquirieron por el maestro de Madrid; aquella gente enfrentada se unía, tácitamente y movida por algo viejo, cuando oían cualquier cosa que sonase a forastera. Si abrían la boca, mascullaban todos exactamente las mismas palabras. Los mayores pasaban las noches enseñando a los más jóvenes qué era lo que había que responder.

En su casa, Héctor, dolorido su cuerpo por los restos de la fiebre, todavía era incapaz de reconocer su ventana rota como un lugar más del conflicto de Somino. El otro día me lo dijo. Que cómo no había sido capaz de verlo. Supongo que es la misma incapacidad que tampoco me permitió a mí darme cuenta de cómo, en determinado momento, cambié mi vida para siempre. Pero el tiempo presente, aunque tardemos en darnos cuenta, es el más difícil de conjugar. Está lejos de la facilidad inútil del pretérito imperfecto, de la prometedora niebla del futuro. Por aquel entonces pensábamos que las declinaciones las poníamos nosotros. Así, el maestro sentía haber perdido la vara con que se mide lo maduro, lo pueril de las

acciones. Tal vez en Somino fueran otros los timbres, los pesos, las medidas, las escalas.

—¿Ha habido alguna novedad? —Cuando volvió al colegio lo preguntó con miedo, esperando a que las aulas hubieran estado tan tranquilas como la nieve.

—Entre ayer y hoy no. Pero ahora que lo dices, el otro día vino la Guardia Civil a hablar con Argimiro...

No les había contado nada sobre aquel cristal roto. Tampoco al director. Y aunque sus compañeros pensaron que el estado ausente en el que él se encontraba era consecuencia de la fiebre, no dejaban de estar preocupados.

—Me pareció ver que aparcaban el coche en la puerta de colegio y que entraban. —Federico no le daba demasiada importancia a la visita.

Cuando ocultamos algo, la propia alerta nos hace suponer que los demás conocen nuestro secreto. Así, lo acabamos desvelando gracias a infundadas suspicacias de nuestra cosecha. Héctor pensaba que los demás estaban esperando que él hablara sobre su ventana. Aguantó. No preguntó nada. Aquella agresión le daba vergüenza.

—¿No habrás hablado con alguien sobre Abelardo Barrueco y Andrés Ramírez? Sobre las tierras que sacaron a relucir el otro día... —Sagrario parecía preocupada porque nadie se metiera en la ambigüedad de aquel tema.

—¿Cuándo iba a poder hacerlo? Si no he salido de casa...

—No intentes sacar el tema. Esas cosas quedan fuera del colegio. Ya las arreglarán ellos.

Fueron muchos los vecinos que aquellos días visitaron, al atardecer, por distintos caminos y en distintas horas, las tierras de Julio Barrueco. Y muy pocos los que, a fuerza de mirar, de tener metida la tierra dentro, abrazada con sequedad a sus entrañas, comprendieron la verdad de lo que había ocurrido.

Aquellas tierras habían vuelto a subrayar la horizontalidad del terreno en una pelea a contrarreloj contra la niebla en la que

algunos vecinos del Teso ayudaron, más con ánimo de diluir la última jugada del Llano que con la de ayudar a aquel hombre, al que yo tampoco conocí y cuyo físico ágil —un poco rudo en el vello grueso y áspero de los brazos, en las cejas enhiestas, en un corte de pelo casero que resaltaba su cabeza picuda— era incapaz de devolver a su terruño la capacidad de engendrar antes de que las heladas se espesaran.

Porque la noche en la que bajó la primera niebla alguien, no hacía falta saber quién para ensañarse, había herido mortalmente la tierra de Julio Barrueco arando surcos perpendiculares a aquellos en los que se había sembrado. Se había revuelto así la simiente, quedando al aire, desprotegida y yerma.

Sin embargo, aquello no salió de las mulleras de los del pueblo, y la Guardia Civil no consiguió, en todas las veces que estuvo con la familia de Julio, averiguar qué había ocurrido en aquel cultivo ni cuáles eran las causas de la afrenta. Su dueño temía que la Benemérita indagara en los motivos por los que su campo había amanecido muerto y encontrara otros nada agradables. Probablemente dieran con aquello que le hizo, meses ha, robarle un lechal al Llano. Bien era verdad que lo había hecho porque su cosecha apareció en los graneros que no debía. Sospechaba que le habían robado la simiente porque él mismo había vendido en mal estado parte de una cacería, algo que perpetuó como venganza de la pelea que su hijo mayor tuvo con unos de su quinta. Y así un motivo tras otro, perdiéndose en la lejanía y confundiéndose entre ellos, al igual que las copas de los árboles empiezan a parecer la de uno solo cuando forman un bosque. Un bosque que había estado siempre, antes que los abuelos de los abuelos, antes incluso que los muros de la iglesia y sin el que no se concibe el paisaje.

Federico huía de aquel bosque. Por eso ni él ni Sagrario permitían que la conversación anduviera por los caminos circulares que hablaban de extraños sucesos en haberes ajenos.

Uno de los primeros recuerdos que tengo de mis conversaciones sobre Somino es ese instinto animal del que me hablaba Héctor y

que despertaba en sus compañeros el impulso de huir en estampida de cualquier otro tema ajeno que pudiera erosionarlos como lluvia torrencial. Ese instinto lo habían adquirido gracias a una cicatriz superpuesta a otra, como una herida de la que el niño se arranca la costra una y otra vez para dejar que la piel cave una oquedad suave, brillante, que duele cuando ve llegar la humedad. Los ciervos eran solo una muesca más, y seguían muriendo. En el periódico provincial la noticia ocupaba al menos una página diaria en la que las cifras de los cuerpos de animales hallados iban incrementándose.

Sagrario extendió sobre la mesa el periódico abierto y, con su dedo índice, señaló la entrevista que ocupaba la página derecha.

Don Roberto Narváez había atendido a los periodistas el día antes en su casa de Villabriz. Lo que él no sabía era que ellos habían llamado el día anterior al laboratorio y allí les habían desmentido que los resultados de los análisis no hubieran sido enviados al veterinario. Habían salido, de hecho, hacía ya varias semanas.

Cuando los reporteros abandonaron la casa de don Roberto, él, convertido de nuevo en el Llorón, abrió el cajón, sacó los papeles que le habían remitido y que había ocultado y se fue directo a encender la chimenea. Aquello le quitaba el hambre, había perdido varios kilos. Yo ahora, cómodamente sentado, puedo imaginar cómo la angustia de no saber qué ocurría le apretaba el estómago. Me figuro su impotencia al no ser capaz de tejer con aquellas pruebas la causa de la muerte de los animales. Creedme, comprendo qué se sentía en aquellas calles en las que debía fingir unos conocimientos de los que carecía, una soltura que estaba lejos de tener. Veía su fama amenazada si no era capaz de detener, o al menos detectar, el origen de esa epidemia que se empezaba a acusar en lo abultado del forro de las almohadas donde los de Somino guardaban el dinero. Porque en el pueblo comenzaban a resentirse, y aún así, mañana tras mañana, tarde tras tarde, volvían a leer aquellas noticias con el ritmo con el que se azota un penitente. Cuando los periodistas se cansaron de que murieran ciervos, empezaron a darse cuenta de que también lo hacían los jabalíes.

Tanto tiempo ha pasado ya desde aquellos días que el ritmo musical de la lluvia sobre las ramas ha desgastado también la corteza de los árboles. Tanta agua ha caído que Héctor mira aquel tiempo como los ancianos miran sus tatuajes viejos, azulados.

Sí recuerda con nitidez felina la cicatriz de Federico. Recuerda cómo se abría y cómo él intentaba cerrarla con puntadas torpes y rápidas, como quien intenta evitar sin cuidado ni éxito que a un muñeco viejo se le salga el relleno. Lo había visto cuando escuchó la historia de Antonia. Pudo tocar aquella costura en la casa de su compañero, el mismo día que la puerta de la suya se cerró para dejarlo en la calle frío y empapado, unas semanas antes. El mismo día en que la iglesia había amanecido convertida en una carnicería.

Susana no ocultaba unos ojos blancos, sin vida, y sin embargo giraba la cabeza hacia él al hablarle. Era una mujer guapa, con tendencia a engordar. Llevaba una camisa blanca y un vaquero acampanado.

—Te tenemos que contar lo de los ciervos. —Cada vez que se dirigía a ella, a Federico le brotaba miel en la voz.

—¿Ha aparecido alguno más? —Ella giró la cara brevemente hacia su marido, perdiendo la expresión.

Fue en ese momento cuando Héctor notó dentro de sí un ansia por hablar que no sentía desde hacía ya más de un mes. Lo describió todo: describió brevemente cómo era la entrada a la iglesia de Somino, le superpuso con cuidado los animales muertos, despedazados, la sensación que había tenido al verla, y la gente alrededor, lo macabro que resultaba aquella amalgama de cuerpos mutilados cabalgando sin vida unos encima de otros. Rehuyó los colores. Le contó, en cambio, cómo era el olor y cómo miraban los vecinos. Y, sobre todo, le describió el silencio, el silencio de Somino.

—Me hago a la idea. —Susana asentía levemente, dejando notar su propia satisfacción.

Había conseguido, por primera vez en meses, transmitir algo. Lo apoyaba la alegría queda, discreta, de su compañero.

—Ya me han dicho que Ezequiel te culpa de llamar a los guardias.

Ten cuidado con él. —Se quedó callada un momento, dudando sobre si continuar. Lo hizo—. Cada vez que recuerdo a su sobrina... Pobre niña. Me acuerdo muy bien de ella, de su voz.

Federico dejó la cuchara encima de la mesa. Sonó el desgarró caliente, líquido, de la carne viva, de su herida dolorosa y no complaciente.

Susana se acordaba de aquella voz porque la había vuelto a escuchar, y la había reconocido, solo unos meses antes.

La noche en que Antonia murió, la luna no era blanca sino amarillenta, inmensa. Y así se la había descrito su marido mientras cenaban en el patio de la casa, rodeados de geranios rojos y lilas azules que —le había contado él— estaban especialmente rojos y especialmente azules aquella noche, quizá porque olían más, había notado ella. Se levantó un momento Susana, no recuerdan ya por qué, en el momento de más olor, en el momento en el que la luna parecía derrumbarse sobre ellos. Y oyeron un brusco frenazo y cerrarse la puerta de un coche. No recuerdan si lo asociaron a algún vecino, si lo imaginaron corriendo por la calle, apresurado por cualquier cosa, vete a saber qué. Tal vez tenían la mente en blanco. Tal vez no.

—Buenas noches. Sé... Ya sé que no son horas...

Al matrimonio no le hacía falta ningún gesto para recordarse mutuamente que no debía haber ninguno, que así lo habían acordado, que el recuerdo de esa noche solo saldría a sus bocas alguna otra noche, cuando un timbre destemplado, un geranio demasiado cuajado de flores o una luna febril se lo trajera irremisiblemente.

Ella reconoció aquella noche la voz de Antonia, aunque hubiera cambiado, aunque ya no fuera la de una niña. Pero la angustia de esa voz tenía algo de infantil. Igual que el nacimiento rizado de su pelo, pegado con sudor a la frente, pensó Federico asustado y sorprendido. En su cuerpo el susto y la sorpresa peleaban entre sí, potenciándose y acabando con su capacidad para aventurar qué sucedía. Recuerda, eso sí, el gesto de asombro en los labios de su

mujer.

—Antonia, ¿qué pasa?

A la mañana siguiente, cuando Federico entraba en su casa al amanecer, el teléfono sonaba con timbre fúnebre.

Los perros no se equivocan. Perciben mejor que los humanos la tristeza o la angustia, aunque no sepamos si llegan a saber qué las motiva. *Gudú*, el perro de Susana, había acariciado con el hocico a sus dueños cuando se nombró la voz de Antonia en aquella comida con Héctor. Una voz que mi amigo no oiría nunca, que yo tengo que imaginar. La adolescente muerta pesaba sobre aquella casa, pero tras su mención quedó sepultada y no se la volvió a nombrar. Sin embargo *Gudú* anduvo largo rato tras los demás por la casa. ¿Sabría aquel perro avisar también de la nieve? Porque la nieve no se oía como se oía la lluvia y, sin embargo, podía incomunicar a un pueblo. Si él, con su vista perfecta, no había podido verlo, ¿qué haría Susana?

Y continuaba preguntándose esto cuando, el viernes siguiente, al arrancar su coche, comprendió que le sería imposible volver a casa aquel fin de semana.

El alma dormida

El cementerio estaba cercado por una tapia blanca, baja y gruesa, como si los que la levantaron no rebasaran el metro cincuenta de estatura. El cuidado con el que se encalaban los muros no llegaba dentro: el hormigón del suelo estaba resquebrajado, reventado en algunos puntos, y la mala yerba surgía tozuda y trabajosa entre ellos.

A los dos cipreses de la entrada la enfermedad les comía las ramas bajas, pero mientras no se viera desde fuera a nadie le importaba. Si uno se fijaba en sus sombras, veía cómo, alargadas, cortantes, resaltaban un pavimento que había sido pensado en escalón, pero que se había ido rompiendo y cediendo, sorprendiéndose a sí mismo, y sobre el que las lápidas se levantaban como las teclas de un piano ruinoso. A los pies de las más cercanas a la puerta, el firme había desaparecido y alguna vez se vieron asomar huesos: mandíbulas o falanges que nadie, excepto los niños, se atrevía a tocar.

Las losas eran grises, muchas negras, y con letras de metal plateado marcaban los nombres y las fechas de sus habitantes. Tras las últimas filas, un bando municipal de hacía algunas décadas había tirado la parte posterior del muro para ampliar sus terrenos. Había sido en vano, porque la población empezó a emigrar justo entonces y ni siquiera volvió ya para ser enterrada; los nuevos muertos cabían de sobra con los viejos y aquel solar anexo esperaba impaciente que se lo habitara. La parte nueva de la tapia se vencía, al contrario que la antigua, en toda su longitud. Era allí, en el terreno desierto, donde la nieve caía más tranquila en invierno, donde se acumulaba blanca, sin doblez, para que los críos jugaran sobre ella, saltando con las cruces al fondo, con el remate correoso de la puerta como límite. alguna vez una vieja ofendida, envidiosa de la celebración infantil,

corría desde fuera el ruidoso tranquillo de metal de la puerta para encerrarlos. Sin embargo, a la hora de regresar, ellos se aupaban sobre las tumbas, limpiándolas muchas veces de la escarcha para no resbalar, y saltaban al exterior. En una esquina de la primera fila se veía la cruz vencida, el mármol hundido y roto, de una de ellas.

En las noches de invierno el blanco de la nieve restallaba sobre todo lo demás.

Los espacios entre las fosas eran irregulares, pasillos en desnivel que a partes se estrechaban y obligaban a la gente a pasar de perfil entre dos cruces, apenas desgastándolas con su roce. En primavera, cuando los días se alargaban y el blanco de los almendros empezaba a competir con el de la nieve en batalla tenaz y breve, esta se deshacía entre las grietas del suelo, creando remansos estancados y sucios de polvo y hueso. Solían ser más incómodos en esa época los entierros. Ningún párroco de Somino había conseguido que los ancianos —en repentina agilidad— dejaran de soltar las cachas de madera en las que se apoyaban para subirse a la lápida que tuvieran más a mano. En su anchura octogenaria evitaban el roce y aun el contacto con la gente que se apelotonaba, como en cola de racionamiento, para estar lo más cerca posible del ataúd. Les gustaba mirarlo bajar entre cuerdas, dándose golpes contra las paredes del hoyo, maniobrando, pues muchas veces eran más grandes los catafalcos que los agujeros. Ni siquiera don Dámaso, el último párroco que había vivido en el pueblo, había sido capaz en la homilía de los domingos de convencer en el respeto a los muertos, empezando por aquello de pasarles por encima. Nunca le entendieron.

Sin embargo, en medio de aquella boca desdentada había un hueco que a todos traía cuidado. Respetaban escrupulosamente los límites de aquella tumba de tierra y barro, sin mármol, con una cruz forjada como cabecera. Nadie puso nunca un pie encima, nunca nadie dejaba de mirarla y agachar la cabeza al pasar. No le faltaron flores ni un solo día en muchos, muchos años, flores que en aquel cementerio, no acostumbrado a esas atenciones, rompían contra el

color de la tierra o de la nieve. Ellos las recogían de las macetas o de los tiestos. La familia conocía todos los cuidados que aquella cruz de hierro necesitaba para no oxidarse y todas las semanas, con un paño reservado solo para aquello, frotaban con riguroso esmero su anatomía sencilla y clara, indudable. Algunos vecinos del Llano y del Teso, cuando se encontraban solos en el camposanto, acudían rápidos a pasar su trapo de cuadros por allí. Todos se consideraban ayas de aquella parcela. A su pie, un montón de arena, más breve que un cuerpo humano, indicaba el lugar que había sido cavado de noche por todos los hombres de Somino hacía ya muchos años, en trajín de palas y picos que se dañaban entre ellos. Aquella noche no les hizo falta luz porque la luna estaba llena y daba voces que gritaban «verano» por aquellos anchos campos. A la tarde siguiente, en un respeto inusual, cada viejo y vieja eligió también la tumba de su familia y no otra para subirse a ver cómo el ataúd de la niña Esther bajaba a la tierra con la torpeza de sus ocho años. Era un ataúd rústico, no había dado tiempo a encargarse a la ciudad uno más apropiado, blanco. Yo sé ahora que no era aquello dolor: era culpa y miedo. Nunca todos los del pueblo volvieron a entrar en el cementerio con el mismo sentimiento, mucho menos preparar juntos un sepelio. Durante décadas aquella culpa y aquel miedo hicieron su trabajo cuando obligaban a los vecinos a limpiar furtivamente aquella raquítica cruz.

La mañana del veintidós de diciembre, Héctor miraba a lo lejos la tapia del cementerio, la carretera pálida, congelada, que tendría que recorrer para volver a su casa. Debería conducir por ella si no quería pasar la Navidad como había pasado todos los fines de semana de los últimos dos meses: solo.

La nieve había ido acumulándose sobre la tierra de las calles, sobre los tejados. Había tapado todo con su monotonía blanca, con su silencio tramposo.

—Tienes que llegar a Benacal, y de ahí a Villabriz. —Federico le explicaba cómo salir de allí sin encontrarse con una carretera cortada.

—Pero eso es dar un rodeo, ¿no hay otra forma?

—No, así venimos nosotros todos los días. No han hecho otra carretera porque son como son, les daba miedo que los coches atropellaran a los ciervos. Si lo hubieran hecho, sería media hora menos de camino.

Con las nevadas, el aislamiento de Somino recordaba al clima de un aserradero sin ventilar donde las virutas de madera empezaran a astillarse dentro de las vías respiratorias. Todos los profesores habían observado cómo los recreos habían cambiado. Situaron aquella variación en las primeras heladas, con las nieblas que conseguían enturbiar la vista de las propias botas. Sagrario fue la primera en verbalizarlo: aquello ocurría de vez en cuando y había vuelto con la pelea entre Andrés y Abelardo. Ese hecho aislado se había ido extendiendo por debajo de los pupitres como un vergonzoso charco de orina.

Una mañana, por ejemplo, tras la hora de descanso, Héctor vio que el dibujo que Abelardo había hecho apareció tachado por una cruz de rotulador negro, grueso. Él no permitía utilizar rotuladores ni bolígrafos en clase. Se negaba, además, a los castigos colectivos. Solo fue capaz de pedir al niño que lo repitiera. En los días siguientes trató de olvidar el tema.

Sin embargo, aquella tinta negra empezó a extenderse como un hongo por la piel enferma, y, en los días siguientes, fue apareciendo aquí y allá por otros dibujos. Hasta que un día, cuando unos ojos aparecieron tachados, le nació un escozor ácido en el estómago.

—Cuando las demás clases salgan al patio, vosotros os quedaréis aquí. Y ahora voy a quitar todo esto de las paredes.

Hacía semanas que Argimiro no entraba en las aulas, probablemente él en ningún momento hubiera permitido aquel vicio de la pintura. Al director últimamente las bolsas de los ojos le sudaban demasiado. Le sudaban también las manos. No olvidaba que en aquello su mujer era su único cómplice. Pero sabía mejor que nadie que los cómplices pueden ser los mejores verdugos.

La mañana del veintidós de diciembre él había llegado antes que

los demás. A pesar de que la nieve estaba cayendo, no pudo evitar recordar la noche de finales de verano en la que, en su habitación de Villabriz, con la luz amarilla de las mesillas encendida, su mujer había girado despacio el cuello hacia la ventana, sin mover los ojos, y con una voz profundamente nasal, blanquecina, habló por primera vez en toda la noche.

—Tú sabrás, vamos, pero si los llamas, ahora que tenemos línea, te ahorrarás problemas. Así, antes de que empiece el curso, y te curas en salud.

—¿Para qué los voy a llamar desde aquí? Cuando pase algo allí y los necesite urgentemente no voy a poder avisarlos. Todavía no hay línea en el despacho.

—Cuando ocurra algo en Somino, vas donde las huérfanas de teléfonos y me llamas. Tú me dices «qué mal que todavía no tengo línea», y con eso yo ya sé que tengo que avisarlos desde aquí.

Aquella noche de verano se oía a las chicharras dentro de la casa del director. Parecían lejanas, imposibles ahora, mientras la nieve hundía levemente las ramas de los árboles. Ese veintidós de diciembre había llegado antes, sí, porque la rabia que se acumulaba en sus puños contra aquella gente tenía por fin un blanco determinado. Llevaba guardándosela desde que el cuerpo del ciervo apareció en las puertas de sus dominios. Ese día iba a utilizarla.

Al mirar el cementerio, muerto de frío, notó cómo la cruceta que lo dominaba y que así su mujer volvía a moverse de nuevo. Su vista se topó con tres furgonetas amarillentas. Eran modelos viejos, sucios siempre en las partes bajas, que corrían destartados, eufóricos en dirección al bosque. Todos los años, ese mismo día, se las encontraba y oía ladrar a los perros. Sabía que, aun con todo, aquel año se atreverían a subir al monte a por los jabalíes. Que murieran inexplicablemente no les había disuadido, pensaba, porque eran unos salvajes. Antes lo hacían con caballos: dos días antes de Nochebuena, se lanzaban al monte para inaugurar la Navidad y las tres tristes luces festivas del pueblo. El primero que cazaba un jabalí lanzaba tres tiros al aire para anunciar que él era el ganador. Al

anochecer, en la plaza se encendían hogueras para asarlos y que todos los vecinos comieran. En esta ocasión podría aguarles el comienzo de las fiestas. La escasa culpa que le quedara sería tapada porque sabía que, evitando aquello, les ahorraría una posible enfermedad.

Había hablado con Sisinio Calleja muchas veces en los últimos meses. Cuando no había sido él, había sido su mujer. El guardia empezaría a reconocer la frase con la que siempre iniciaba la conversación. A fuerza de pensarla, de recrearla, se había formado un retrato de las caras de aquellos interlocutores desconocidos. Cuando en el despacho de Argimiro se fijó en el teléfono, inerte aún, acabó por cerrar los trazos de las facciones que había dibujado. Instado por mí, Héctor me cuenta que el director salió sin dudar a la casa de las huérfanas y que allí dijo discretamente a su mujer que aquella cacería de la que hablaron la noche anterior estaba teniendo lugar. Ella ya sabía al colgar el teléfono que tenía que volver a utilizarlo.

—Buenos días, ¿qué ocurre?

—Pues mire, verá... —ella también titubeaba al principio—, mi marido ha visto tres furgonetas blancas dirigirse de madrugada al bosque. Iban a cazar jabalís, como todas las Navidades, no tienen licencia... Piensan asarlos en la plaza esta noche, los comerá todo el mundo.

—Perfecto, allí iremos, gracias.

De vuelta a su despacho, el director observó las figuritas que poblaban el escritorio. Dos o tres muñecos mínimos, de un material duro, no le quitaban ojo con sus alegres, falaces, expresiones congeladas. Había un pitufo con el azul tan desgastado que parecía amarillo. Uno de ellos, con forma de un animal indefinido, un gato, una pantera, quién sabe si un oso, se erguía sobre sus dos patas traseras y levantaba las otras dos como si acabara de ver a lo lejos a un amigo entre la multitud. Argimiro tenía calor. De pronto se llevó una mano a la corbata, ¿cómo no se había dado cuenta de que le oprimía? De algunas cosas solo sabemos que nos oprimen cuando

estamos exentos de ellas. Retiró la vista del extraño animal, lo inquietaba. Prefería mirar al cementerio.

Se levantó y salió de su despacho. Recorrió con paso lento el bullicio de los niños derrapando hacia sus aulas; se sentían ya carne de vacaciones. Sagrario quedaba con sus compañeros en verse en la puerta de su aula después de la última clase. Algo comentaban de los coches, de volver, de un camino.

—Iremos nosotros delante —le decía ella—, así será más fácil que no te pierdas.

Se sintió tremendamente solo. Quizá se dio cuenta de que daba miedo a muchos niños, de que sus propios compañeros lo rehuían, de que nadie le felicitaba la Navidad, una Navidad que a él le importaba poco, muy poco, y solo porque su hija volvería a casa a la mañana siguiente. Tan solo, tan triste estaba, que llamó a Héctor y se despidió de él. Recuerda que lo llamó por su nombre.

—¿Te vas a Madrid, Héctor? Claro, aquí qué vas a hacer. —Le puso una mano en el hombro, muy cerca del cuello, me ha confesado que todavía recuerda el calor que emanaba de ella, húmeda y viscosa—. Que tengas una feliz Navidad.

Lo había dicho porque quería que alguien le devolviera la felicitación. Estaba tan poco acostumbrado a desear nada que no sabía cómo hacerlo. Se le había olvidado, había tenido que forzarse. Intimidado de sí mismo, se dio la vuelta y se fue. No pudo evitar pensar que a aquel chaval le rompían las ventanas por algo que en realidad hacía él y en compensación solo le daba una traperita en la espalda.

—Feliz Navidad a usted también.

Héctor pensó que a Argimiro no le había dado tiempo a oír sus palabras. Se alejaba sobresaliendo entre los niños. Nadie reparaba en él. No le dio tiempo a pensar más porque otra mano, mucho más enérgica, descendió hasta el mismo lugar de su cuello donde había estado la del director. Desde fuera nadie se dio cuenta, pero lo que hacía realmente era golpearlo.

—Feliz Navidad. —Ezequiel hablaba casi entre dientes.

—Feliz Navidad. —Prefería no haber tenido que felicitársela, que él tampoco le hubiera oído la respuesta, que se hubiera alejado.

—Estarás contento.

—Sí, me voy a Madrid, a casa, unos días —respondió bobamente.

—No, si eso ya lo sé, hombre. —Hizo un silencio, lo miró—. Lo digo porque como el jefe ya se ha aprendido tu nombre...

Héctor lo miró mal, muy mal. Le quemaban los labios por la mala baba de su compañero. Hacía meses que no hablaban y había llegado a pensar que la displicencia con la que lo trataba se había hundido en rutina. Sin embargo, lo que era una oleada de mal humor que ascendía hasta su boca empezó a ser simplemente una pequeña parte de la que estaba a punto de invadir su cuerpo.

—Menos mal —continuó Ezequiel—. Conociéndolo, cuando le he visto abrir la boca pensé que te iba a llamar Bombilla.

—¿Qué?

Primero el mal humor lo desconcertó, como una ola a la que una fuerza superior, inesperada y rara, aturdiere para no dejarlo llegar a la línea de playa.

—Sí, hombre, Bombilla.

Esperó de nuevo en silencio. Héctor estaba desorientado, un cambio repentino de marea lo había llevado a otro contexto: el de su infancia. Empezó a notar que le habían puesto lumbre en las plantas de los pies.

—No te enfades. —Ezequiel comenzó a caminar—. Si todos nos llamamos alguna vez por el mote.

Cabezón. Volvió a sentir aquella angustia infantil de una vieja pesadilla en la que, inmóvil en un patio de butacas, el resto de niños se le tiraba encima desde los palcos llamándole cabezón. Como en aquel sueño lejano, el peso de cada cuerpo que iba recibiendo aumentaba su imposibilidad de movimiento.

No pudo evitar entrar en clase rápido, con una violencia extraña, todo él ardiendo con una fiebre interna que se le había despertado de golpe, pueril. Era un temblor añejo. Pero tenía que acabar con él ya, urgentemente, no manifestarlo delante de sus alumnos. Sentía

que si ponía un pie en la calle, al contraste con la nieve esta se desharía de golpe. Los críos esto no lo notaron, porque un veintidós de diciembre cualquier percepción queda ahogada por la inminencia de unas vacaciones envueltas en papel de celofán.

Sí mandó callar con la voz más alta de lo habitual. Miquel se irguió, muy extrañado, su ilusión por los días sin colegio repentinamente congelada. Como las lápidas del cementerio, pensó el maestro.

—Os voy a dar uno por uno las notas. No salgáis hasta que os las haya dado a todos. —Se sentó con violencia en la silla, forzando la gravedad. Por primera vez en todo el curso no pudo evitar ese tic en la pierna, en las dos piernas, ese con el que era capaz de mover toda la mesa. Le dio igual.

Uno por uno fue llamándolos y entregando aquellos números deficientes. Fue metódico, intentando calmarse con la disciplina del abecedario. Primero los apellidos de la A, que no sabía por qué eran siempre más, luego los de la B y así llegó a la C, casi al final de la C.

—Miquel Colomer.

Quizá fuera él el único impaciente por recibir aquella hoja.

—Muy bien, Miquel, pero ya sabes —bajó la voz, el final de la letra había comenzado a ser su refugio—, podemos mejorar con los números.

El niño agachó los ojos.

—Pero no te preocupes, que no está mal. A mí los números tampoco me gustan, y cuando tenía tu edad se me daban peor que a ti. Hasta suspendía. —El chaval no pudo evitar una sonrisa que apenas se movía en las comisuras de sus labios—. ¿Qué has pedido a los reyes?

—Un puzzle solo, es que aquí me han dicho que mis reyes son solo la mitad.

No supo qué contestarle. Se secó por dentro y sintió cómo las paredes de su cuerpo se estrechaban en su interior, comprimiendo un escozor que se desbordaba. Miquel tenía ahora la barbilla pegada al pecho. Su profesor estuvo a punto de inclinar la cabeza para verle

los ojos, pero vio cómo en sus pestañas había un extraño brillo.

—¡Eh! —le cogió del hombro—, ¡no digas eso! Tu madre te quiere mucho y tu padre también, aunque no esté aquí.

—Ya, pero yo había empezado a escribir la carta como nos dijiste, también con lo de los regalos que no son cosas, como la salud. Pero les pregunté a los demás qué iban a pedir ellos y entonces me lo dijeron: que en mi casa los reyes eran la mitad y que mi madre no iba a poder traer a mi padre a casa porque los reyes no existían —lo contaba todo como se cuenta que han entrado a robar en tu casa—. No tenía que haber preguntado.

El niño levantó la cabeza para mirarlo, muy serio. Añadió, advirtiéndole:

—Aquí es mejor no preguntar.

La amargura se hizo hueco en el interior del angosto cuerpo del maestro, al lado del escozor. Los notaba juntos, regocijándose en su acidez. Convivían bien, haciendo fuerza para quemarlo.

Fue esa la primera vez, me cuenta, que sintió el instinto paternal: porque es ese el que pone tu cuerpo como barrera de los golpes hacia otro. Y eso fue lo que pasó. El camino de la C a la Z lo siguió erosionando por fuera y haciendo crecer por dentro la amargura y el escozor. La barrera entre su interior y su exterior era cada vez más pequeña, más agrietada. Entregaba las notas y sentía cómo enseñaba los dientes en defensa de Miquel, a quien habían arrebatado algo predestinado a irse por sí solo y sin demasiado dolor. Como el fruto que se arranca verde del árbol y queda agraz, inútil.

Llegó a la letra R. La que Javier, que se reía de todos sus compañeros, no pronunciaba. La que era incapaz de decir tampoco ahora, encima de su silla, la que hubiera sido objeto de burla en otro. La erre de Ramón gritando. La de falta de respeto, la de que el ruido llegaría a las demás aulas, la erre de escarnio, de rata. De redaños.

—¡Callaos de una vez!

Estaba de pie. Se había levantado de un tirón sin sentir dolor en

su espalda por primera vez en meses. No podía más. Iba a aceptar las reglas de los críos: las que le permitirían gritar e imponerse como no quería. Las únicas posibles.

—¡Pájaro! A tu sitio ahora mismo.

Los niños lo miraron. Se habían callado. Estaban todos congelados, sorprendidos, fuera de sus sitios.

—¡Y me vas a traer las notas que te he dado! Voy a escribirles a tus padres que desobedeces constantemente. ¡Y tú, tú, la Quesa! Sí, no te hagas la tonta. A la vuelta de las vacaciones tráeme copiado cien veces a mano «No haré aviones de papel con el boletín de notas». —No se lo creía, no podía creerse poniendo ese castigo mientras copiaba él mismo la frase en el encerado, haciendo saltar trozos de tiza—. ¡Y tú, Severito, tú, Pepona, tú, Monaguilla! A vuestros sitios inmediatamente si no queréis llevaros vosotros también más deberes. ¡Los demás callaos inmediatamente! ¡Erizo, la próxima vez que te vea pintando la mesa te castigo, y me da igual lo que estés escribiendo! ¿Me oyes? ¡Que no se mueva nadie! —Ni siquiera se sentó, estaba harto, muy hastiado—. *La Larga*, Suárez, Ana, tus notas; *el Portero*, Tabarés, Gerardo, las tuyas; *Peloverde*, Zapata, María del Carmen, las tuyas. Y ahora todos sentados, ¡en silencio! ¡Orejas, estate quieto! No, no te sorprendas, aquí todos sabemos cómo nos llaman.

Lo que más le dolió es que fue esa la primera vez en que no hubo un solo ruido en toda el aula.

Hizo esperar a los niños para que oyeran el sonido del resto del colegio vaciándose mientras él, nervioso, se encendía por primera vez en clase un Bisonte. Solo cuando en el pasillo se oía ya un eco lejano los soltó; quería ver sus rabias vaciando la que tenía él dentro.

—Es la única solución —le dijo Sagrario nada más verlo. Sus gritos debían haberse oído por todo el edificio.

Atravesaron el pasillo acristalado. Le pareció que había pasado mucho tiempo desde la primera vez que lo recorrió, en septiembre, con Argimiro, *el Gordo*. Afuera, Miquel, *el Catalanito*, abrazaba a su

madre. Sofía, *la Mérita*, se le acercó. Ella también tenía el coche cargado allí mismo.

—Hemos de vernos en enero.

Héctor forzó la ternura a salir desde dentro de él. Pero cuando se metió en el coche, volvió a sentir el bloqueo de la rabia, de la impotencia, de la situación a la que había llegado sin sentir que lo hubiera hecho por su propio pie.

Condujo detrás del coche de Sagrario, *la Antillana*, callejeando hasta la carretera que llegaba a Benacal. En medio de la espesa niebla, de su palidez retorcida, vio cómo en un balcón unas débiles luces festivas teñían la humedad que los rodeaba, enfermando el aire.

Cuando pasó por el cementerio sonaron, a lo lejos, tres disparos.

Ocupar un espacio

Marcelo y Pedro llegaron a Somino muy entrada ya la noche, a esa hora en que se hace audible el zumbido laborioso de las farolas. A pesar de las muchas referencias de Héctor, de sus indicaciones en un mapa escala 1:1, de la descripción de los lugares que él utilizaba como referencia —un poste con un nido de cigüeña en precario equilibrio, un toro en el que se leía «Brandy Veterano Osborne»— apenas vieron bultos, porque el atardecer vino rápido. Con todo, llegaron exactamente a la hora prevista, porque al tiempo que calcularon, su amigo había sumado una hora más: la que pasarían perdidos deambulando en tierras peladas.

Cuando vieron Somino de lejos, se dieron cuenta de que se pegaba a la tierra más enraizado que el resto de pueblos, brotando de ella. Una mitad de él se tendía tranquila en la llanura; la otra se agarraba abrupta, encajada sin remedio, al pequeño promontorio que parecía frenar su crecimiento como si desde el arroyo las casas no fueran capaces de tomar el suficiente impulso para superar la pendiente y quedaran frenadas y achantadas. Recuerda Marcelo las construcciones bajas y sus puertas de metal y cristal, con cierto aire de vivienda del Movimiento. Alguna puerta había de madera. Todas las ventanas estaban enrejadas e imaginaron la sombra que la reja proyectaría sobre el interior de las habitaciones.

Llegaron cansados por lo inesperadamente largo del viaje. Cuando por fin se vieron allí, y cuando Héctor metió medio cuerpo por la ventanilla del coche para abrazarlos, recuperaron la ilusión que les hacía aquel fin de semana exótico por lo rural, a pesar del aire frío que afiló el borde del cristal bajado. El calor de los dos cuerpos jóvenes se había acumulado dentro, imperceptiblemente. Se dieron cuenta de que el interior de la casa estaba solo templado y ni siquiera intentaron quitarse el abrigo. El viento helado entraba

impunemente por las ventanas y parecía ocupar todas las estancias.

Reconocieron algunas pertenencias de su amigo en la casa. Allí estaban, por ejemplo, sus J'hayber sobre la alfombra parda, o su reloj de pilas al lado de un quinqué. En el cenicero de Baccarat rebosaban las cenizas y las colillas de sus cigarros con filtro. Las tiraron al fuego de la chimenea y se sentaron. Fue en ese momento cuando Marcelo y Pedro se dieron cuenta de que el maestro hablaba más de lo normal.

—¡Pero no os sentéis, que quiero enseñaros la casa!

Sé que subieron al doble solo un momento, porque pensaron que se venía abajo, y que ya desde el segundo piso preguntaron por un edificio de la plaza: la Casa Consistorial.

—¿La Casa Consistorial?, ¿qué es eso?

—El Ayuntamiento, coño.

Me dice que él solo entró allí una vez. Para Severo Lobo, *el Cejas*, aquello no era una casa normal, porque en ninguna otra se ponía nervioso cuando preguntaba por alguien. Allí sí cuando lo hacía por Anastasio, el alcalde. Era la autoridad del pueblo un hombre que tiraba a bajo, aunque en Somino nadie era demasiado alto; no muy ancho, aunque tampoco delicado, con una genética ruda destinada a trabajar en el campo; con poco pelo pero no calvo, gafas sin mucha graduación, zapatos negros, muy gastados, y un vestir de camisa de rayas y pantalón de traje que no conjuntaban ni dejaban de conjuntar. Cojeaba un poco, pero nadie se ponía de acuerdo sobre la pierna con que lo hacía. Era, a grandes y pequeños rasgos, un hombre con cara de gente.

—Buenos días.

—Buenos días, Cejas, usted dirá.

—Pues verá usted, señor don alcalde...

Arrugaba entre sus manos la boina que se había quitado al entrar y que hacía girar como un vinilo atascado. En las calles presumía de tener mano directa con la casa consistorial y de que él había ayudado al regidor a elegir la fuente con chorritos de la plaza. Sin embargo, no le gustaba sentarse en su presencia hasta que este le

señalara el escaño como se señalan las órdenes.

—... que no he venido antes por no molestarlo, porque ha sido Navidad y usted también tiene derecho a estar con su familia de usted. Es lo que yo he dicho, pero la gente quería venir antes...

Su interlocutor no lo escuchaba bien, porque era duro de oído y solo le interesaba ablandarlo cuando llegaba el cumplido. Aunque aquello le resultaba indiferente, bajar a recibir, como él decía, porque le arrancaba un poco del tedio. Por eso asentía plácidamente.

—Resulta que no podemos estar así, que bien lo sabe usted. No se puede hacer nada a gusto en el pueblo. Yo he venido a decírselo porque estamos hartos de tanta tontería y tanta bobada.

Y aquí soltó una mano de la boina y dio un golpe seco con el puño en el aire para sentar cátedra de su hartazgo. Don Anastasio estaba acostumbrado a que simplemente fuera a verle para darle la mano y las gracias. Nunca sabía el porqué. Aquella vez el rodeo del Cejas le extrañó, y empezaron a despertar sus oídos del monótono runrún de las cuestiones cotidianas.

—... mire, hablando en plata, esa gente viene a joder.

—A ver, lo primero, ¿qué tal su señora?

—Bien, bien, vamos tirando, poco a poco después de lo de la niña. —Rehuía cualquier alusión al luto de su casa, no hablaba apenas de la muerte de su hija Antonia, *la Negra*—. Lo que he venido a decirle es que aquí, entre nosotros, nos lo solucionamos todo. Y últimamente ni respirar se puede.

—Pero ¿a qué se refiere?

—A quién va a ser. Al maestro que llama a los Verdes, ¡a los Verdes! ¿No puede usted hacer nada para que no vengan?

Oírle hablar de la Guardia Civil le recordaba al alcalde el día en que el Cejas había ido a avisarle de la muerte de su propia hija. Lo hizo como quien anuncia la muerte de un pariente lejano. Entonces, don Anastasio le tendió la mano y fue a abrazarlo, pero él se quitó de encima la pálida delgadez de aquellos brazos:

—Deje, deje, esto tenía que pasar y ya ha pasado.

—No digas esas cosas.

—Era cuestión de tiempo.

—¿Cómo iba ella, una mujer, conduciendo el coche?

—No pregunte, no se meta.

Había violencia en la mirada de Severo, *el Cejas*, como si le echara en cara lamentar la muerte de su hija. Para él aquella pena solo podía pertenecer a los padres.

—¿Cuándo será el funeral, Cejas?

—No sabemos nada. Se la han llevado a la ciudad. No sé para qué. Se ha matado con el coche y punto. No sabemos qué querrán.

—Que me den noticias cuando la traigan para aquí. No me gustaría faltar a la misa.

—No hace falta... —Severo, *el Cejas*, bajaba la cabeza, ahora avergonzado tras haberle parado los pies.

—¿Has avisado a don Miguel?

—A eso voy ahora con el permiso suyo de usted. Estas cosas las tiene que hacer el padre. No queremos tampoco mucha misa.

Como un insulto, al templo de Somino le había salido adosada una casa baja, blanca, con tejado a un agua, que había sido la vivienda del párroco y que ahora poblaban las arañas. El nuevo cura, don Miguel, atendía más parroquias y no vivía allí, apenas iba dos veces por semana. Todo porque cuando empezó la ausencia de don Dámaso, ya eran muchos menos en el pueblo, y los que quedaban ya guardaban la rabia entre sus paredes. Entonces las puertas se abrieron y un día el gallo de Roque, *el Mesías* por su beatitud, apareció muerto, y a las dos noches dos gallinas de Aurora, *la Corta*, y a la semana descuartizado el viejo caballo de Aurelio, *el Arrastraó*. Y por eso aparecieron también una pintada en las escuelas y las ruedas del tractor de Anselmo, *el Indio*, reventadas. La muerte de don Dámaso los había dejado sin confesor, sí; sin descanso para sus almas. Pero también sin los indeseables Curro y Palomo, la pareja de la Guardia Civil que, de la noche a la mañana, dejaron de frecuentarles. Las chicas de teléfonos no tardaron en propagar en la plaza que era el sacerdote quien avisaba a los guardias. Al pueblo

entero le brotó una decepción que salía del estómago. Decidieron tácitamente condenar su figura al olvido y al silencio.

Por todo eso, el dinero que los de Somino tenían guardado para las misas por el alma de don Dámaso se les secó en las manos. A don Miguel, su sucesor, no pareció extrañarlo. Todos los domingos desde su púlpito los miraba con remilgos. Nunca se había imaginado dando misas de pueblo en pueblo y, sin embargo, allí estaba: las mujeres lo observaban con la cabeza cubierta, los hombres, con un brazalete negro, parecían tener siempre motivos para estar de luto. Ocupaban los mismos puestos como si de una obligación se tratase: las mujeres a un lado, los hombres a otro. Aunque quedaran bancos libres, había gente que llevaba sus sillas y el periódico dominical para apoyar las rodillas.

—Como ustedes habrán imaginado, soy su nuevo párroco —dijo en aquella primera misa don Miguel, y entrelazó los dedos de su mano y se las llevó al pecho en un gesto ensayado— y me encantaría conocerlos a todos, uno a uno, y ayudarlos en lo que estuviera a mi alcance —su voz era empalagosa y afectada, relamida, nunca habían escuchado una voz así dentro de la iglesia—, pero hoy me es verdaderamente imposible. Los domingos tengo cuatro oficios y este es solamente el primero —en ese momento sintió una pesadez sobre sus rodillas, tantas misas deberían ser equivalentes al deporte, podría estar tranquilo—, así que vendré también los lunes, cada lunes, para confesar. Me consta la relación que ustedes tenían con don Dámaso, que en paz descanse, y espero que conmigo sea al menos igual. Que tengan un feliz domingo. Vayan en paz.

Y no, aquel párroco no sirvió de consuelo a Severo ni a su mujer cuando sobrevino la muerte de Antonia. Tampoco cuando, una semana más tarde, el cuerpo todavía no había llegado de la ciudad.

—Mire usted, don Anastasio —el Cejas se había quitado la boina en ese momento como si se apartara un bicho, indignado consigo mismo por no haberse descubierto la cabeza al entrar—, perdone —movió una flema de su garganta con una tos brusca—, verá, el

problema es que no ha habido todavía funeral y no sabemos cuándo lo habrá.

—Pero eso no puede ser. Cómo las vais a haber enterrado sin funeral. Don Miguel no habrá consentido eso.

Severo lo miraba, asintiendo bobamente.

—Pero, Cejas, no me jodas. ¿Cómo que no ha habido funeral?

—Es que no está enterrada.

—Si hace una semana que murió.

—Que no nos la han devuelto, que no sabemos qué pasa.

—Pero ¿cómo que no os la han devuelto?

Los explicoteos a los que se veía obligado el Cejas empezaban a borbotearle en la garganta. Él era consciente de sus brazadas torpes en dirección poco clara. Los nervios, la vergüenza de que algo más que un simple retraso burocrático pudiera ocurrir en la morgue provincial lo hacían avanzar en círculos. Si es que eso es posible.

—Se la llevaron directamente desde el coche, desde el accidente, para eso de la *autosia*. Y nos dijeron que el lunes estaría ya y que nos avisarían para traerla. Que solo tendríamos que avisar a la funeraria. Pero no, es lunes otra vez, y ella lleva una semana allí.

El alcalde lo miró con el gesto quieto y la boca un poco abierta. Pensaba que para un forense los muertos serían como para él los papeles. Podrían quedarse unos debajo de otros. Todos decían más o menos lo mismo: impuestos municipales, ordenanzas, albaranes, bandos, impresos, un infarto de miocardio, un suicidio, un hombre de sesenta años, una chica morena, de diecinueve. Todo lo que de siniestro tiene por inane la burocracia hacía que se acabara de ver el montón de folios como una sola masa gris. No se repara en la mujer, en el hombre que espera al otro lado de la puerta a que le den el impreso correcto y no le encuentre la Hacienda Pública en el error, a que le digan de qué ha muerto su hija. Uno más. Una más.

—Pero ¿habéis llamado?

—Claro que hemos llamado, desde donde las chicas de teléfonos

—Severo, *el Cejas*, lo miró sorprendido, ¿cómo no iban a haber hecho esa gestión?—, pero nos dicen que se retrasa, que mañana,

que mañana. Hoy a las ocho ha llamado mi mujer y le han colgado.

—Qué cosa más rara.

Tras mucho preguntar, el alcalde dedujo que la Guardia Civil había encontrado el coche de Antonia tras el accidente y que cuando Severo llegó allí, ya se habían llevado el cuerpo. Les habían contado que la autopsia era algo obligatorio y que a la mañana siguiente, que era lunes, se la devolverían para enterrarla.

—A mí la que se me muere si no nos dicen algo es mi señora. Se me muere si no la traen ya —concluyó.

Don Anastasio se sentó, ¿qué podía hacer él sino llamar también?, ¿lo escucharían por ser quien era? Bien sabía que fuera de la comarca, y aun de Somino, su cargo no era más que un trabajo cualquiera que tenía de vitalicio lo que el de un funcionario. Su puesto, una paletada, y él, un gañán. Estaba allí, sentado en el mismo sillón desde hacía más de treinta años, escuchando a aquel hombre que era uno, pero que eran todos los del pueblo, todos amontonados, iguales, como los papeles burocráticos, como los muertos. Sabía que no sabía ya hacer otra cosa y que por eso le convenía la región: tan pequeña y tan intestina. Sí, había pedido su traslado a Valdeaguas o Villabriz, le constaba que el Gobernador Civil lo había intentado relevar, dar su asiento a otros como quien da un favor, pero nadie quería ir a Somino a sustituirlo.

Nadie accedía al cargo tras escuchar el nombre de tal lugar. Y así, una vez tras otra, salía a flote la pusilanimidad del Gobernador, que no había llegado a luchar en la guerra por demasiado miope y que acababa asumiendo que aquella labor de encontrar un sustituto para Anastasio era imposible. En alguna ocasión, y aunque solo fuera por probar, había preguntado a algunos agricultores falangistas. Todos le contestaban rápidamente que no, como un ciervo moribundo que huye de la manada de lobos. Muy a su pesar, el alcalde sabía que no podía huir de su puesto. De la misma forma que los animales, había desarrollado una habilidad extraña para brincar escondido entre la maleza. Brincaba de un lado a otro de forma que no se le viera en el salto y pareciera en cambio persona omnipresente. Sabía acceder a

los favores que le pedían y así no tendría deudas, sino que se las deberían. Sabía también que las cosas irían por sí solas a su favor mientras siguiera saltando hacia los lugares correctos. Aquella mañana, con Severo, *el Cejas*, tan nervioso delante de él, no supo muy bien hacia dónde tenía que saltar, pero sí que tenía que hacerlo, aunque solo sirviera para mostrar una supuesta agilidad:

—Esto hay que solucionarlo ya. No te preocupes que vamos a mirarlo ahora mismo. Tú vete a tu casa y tranquiliza a tu señora. Venga —y con esto le ordenó levantarse, atónito de que aquello pareciera tener solución—, y tranquilos, eh, tranquilos. Tendrán algún problema de papeleo.

—Yo... muchas gracias... Yo iba a ver a don Miguel.

—Ve, ve si te quedas tranquilo, ¿está hoy?

—Espero que sí, hoy es lunes, toca confesar.

Cuando salió de allí fue directo a la iglesia, a confesar. Sin embargo, no admitió ante el sacerdote que, en su fuero interno, sentía que con don Dámaso la cosa hubiera sido distinta y la vida de su hija menos oscura y amarga. No le confesó que ya no creía. Que Dios había muerto con el antiguo párroco y que con su hija lo habían enterrado a él.

Don Anastasio había decidido entretener el tiempo con trámites absurdos, pero que podrían parecer eficaces a los ojos de la familia Lobo. Quería, simplemente, quedar bien con ellos. Buscó en los archivos hasta llegar a la letra ele, hasta encontrar el certificado de nacimiento de Antonia. Los papeles estaban muertos y al lado de las actas de nacimiento estaban las de deceso: muchas veces, entre ellas, no había más. Como ocurría con la niña Esther.

Estaba pensando que los papeles de Antonia se le desharían en la mano cuando vio como inevitable hacer una visita a las huérfanas de teléfonos.

Aquello sería infructuoso y torpe. Por eso retrasó el momento de llamar. Comprobó el nombre completo de Antonia y su fecha de nacimiento. Salió a casa de las huérfanas. Hacer el paripé, pensó, voy a hacer un paripé de cara a la galería porque esto no va a servir

de nada.

Lo que no pensó fue que lo que escuchó —y que también percibió a tientas Josefina, la Mayor, poniendo el oído—, sería algo que lo intrigaría como solo intrigan las cosas que no nos atañen, que nos levantan a nosotros y a nuestra curiosidad del asiento.

—Quería hablar con don Adrián Lacuesta, el forense. —Aún no había soltado el listín de teléfonos.

—¿Qué desea?

—Preguntarle por una... —y estuvo a punto de decir paciente, pero los pacientes están vivos, aunque los forenses sean médicos—, por un cuerpo que lleva allí una semana. La familia está desesperada, como podrá comprender.

—¿Es usted de la familia?

—Un amigo cercano... —nunca, fuera de la región, decía su cargo, sabía que en cualquier otro lugar este era pequeño e inestable—, soy el alcalde de su pueblo —pero necesitaba coraza por endeble que fuera— y llamo en representación de la familia.

—Espere.

Hubo algo de risa en ese imperativo que apelaba a la paciencia. Cuando habituó su oído al silencio, al igual que los ojos se acostumbran a la oscuridad, pudo escuchar aquellas palabras que lo pusieron en pie. Se estremeció, intentó hilar qué era lo que acababa de oír. No había vuelto a sentarse cuando, al otro lado, cogieron el auricular.

—No puedo darle información, está reservada a familiares. Además, en un caso como este, los informes tardan en ser redactados.

—¿En un caso como este?

—Como este.

Contestó con un simple «vale» y colgó despacio. No fue capaz de despegar la mano del teléfono hasta que no estuvo seguro de retener con precisión lo que había escuchado a hurtadillas.

No lo dudó. Tenía que contar aquello a Severo, aunque fuera para quedar bien con él. Se levantó y pagó a las huérfanas. Tardaría

poco en llegar donde el Cejas, Somino es muy pequeño para tanto ayuntamiento, pensaría el alcalde. O eso cree Héctor.

* * *

Ha pasado mucho tiempo desde aquel fin de semana de la visita de Pedro y Marcelo. He pasado yo también. Aquellos días tenían la certeza de que podrían volver a sus casas a pesar de la nieve, a pesar de que solo hubiera un teléfono en el pueblo. Yo ahora sé que hay viajes que son solo de ida. Lo que cuento aquí no es más que un andamio, un apósito alrededor del recuerdo —tan pequeño— que Héctor conserva de aquel lugar. Algo que he ido construyendo en mis conversaciones con él. Son pasarelas trémulas de madera reblandecida por la lluvia en las que poner inestable pie, escaleras que se desploman tras subirlas para quedar aislado arriba. En materia de este tipo de escaleras, soy experto en quemar las naves. Yo, como sujeto, he hecho crecer este lugar. Lo he hecho deliberadamente. Y allí, en el centro, entre tanto andamio, queda algo que creo que es aún recuerdo original, aunque ya tanta intervención hay que no distingo entre románico y reforma.

El maestro sí recuerda, de primera mano, aquella casa grande y el tercer piso al que llamaba el doble. Yo me lo imagino porque no lo vi, a fin de cuentas nunca estuve en Somino. Lo cuento todo del mismo modo en que se escriben los sueños inmediatos para evitar perderlos —por claros que parezcan— en la neblina de la luz del día. Que Marcelo y Pedro lo visitaran confirma esta historia, o así lo quiero creer, la apuntalan con su intervención ajena, me teje esta cota de malla que solo parcialmente me recubre. Salgo así de este barrizal medio limpio, porque siempre quedan partes por cubrir, talón de Aquiles de mi memoria. Es así como puedo imaginar a don Anastasio rápido, casi sin pararse a saludar, erguido en su alcaldía, atravesando Somino hasta llegar a la casa de Severo. Puedo imaginármelo porque Héctor, *el Bombilla*, me ayuda con sus palabras.

—Señor alcalde, pase, ¿qué quiere tomar, por favor?

Tasia, *la Tiesa*, vestida de negro, tenía la ceguera causada por el sol a quien no ha salido de casa en meses. La halagaba recibirlo y lo obligaba a él a sentarse y a ser agasajado con lo que pudiera ofrecerle. Dentro olía a comida caducada. Pero Anastasio hizo caso omiso del olor, iba a ser rápido en esa campaña, quería una batalla unilateral y breve en la que Tasia, *la Tiesa*, y Severo, *el Cejas*, combatieran de su lado.

—No tomo nada, Tiesa, solo será un momento. ¿Está tu marido?

—Sí, ya mismo le aviso.

Ella se adentró por el pasillo, es de suponer que levantando apenas los pies del suelo. No había un ruido. La radio estaba apagada e imagino también que la casa estaba oscura. El Cejas llega sin ocultar la sorpresa de la visita que a su mujer ilusiona y agobia.

—¿Podemos hablar?

Lo llevó a un cuarto pequeño, donde se acumulaban los candiles fuera de uso.

—Mi señora no quiere tirarlos, dice que cualquier día se bajan los plomos para siempre...

—En el depósito no me han dicho nada, que solo dan información a los familiares. Hubo un momento en el que pensaron que no los oía y los escuché decir que parece ser que está llamando todo el pueblo para ver qué pasa.

—Eso ya lo sé. De los nuestros más gente está llamando. Del Llano quizá también, para enterarse ellos de lo que no sabemos nosotros.

Cuando oyó aquello el alcalde no supo por qué le había sorprendido que todo el mundo llamara. Por un momento pensó que con eso habría hecho ya suficiente. Que no tendría por qué seguir contándole.

—¿Algo más escuchó usted, don Anastasio?

Con la mano a medio cerrar, medio muerta, medio viva, el Cejas se daba toques nerviosos en el muslo.

—Sí, escuché algo más.

He imaginado muchas veces esta escena. alguna de ellas con Héctor. Pero solo hago cábalas.

Imagino. No soy narrador omnisciente.

Lo excepcional

Hacía días que ya no nevaba y, sin embargo, él todavía recuerda las enormes montañas lisas, grandes, blancas, que ocupaban las calles de Somino, ocultando los escasos coches. Aunque no había nubes todo seguía blanco, y el pueblo parecía así bodegón de muertos y no feliz postal, pensaba Héctor. Sus rodillas ya no se resentían de andar por encima de aquel manto. Menos mal, pensaba él, porque allí ya no bastaba con andar; era necesario saber correr. Muchos se habían visto obligados aquellos días a hacerlo por encima de la nieve, pegados a las fachadas de las casas.

Las carreras empezaron una tarde de febrero cuando escuchó un sonido seco que hizo saltar un trozo de cal de una fachada. Muchos metros atrás solamente se escuchaba el parloteo de unas vecinas. Estaba solo en la calle, el frío había hecho que todos los niños corrieran a cubierto. Tras aquel ruido, unas ventanas se cerraron con rapidez. Aceleró el paso, corriendo hacia su casa. Cuando llegó se fue directo hacia su parte trasera.

Era en las habitaciones que daban al patio.

Miraba por las ventanas traseras porque las delanteras tenían las persianas siempre bajadas. También de día. No quería acostumbrarse a que el visillo transparentara su intimidad ni a ver las siluetas sórdidas, como muñecos desarticulados, de sus vecinas de enfrente. Más de una vez, desde su llegada, las había visto de pie frente al cristal, mirando sin pudor hacia el interior de su casa. Cuando sentía aquellos ojos avanzando fríos por su espalda se daba la vuelta: en muchas ocasiones no había nadie observándolo, pero la costumbre de que lo vigilaran había ganado todo el terreno. Era ya una de esas molestias que se descubren sin saber cuánto tiempo llevan ahí. Por eso cerró las persianas. Se lo habían preguntado sus amigos en aquella visita, qué por qué nunca las levantaba.

—Las viejas de enfrente me miran.

Estuvieron riéndose de él todo el fin de semana, a caballo entre la película de terror y el humor más turbio. Y así fue como la parte de atrás de la casa se convirtió en el escenario de su vida.

El único lugar del pueblo donde se sentía seguro era el aula de los profesores. Bien era verdad que cualquier otro maestro tenía el mismo derecho que él a usar aquel espacio, pero solo lo hacían Sagrario y Federico. Tras las vacaciones, su presencia se había vuelto más callada y cómoda, con la tranquilidad de lo sobreentendido, del trabajo común. Y si Héctor, *el Bombilla*, ya no preguntaba nada, no era porque interpretara con certeza lo que veía en los niños, sino porque había aprendido a palpar las formas y los comportamientos. Ya sabía dónde no debía meterse y que todas las peleas infantiles eran una sombra más o menos nítida del mundo de los adultos.

De vez en cuando comentaba con sus compañeros los sucesos que aparecían en la prensa local, donde estos tomaban dimensiones que no les correspondían. Todo esto los divertía como pasatiempo. Sin embargo era lo que no aparecía en los periódicos lo que más los inquietaba.

—¿Qué ha pasado con los ciervos?, ¿no siguen muriéndose?

Para toda la provincia aquel tema había quedado sepultado sin que nadie hubiera sabido darle una solución, o al menos una respuesta que explicara lo que estaba ocurriendo.

* * *

Fueron las mujeres de Somino las que aquel invierno hicieron cuentas del derecho y del revés para que el dinero tapara los agujeros inmediatos. Fueron ellas quienes decidieron cuáles podrían esperar al invierno siguiente. Sabían que en periodos de siete años habría uno en que el tiempo vendría mal y que el campo se atravesaría para dar menos, o dar la mitad, o no dar cosecha alguna. Contaban siempre septenios para calcular gruesamente

cuándo vendría el mal año en el que el campo no sirviera, pero lo hacían con la comodidad que les daban los ciervos. Por eso, cuando de repente la caza se torció y apareció la Guardia Civil, todos en Somino pensaron que lo excepcional venía junto.

No fue hasta después de Navidad cuando, tal y como empezaron a morir, los ciervos dejaron de hacerlo sin que nadie supiera la causa. Por eso don Roberto ya no tenía que ir a Somino a dar explicaciones. Volver al pueblo sin una respuesta que aclarara aquello habría sido una derrota.

—Parece que hemos cambiado a don Roberto por los Verdes —llegó a comentarse con un asentimiento general.

Pero a don Roberto no lo culpaban. A él y no a otros le perdonaban los errores, las ignorancias. Era tal su actitud, la altanería osada, su desdén a todo lo que no produjera réditos a su ego, que los vecinos iban hacia él buscando el imán de su aceptación, el guiño que les hiciera cómplices. Por eso daban propinas a sus remedios, por eso siempre el veterinario tenía que acabar vendiendo la carne de ciervo que le regalaban. Le daban tanta... Ahora que habían dejado de aparecer los ciervos muertos, la rabia de Somino se desplazaba a la calle de las Eras, a unas tierras aradas del revés, a un muchacho que, creían, llamaba a la intrusa Guardia Civil. Y los guardias seguían ahí, mientras llegaba la normalidad, con dos trajes verdes y sus tricornios con escudo de un haz y una espada, visitando el pueblo regularmente con la constancia de la nueva rutina que aspira a no perderse.

Me cuenta Héctor que en aquellas semanas el ambiente se enrarecía. Los niños acusaban aquella densidad en el clima antes de que nada ocurriera. Recuerda el silencio en la calle durante aquellas semanas, la visión del patio del colegio era la de dos aficiones enfrentadas. Mejor así, porque cuando las diferentes presiones se juntaban, la suciedad salía a flote. Aún tenía tanto de lo que preocuparse: los recreos; David, *el Grajo*, un disléxico sin diagnosticar; pintadas que aparecían en las mesas; chapas y canicas robadas... Mientras tanto, arriba, la nube densa se cargaba aún más,

haciendo caer su peso sobre los vecinos.

—Muy tranquilo está esto.

—Se están conteniendo.

Afuera amenazaba lluvia.

—No quieras que llueva —comentó Federico mirando al cielo.

—¿Por qué no?

—Porque como se deshaga toda esta nieve y se embarre el suelo, vas a empezar a preferir que las calles estén heladas.

Le parecía imposible que todo aquel color blanco pudiera desaparecer en un momento. La primera semana de febrero estaba ya tan aplastado y duro contra sí mismo que parecía hielo, y andar sobre él resultaba resbaladizo y lento. Ya no era nieve blanca, sino de un marrón sucio que en cualquier momento empezaría a tener el aspecto de la carne podrida. En eso pensaba Héctor, caminando con los pies como espátulas, poniendo empeño en no caerse a cada paso, cuando oyó aquella primera pedrada que hizo saltar la cal de una fachada. Fue ahí cuando corrió torpemente, como pudo, sobre el engañoso acorchamiento del suelo. A la semana siguiente llegó la primera niña con un parche en el ojo.

—Quesa, ¿qué te ha pasado?

—Iba por la calle con mi abuela... —dijo, como si con sus palabras cavara un hoyo para sepultar a alguien. Había odio, odio claro y depurado en su forma de hablar, odio fino. Jamás se acostumbraría a ese odio en los críos. Odio nítido y negro, venenoso y, sobre todo, con tendencia al contagio.

Ella fue solo la primera, porque Juan, *el Pájaro*, cojeó por semanas, y le decían que el Pájaro no podía volar, y Ana, *la Larga*, enseñó durante días orgullosa el moratón que una pedrada le había hecho en el brazo.

—No es para alegrarse —le dijo su maestro la tercera vez que la vio pavonearse del color negro que tomaba el cardenal.

Las calles de Somino se fueron vaciando en su lento deshielo. La gente se acostumbró a recorrerlas pegada a la pared porque la lluvia seguía amenazando su llegada sin consumarse. Había tardes —

cuando las nubes precipitaban la caída del sol— en que el cielo parecía estar a punto de romperse. Sin embargo, solo de vez en cuando caía un poco de agua. Solo de vez en cuando alguien tiraba pedradas desde la intimidad de sus casas.

—¿Me puede decir dónde estaba cuando le dispararon?

Sisinio y Patricio, los Verdes, ya no sabían cómo preguntar para que les contestaran.

—Por ahí.

—¿Dónde es por ahí?

—*Quía*, pues por ahí —y con el dedo índice Aurelio, *el Arrastrao*, señalaba una zona que iba desde la plaza hasta el arroyo.

—Ya, ya sabemos que fue en esa calle, pero... ¿a qué altura?

—No sé.

No podían hacerse una idea de cuántas veces más habrían disparado. Los vecinos se mordían la lengua. La presencia de los guardias como mucho posponía lo inevitable; pero sabían que hay cosas que de tanto aplazarse nunca empiezan, y así se olvidan. Desde el otro lado del teléfono recibían vagas orientaciones.

Una mañana, Héctor habló con Miquel Colomer: quería saber si a él también lo habían herido. En un momento en que se quedaron a solas, el niño le miró a los ojos antes de decirle:

—Yo no pregunto nada. Aquí es mejor que no preguntes nada.

Mientras tanto era Sagrario, *la Antillana*, la que había conseguido inquietar al director. Él era vago, pero no tonto, y sobre todo tenía miedo, cada vez más, a que aquellos problemas lo afectaran. El asunto lo molestaba como lo hace aquello que se sale de la rutina pero permanece dentro de los márgenes del papel pautado.

—¿Y no tienes en clase de esos heridos que vienen últimamente porque dicen que les disparan desde las ventanas?

—No, Argimiro —le había quitado el don, estaban ya en conversaciones. La Antillana nunca daba su brazo a torcer excepto cuando quería colaborar—, mis alumnos son muy pequeños, sería una atrocidad. Desde lo de la niña Esther, cuando son pequeños se los respeta.

—No hay nada que no hayamos visto en este pueblo. Tú lo sabes mejor que nadie.

Hubo un silencio. Sagrario pareció recordar algo: una casa en llamas.

—¿Por qué sacas este tema? No es nada sorprendente.

—No me gusta tener a la mitad de los alumnos heridos. —El director tapaba y destapaba compulsivamente su pluma.

—Argimiro, esto pasa en la calle, no en el colegio, no te metas.

—Me preocupa, es normal, ¿no?

—No a estas alturas, llevas trabajando aquí toda la vida y no sé por qué te sorprende esto. —Sagrario, *la Antillana*, estaba seria, olvidada de la sorna y la ironía—. A ti no te van a disparar porque en Somino solo recorres lo que va de la puerta del colegio a tu coche, ¿verdad? Lo mismo que yo. Esto que te voy a decir lo aprendí de mis padres y te lo digo ahora: en Somino no te metas en problemas hasta que los problemas no se metan en tu casa. Y tu casa no está aquí. Y te digo otra cosa: de los problemas de la calle que se encarguen los guardias. Eso creo que sí lo tienes claro.

Argimiro, *el Gordo*, se quedó en blanco y prefirió pensar que su afán por buscar fantasmas lo hacía verlos donde no estaban. Pero a los fantasmas, hasta que no dejan de serlo, los puñetazos los atraviesan. No soportaba a la Antillana, pero soportaba menos la idea de saber que su apoyo fuera un aval. Y, probablemente, acababa de pegarle un espaldarazo a sus conversaciones con la Guardia Civil.

Y así, el Verde y el Verdín siguieron con su trabajo. Como ya no quedaba gente en las calles, empezaron a llamar a las puertas.

—Severo, ¿dónde le han disparado?

—En el muslo me dieron.

—Pero dónde, ¿dónde se encontraba usted?

—En la calle.

—¿En qué calle?

—*Ca*, no sé, venía a casa.

Severo, *el Cejas*, no hubiera hablado de ninguna de las formas,

menos aun conviviendo con la tristeza en el otro lado de la cama. Además de Somino, lo que lo hacía callar era el espacio que su conciencia dejaba libre para lo que meses antes le había contado don Anastasio, el alcalde, y que había llegado para no irse en la vida. Era un espacio que había decidido no dedicar al llanto por Antonia. Ahora lo ocupaba aquella conversación con el alcalde y lo que solo él leyó en el informe forense. Le había contado a su mujer que los retrasos en la entrega del cuerpo de su hija se debían a un problema de nacimiento: más en concreto al papel que lo certificaba y que don Anastasio ya había encontrado para que pudieran devolverles a su hija. La Tiesa lo asumió porque la capacidad de autonegación puede ser la misma que la de supervivencia. Menos mal, pensaba él, que su mujer no estaba delante cuando el alcalde le contó lo que había escuchado a través del teléfono la mañana en que llamó al forense.

—Está llena.

—¿Qué dice, don alcalde?

—Eso oí, Cejas, que está llena: «Preguntan por la chica que está llena». Eso es lo que acabo de escuchar, ahora mismo, cuando he llamado al instituto forense. Pero ellos pensaban que yo no oía.

El cadáver llegó por fin a los pocos días de aquella llamada. Cuando les telefonearon de la ciudad, Severo fue solo en el coche de línea a recoger el informe forense. Una vez lo tuvo, buscó con avidez qué podía significar aquel «está llena» que no lo dejaba pensar en otra cosa. Cuando lo encontró, sentado en un bar sin nombre, antes de volver a Somino, comprendió lo sola que había estado su hija. Y lloró, al fin.

—¿Qué te han dicho de la niña?

—Nada, Tiesa, que tu hija está muerta. Eso es lo que pone en los papeles. Además no los entenderías.

Tardaron muchos años en hablar de su hija y nunca lo hicieron sobre aquel informe.

Sisinio y Patricio jamás escucharon la voz de la Tasia, *la Tiesa*, y les bastó tan solo la de Severo, *el Cejas*, y sus explicaciones vagas,

para hacer lo que ya tenían pensado.

—A casa del chico, Patricín. Pobre chaval.

Cuando les abrió la puerta, mi amigo pensó que era imposible que le hubieran vuelto a romper un cristal.

—Tengo las persianas bajadas siempre. Ahora es imposible que hayan roto nada. —Quiso reír, pero no creía que la presencia de la Guardia Civil le llevara buenas noticias—. Pasen.

Al pasar el umbral, el más joven pensó en el frío que hacía en aquella casa. Sería mejor dejarse el tricornio puesto. Quizá la autoridad abrigara.

—No venimos por eso, venimos a preguntarte si a ti te han disparado.

—Sí, pero no me han dado. De hecho cuando lo han intentado todavía no sabía que andaban tirando piedras a todo el mundo.

—¿Nos puedes decir dónde fue?

—En la esquina de esta calle, según se viene de las escuelas, antes de llegar aquí. Ha ocurrido dos veces.

—¿Y nos puedes precisar de dónde venían las pedradas?

—No sé decirles. Creo que de algunas de las casas de enfrente. Pero han disparado a más gente, no solo a mí, ¿lo sabe? —Aquel dato a Héctor lo aliviaba—. Por favor, no digan que han...

—Ni siquiera diremos que hemos estado aquí, descuida. Además, no sería nada raro, ahora venimos de casa de otro vecino. De Severo Lobo.

—Sí, ¿el padre de Antonia, no? La chica que murió...

—Efectivamente, y nos ha dicho que por la zona de la buchina estaba habiendo muchos tiros, ¿sabes si hay por aquí alguna buchina? Nos comentó que era por aquí, cerca de donde tú vives, cerca del Bombilla. Ese eres tú, ¿no?

—Sí, me llaman así, todos tienen mote. —Le pareció que se excusaba mientras pensaba en qué era una buchina—. Perdón, ¿ha dicho una buchina?

—Sí, una buchina.

—¿Eso qué es?

—Como un abrevadero pero grande, alto, para guardar agua para regar. Nosotros no hemos visto ninguna aquí, ya es raro. A veces la usan los críos para bañarse en verano.

—Yo, desde luego, no tengo de eso.

—Por favor —le dijo Patricio—, ten cuidado cuando vayas por la calle. Y si pasa algo, nos llamas.

Subidos en el coche, dieron dos vueltas por las calles que rodeaban la casa de Héctor. Se fijaron en todas las puertas, en todas las tapias detrás de las que pudiera haber una buchina. Les pareció imposible imaginársela también en verano, sin nieve, con niños bañándose dentro.

—Pues no sé, habrá pensado Severo que el chico vive en otro sitio.

—No creo, aquí todo el mundo se conoce. —Sisinio buscaba a los lados, convencido de que no iban a encontrar nada—. Mira, vamos a preguntar, ya verás como el Cejas no se equivoca.

Josefina Cuervo, *la Mayor*, entraba en su casa apresurada, mirando nerviosa a su alrededor. La llave se le cayó al suelo cuando vio el Land Rover de la Guardia Civil frenar a su lado.

—Buenos días —le dijeron.

Les levantó la cabeza por toda respuesta. Patricio vio cómo los pelos blancos y duros de su barbilla brillaban en la niebla. Se sintió terriblemente cohibido ante aquella mujer.

—Mire, estamos aquí por el tema de los disparos. Nos ha dicho un vecino suyo que estaba habiendo muchos por la zona de la buchina, ¿sabe usted dónde hay una en el pueblo?

Veían a una mujer tan avejentada que les sorprendió su habilidad para agitar el cuello en sentido negativo mientras abría la puerta. La torpeza anterior se le había olvidado y un nerviosismo que le parecía impropio la movía de repente rápida y certera. Supongo que su hermana, Elvira, *la Menor*, miraba desde la ventana, y también que la respuesta de Josefina sería breve. Básica.

—¿Quién les ha dicho lo de la buchina?

—Un vecino.

—¿Quién? —Josefina era seca como un erial.

—Un vecino, no tiene importancia, ¿sabe usted si hay aquí alguna?

—Ya no.

—¿Perdone?

—¡Que ya no hay!

Separó las palabras entre sí mientras se daba la vuelta para mirarlo como se mira, inclinándose hacia él y llena de temeridad, al ladrón que ha entrado en la habitación más íntima de la casa. Josefina, *la Mayor*, se metió en la suya, protegiéndola, escrutándolos con rabia. Ladrones.

—Pregunten en el Teso. Esos sí que saben si hubo buchina. — Batió su mano hacia ellos y cerró la puerta sin dar lugar a la contestación.

Cuando subieron al Teso, los guardias consiguieron parar a un vecino. La violencia y el miedo con el que les contestó fue tal que prefirieron no seguir hurgando en esa cuestión.

—¿Buchina? ¡No, no! ¿A qué vienen con eso ahora? —El hombre prácticamente salió corriendo al oír aquella palabra. Sus años hicieron que la marcha se quedara en trote poco desbocado.

Verde y Verdín no se olvidaron del asunto por lo curioso y, cuando en alguna ocasión volvieron a hablar con Severo, él les negó haber mencionado esa referencia.

—¿Buchina? Es imposible que yo les haya hablado de eso, imposible. ¡No señor! —y chistaba con la boca.

En ese asunto fue quizás el único en el que el Cejas se vio obligado a dale la razón a su mujer. La tarde en que Sisinio y Patricio, los Verdes, fueron a su casa, la Tiesa cruzó el pasillo para enterarse de qué hacía allí la Guardia Civil.

—Te han preguntado por las pedradas —le dijo luego.

—¿Qué si no?

Severo, *el Cejas*, la miró con un gesto de hartazgo, de cansancio. Su esposa arrastró las palabras:

—¿Qué les has dicho?

—Nada, mujer.

—Les has dicho lo de la buchina.

—¿Qué les voy a decir?

—Les has dicho que preguntaran por la zona de la buchina, por donde vive el Bombilla ese.

—Eso no es contar lo de la buchina. —Fue consciente de su error, pero se calló y se limitó a mantener su voz inexpresiva.

—Te pido que tengas cuidado.

—¡Ya lo tengo, mujer! ¿O es que te crees que les he contado lo que pasó allí?

Satisfechos, sus vecinos escucharon de lejos el runrún de aquella bronca que se prolongó toda la tarde. Si hubieran llegado a entender la palabra *buchina* no hubieran dudado en aparecer por allí con el atizador del fuego. Aquella noche Severo, *el Cejas* y Tasia, *la Tiesa*, no se dijeron palabra: acababan de pronunciar todas las que se habían guardado desde la muerte de su hija. Se las habían tirado a la cara como dardos que no querían matar para poder doler siempre, dejar moratones, necrosar solo algunas zonas que empezasen a oler perpetuamente a podrido. Pero esa podredumbre solo la percibía el otro, el que la había causado; algo que nunca supieron. Sentía con gozo de mártir la Tiesa las heridas de su marido aquella noche sobre la cama. No las suyas. Sentía cómo se abrían un poco más en cada ronquido, desprendiendo olor en cada movimiento brusco que parecía levantar la cama del suelo. También sentía su rabia aún fresca, una que a su marido agotaba y que a ella no la dejaría dormir. Por eso, porque conocía con quien compartía cama y sabía que no se iba a despertar, se levantó sin cuidarse de los ruidos. No pensó en lo que estaba haciendo, y de haber sabido lo que se iba a encontrar se hubiera quedado quieta. Pero fue directa a la caja donde él guardaba los puros, que estaban viejos de más y que no fumaba, y sacó de su fondo una llave que hacía mucho que tenía el olor cálido del tabaco seco. Llevaba veinte años escondiéndola allí, sin pensar en que su mujer siempre lo había sabido. La luz azul de noche de invierno entraba por la ventana de un cuarto que no

usaban y al que Tasia acababa de entrar. Se tiró en el suelo con su camisión blanco, que hacía mucho que no era suave ni blanco, y abrió con la llave el último cajón de un aparador. No tuvo que buscar. Dentro, sobre el resto de papeles —letras pagadas y sin pagar, recibos, un colgante de oro que permanecía allí no se sabe en qué espera—, vio el sobre marrón, abultado, intacto, del Instituto Anatómico Forense. Lo abrió con cuidado, sus solapas ya habían sido alguna vez despegadas.

Nunca volvió a abrir aquel cajón. Lo que vio dejó espacio para la culpa de haber cogido aquella llave.

Dentro solo había quince cuartillas completamente en blanco.

Ausencia de árbitro

¿Ha habido alguna vez alguien que haya logrado verse de un golpe la cara? De un golpe, no juntando trozos de espejo aquí y allí. Así queda siempre un hueco en blanco sin una parte del lacrimal. Siendo todos incompletos, ¿puede retener alguien en su memoria el plano del territorio que habita?

Yo conozco bien el pecado de mi nombre. Héctor, al que escucho esta historia, es consciente en su parlamento de mis carencias, de que a veces imagino cosas para completar su relato. Como la ausencia de una muela cuyo hueco no se revela hasta apartar el carrillo con los dedos.

Y esto que voy a contar ahora, que es don Miguel, el párroco, recorriendo Somino casa por casa para saber qué ocurría, es también un espacio en blanco que yo, el narrador, relleno para revelarme.

—Pues, don Miguel...

Lo que el párroco escuchó le pareció ridículo de solemnidad. Plácida, *la Tuerta*, detallaba los sucesos del cementerio uno a uno al principio, para mezclarlos después, como los árboles del bosque cuyas ramas se confunden.

—Apareció primero un ala rota. Y después otra colocada encima de una tumba que no era la suya. Anoche a dos les rompieron la cabeza.

Don Miguel levantaba por las esquinas y con dos dedos los bordes del mantel porque en Somino las migas estaban debajo y no encima, y se aplastaban los mendrugos duros al poner las manos sobre la mesa.

—Si no le importa compartir la misa, la puedo dar este mismo domingo. De otra forma habría que esperar al siguiente. Últimamente me encargan ustedes muchas, ¿por qué?

—No queda ninguna tumba entera, los pobres difuntos se deben de estar revolviendo.

Con aquella respuesta, y desde el otro lado de la rejilla del confesionario, Ana, *la Mediomujer*, pasó al pecado de la envidia y Paca, *la Rota*, le contó también lo que ocurría en la tumba de sus padres. Aquello que estaba sucediendo de noche en noche los llenaba de culpa y por eso no paraban de encargar misas para sus muertos. Claro que, de eso de las pedradas, mira tú por donde —pensaba el cura—, en Somino no se confesaba nadie. Parecía que los muertos importaran más que los vivos.

Las voces de aquellas mujeres eran ásperas como corteza que se quiebra y se engarza a la tierra. Todas sentían remordimiento. Era aquel un sentimiento antiguo, temor a que el descuido físico del cementerio llevara consecuencias eternas al otro barrio. De repente, el protagonismo de los muertos resultaba espectacular, había un miedo al escarnio eterno de los padres y los abuelos si los vivos permitían que aquel que había empezado a destrozar tumbas siguiera haciéndolo. Don Miguel se dio cuenta en aquel momento de que la Rota, la Tuerta y la Mediomujer, la Escarola y la Tiesa se tapaban las unas a las otras. ¿De qué se sienten las personas culpables si no de ser ellos mismos los responsables de lo que ocurre?

Don Miguel observaba el cementerio y, ciertamente, acusaba un sentimiento de pertenencia sobre ese lugar, sobre su tapia, su verja negra, la sombra de sus cipreses. Era aquello lo que espoleaba su curiosidad y lo que les hacía mirar entre visillos. No iba a consentir que nadie rompiera, ni aun robara, nada de lo que a él le pertenecía.

Al día siguiente, tras comprobar que los sucesos del camposanto no tenían eco en los periódicos, decidió volver a Somino y timbrar en las puertas del pueblo. A Héctor, *el Bombilla*, le hubiera dado vergüenza coger el coche para recorrer el camino que iba de su casa al colegio; prefería correr cuando nadie lo veía, temeroso de encontrarse una pedrada, un moratón, un cardenal en lo que giraba una esquina. Por eso, la tarde en que vio al párroco de calle en calle

arrancando el coche para llegar hasta la siguiente puerta, no pudo evitar reírse de él. Al día siguiente tampoco pudo evitar comentárselo a sus compañeros:

—He visto al cura coger el coche para ir de una casa a la de al lado. ¡No exagera!

—Tú, que vas muy alegremente por la calle porque a tu edad los moratones duran dos días. Pero cuida que no te den en un ojo y tengamos que salir corriendo a un consultorio.

De nuevo, el maestro no halló la calma que buscaba intentando quitarle hierro a sus palabras. Sin embargo, ese peso encontraba acomodo en algún lugar de los tendones de sus hombros y había llegado a acostumbrarse tanto a él que en ocasiones no lo notaba. Lo sentía ya solo en las ocasiones en que Federico, *el Pasmao*, se lo aliviaba. Cuando la presión ha existido durante tiempo, su ausencia es también una forma de presencia.

—No te preocupes, dejarán de disparar, igual que lo abandonan todo para agarrar otra cosa. Pero ten cuidado mientras tanto. Ya ni la Guardia Civil los asusta.

—Ayer vi su coche en la entrada del cementerio —dijo Sagrario, encendiéndose un cigarro.

—Sí, allí estaban —Federico sonrió con cierta contención—, tienen los cojones bien puestos.

—¿Y no pueden hacer nada? Investigar, denunciar lo que está pasando... —Héctor ya no sabía por qué se extrañaba.

—Ese es su trabajo y esto es un pueblo, no van a llamar al ejército.

Me cuenta Héctor que empezó a percibir un vacío a su alrededor. Una falta de protección: el momento en el que el ateo descubre que lo es. Había llegado un punto en el que estaban solos frente a sí mismos, en el que todos eran civiles sin árbitros ni voces del más allá, que lo correcto y lo incorrecto podría ser roto porque para algunos no existía. La humanidad quebradiza creaba en cada uno de ellos un juez con su propia jurisprudencia. Que existieran los tricornos, los uniformes verdes, hablaba de la aridez de la raza, de

lo afilado de sus dientes, de sus uñas, de la fragilidad de la nuez de Adán o del occipital. De que somos capaces de vivir bien si olvidamos las normas. El Bombilla se veía solo, expuesto a su raza. Expuesto a los dientes, a las uñas que en otros crecían y que —se miraba las manos, abría la boca delante del espejo— él también tenía.

Porque no eran sino dientes, zarpazos, lo que se disparaba a través de las ventanas. Sabía que la mayor parte de las agresiones eran en su calle y en la calle de las Aguas, y que eso podía hacer que a él le crecieran las uñas.

Todos los niños habían cogido guijarros del arroyo por orden de sus padres. Una habilidad infantil hacía a los adultos acertar el tiro. Mientras, como los árboles, se tapaban los unos a los otros para hacer el bosque. Si tenían que quemar sus tierras para que el enemigo no viviera de ellas, así se haría, aunque fuera a costa del propio sustento. Decían en el bar, a la salida de misa, dentro de la tienda, que en la calle de las Aguas, por donde disparaban tanto, la hierba iba a empezar a crecer porque nadie pasaba por allí y todos daban rodeo. Se comentaba —y yo me lo creo— que hubo quien durmió en casa de sus familiares para no volver de noche a la suya.

Supongo que la hierba no llegó a crecer, que lo que sí crece hoy en mis palabras es la hipérbole de lo acontecido aquellos días, porque Somino es de esos lugares que vive de la exageración del recuerdo y la exaltación del detalle. Parece que sí es verdad que era a las fachadas de los Barrueco y la de Héctor a las que más cal y cobertura les faltaban por culpa de las pedradas. Le pregunto a Héctor si fue en verdad así y me dice que no sabe si lo recuerda, pero sí que lo imagina.

Al igual que se imagina a Josefina, *la Mayor*, poniendo su dedo índice en la espalda de su hermana para que no se apartase de la ventana, obligándola a esperar el momento en el que el Bombilla girara la esquina.

—Cuando aparezca, izas!

—Va a saber que somos nosotras, estás todo el día mirándolo.

Dirá que somos unas cuzas.

—No te dirá nada porque tiene cerradas todas las persianas, no sé qué se ha pensado. Elvira, atenta. Pon cuidado, que estará al llegar.

No se explicaba muy bien el maestro por qué los disparos nunca lo alcanzaban cuando con otra gente la puntería había sido exacta.

—Elvira, ¡eres una inútil!

—Tira tú, que estoy harta, soy muy fata.

La Mayor abría los ojos y miraba hacia abajo, como si pretendiera lanzarlos al suelo como armas arrojadizas.

—No-me-ha-gas-ha-blar.

Y Elvira, *la Menor*, seguía errando los tiros adrede, aunque no supiera que su hermana no tenía nada de lo que hablar.

A ellas los guardias no las habían vuelto a parar, pero las ponía nerviosas la idea de que lo hicieran.

—Si te preguntan por la buchina, ¡ichitón!

—Aunque hablara, ahora ya sí que poco iban a encontrar.

Era verdad, pero Sisinio y Patricio no lo sabían, que había algo más detrás de todo aquello que no iban a poder solucionar. Algo que los vecinos guardaban con celo en el dobladillo de las ropas, en el sostén, en el entredós del camisón. Algo que explicaba a Somino y que no se podía encontrar por mucho que se palpara y abriera el forro de la chaqueta, se descosiera el bajo de los pantalones. Ese sentimiento de que el pueblo y sus caminos, su iglesia, sus cuestras, su arroyo y sus tierras les pertenecía a los que habían nacido allí. Los demás eran forasteros.

Aun así, los Verdes no dejaron de preguntar, como quien se toma la pesadez como una forma de trabajo:

—¿Le han disparado?

—¿A mí? No. Pregunte a otro.

—Me alegro de que no le hayan disparado —se acoplaba el Verde al paso del hombre y, como si fuera a pasarle el brazo por encima del hombro, continuaba—, y una cosa más y ya no le molesto: ¿hay alguna buchina por aquí?

—¿A usted le parece que aquí nos vamos a poner a hacer buchinas?

A los guardias los inquietaban unos nervios que salían a relucir cuando sacaban ese tema. El Verdín, además, tenía a veces la sensación de encontrarse en la ribera de un río donde suelo y agua se confunden y poner un pie más allá podía ser peligroso.

—Sisinio, ¿crees que hacemos bien volviendo allí?

En la cabeza de Patricio aquella pregunta había movido un biombo que cambiaba la configuración del nuevo espacio. Y si no hacían bien yendo a Somino, ¿para qué servían ellos? Era verdad que no habían sacado nada en claro y que, como mucho, lo único que habían conseguido era avisar a Héctor, aunque quizás aquellas visitas también habían perjudicado al chaval, eso él lo barruntaba. No habían evitado que se detuvieran las agresiones en la calle y los animales habían dejado de aparecer descuartizados poco antes de que dejaran de morir espontáneamente. La gente cada vez era más arisca y áspera con ellos y notaba el revuelo creciendo a su alrededor como una planta que los asfixiaba. Sentía que cada vez que iban viciaban más el ambiente. Tal vez contribuyeran al retroceso.

—Si dejamos de ir, a lo mejor no paran nunca.

—Tienes razón, es que a veces me canso.

La tarde en que mantuvieron esta escueta conversación, la calle de las Aguas terminó por espolearlos a los dos, por vampirizarlos hasta la palidez de su oficio. Sin saber por qué, aparcaron allí y no en otro sitio y suspiraron ambos deliberadamente en medio de un bostezo que ya duraba días.

—Vamos a bajar. No se puede hacer nada subidos en el coche. Parece que están esperando a oír el motor. —Se veía en la piel de quien se esconde tras un recodo para pillar a un niño en falta.

Sisinio agitó sus piernas al pisar la calle. Dejaron el todoterreno verde con la imagen del escudo, del hacha y de la espada cruzados y durante un momento se olvidaron de qué hacían allí. La niebla de aquellos días, tan ciega, tan sorda, parecía despertarlos con su

humedad, con su capacidad de infiltración tan fría y triste, resistiéndose a marcharse aunque estuvieran ya a finales del mes de marzo. El calor seco y viciado del todoterreno quedaba atrás, prendido sin fuerza en la rejilla plástica del morro, caído como un retal rasgado. Se cubrieron por completo con las capas mientras agarraban por debajo sus fusiles de asalto con paso marcial.

Sus ojos se abrieron poco a poco, acostumbrándose a ver la niebla que los rodeaba. La vieron tanto que dejaron de verla, y las calles de Somino aparecieron rectas delante de ellos, trazadas con tinta china en un plano beis, conduciendo sus ojos hacia las llanuras.

Primero se dieron cuenta de que no había nadie. Después, de que estarían todos en sus casas.

—Sisinio, vamos a darnos la vuelta.

—Sí, es mejor.

Como si hubieran estado esperando aquello, sintieron que algo rasgaba la niebla, que dos piedras pasaban rozándoles los tricornos.

—¡Alto a la Guardia Civil!

Sisinio disparó dos veces, sabía que no les iba a alcanzar.

El Verdín también había sacado su fusil. Se dio cuenta de que lo había hecho sin pensar, como un animal, de que el arma pesaba, de que desde las pruebas para entrar en el cuerpo no la ponía en posición. Tenía que usarla a conciencia. También se percató, cuando tuvo capacidad de abrir los ojos, de que la rabia le hacía no ver nada. Se quedó quieto.

—¿Te han dado?

—No. Vámonos. No los vamos a coger. Han sido más rápidos que nosotros.

—¿Qué hacemos?

El Verde bajó la voz.

—Írnos, ya volveremos.

—¿Cómo que írnos?

—No le vamos a coger, ha podido ser cualquiera. Todos.

—¡Es una agresión a la autoridad! ¡El reglamento dice...!

Él lo cogió del brazo y empezaron a caminar. Le hizo un gesto

con la cabeza para que guardase el arma.

—El reglamento no sé. Mi reglamento está aquí con nosotros para evitar que esta gente se acabe matando entre ellos y que nos maten a nosotros. Vámonos, las cosas no son siempre como te enseñaron en la academia.

Este recorte de Sisinio a su propia autoridad extrañó a Patricio. Pero aunque lo pareciera, el Verde no había tirado la toalla. La agarraba con más fuerza porque sabía que esperando podía conseguir que llegaran todas las medallas, todas las víctimas, de golpe. Quería que en Somino bajaran la guardia y los creyeran asustados. Bajó la voz.

—Volveremos, nos haremos los tontos. Y cuando crean que lo somos, cogeremos a alguno y los asustaremos, ¿nunca has ido a cazar ciervos? Aprenderás más que con el reglamento.

Tanta rabia tenían que olvidaron por un momento que Somino era un pueblo pequeño y cerrado en sí mismo, sin semáforos, sin grandes almacenes ni logos corporativos o repartidores de panfletos. Así tiraron al suelo, sin reparar en ella, la cuartilla que alguien había solapado bocabajo en el parabrisas. Pensaron que era un pasquín publicitario.

Cuando salieron de allí la hoja bailoteó inútil y sola en el aire antes de caer boca arriba. La humedad empapó el papel y a la media hora la tinta ya se había diluido. Con caligrafía apresurada y sin tildes, con la urgencia de la carrera, en un día seco se hubiera podido leer en ella: «No volvais».

* * *

Sisinio, *el Verde*, siguió confiando durante días en que si ocurriera algo, la persona que los llamaba volvería a hacerlo.

—Aquí la Guardia Civil.

—No sé qué está pasando en el cementerio de Somino. Están entrando todos los del pueblo. Algunos se levantan la mano, creo que son los Barrueco y los Ramírez.

—Muchas gracias.

Colgó el teléfono. Aquella voz femenina respiraba por la boca y se ahogaba: parecía disfrutar con aquello. Tenía detrás unas gafas siempre sucias.

—Era la mujer de Argimiro.

La cuneta eterna corría a ambos lados del todoterreno. A veces, la ilusión de que el coche estaba parado y alguien tiraba de la carretera estaba allí para Patricio; una corriente de un solo recorrido, sin opción al desvío. Cuando llegaron al cementerio, el Verdín miró la puerta negra, sus letras antiguas y casi analfabetas, agujereadas en el metal. Las gentes solían abrirla trabajosamente y, una vez dentro, dejaban entre sus hojas el espacio suficiente para que una persona entrara, muchas veces de perfil. Aquella vez estaba abierta de par en par, y se veían perfectamente las tumbas desniveladas: libros de distintas colecciones en una estantería. Las voces llegaban mezcladas hasta dentro del coche, como si una treintena de transistores estuvieran sintonizándose a la vez.

Estaban agrupados entre las tumbas. Tan solo a la entrada del colegio habían visto a tanta gente junta en aquel pueblo. Llevaban semanas intentando abordarlos para que les contaran qué pasaba, apenas salían a la calle. Y sin embargo estaban allí, unos encima de las tumbas, otros en el suelo, los hombres en el centro, gritándose, y las mujeres detrás, con sus manos en las espaldas de ellos, no sujetándolos sino empujándolos hacia delante, contra los de enfrente. Ellas, además, discutían entre sí, frunciendo sus ojos como si quisieran dar susto. Parecía que alguna, en cualquier momento, iba a lanzarse a embestir rápidamente a la contraria. La nieve empezaba a deshacerse y el suelo parecía hacerlo con ella.

Los Verdes corrieron hacia ellos. En el momento en que se pusieron a su altura, dos hombres tenían las manos levantadas el uno hacia el otro. A uno de ellos lo sujetaba Severo, *el Cejas*, como si fuera a detenerlo. Pero lo que intentaba era algo completamente distinto.

—¡Quieto, Rubiolo! ¡Fusiles, dale, dale, que yo lo sujeto, que se

joda este cabrón!

El Cejas no lo detenía, le apretaba los brazos reteniéndolo, sacudiendo hacia él la cabeza como si lo señalara. Animaba al que venía de frente para que lo atacara. Sisinio sujetó al que avanzaba con el puño en alto.

—Detente, tú, qué haces.

Mientras, las mujeres gritaban.

—Quién iba a robar el angelote de la tumba de mi tía, ¿eh, Sapa?

—Dolores, *la Torda*, estaba dispuesta a morder.

—No tengo por qué haber sido yo, mentirosa.

—¡Ya! ¡Nunca sois vosotros! ¡Ahora resulta que nunca hacéis nada!

—¿A ti te parece que soy tan tonta como para robar el angelote de tu madre y luego romper los de mis abuelos e ir dejando los trozos por otras tumbas?

—Tan tonta como para que tu marido are las tierras del revés y vayas tú por ahí diciendo que el mío se las aró mal, adrede, de noche. ¡Ca! A ver quién te crees que se ha tragado eso.

La Sapa había levantado en alto una maceta de yeso blanco llena de flores secas como cadáveres.

—¿Estás llamando tonto a mi marido, Torda?

Aquella voz dejó caer la maceta contra una tumba. Se partió en dos con el golpe y la arena (más que tierra) que había dentro se derramó sobre el mármol.

—¡Las flores de mi padre! ¡Pelleja! ¡Lagarta!

La Torda se abalanzó contra aquella mujer y la gente hizo corro para verlas. El Verdín la sujetó.

Mientras tanto, el Fusiles volvía a insultar al Rubiolo y la Tuerta zarandeaba el brazo de la Plana, escupiéndole la culpa de la cruz rota sobre la tumba de su abuelo. «Tú, tú, si no hubieras hecho lo que hiciste». La Cachorra miraba a otro lado si la Mayor le gritaba, y la Menor, detrás de esta, tiraba de su abrigo negro hacia la tumba de sus padres, porque alguien había robado sus letras de latón. El Verde se ponía en medio del Rubiolo y el Fusiles, pidiendo una calma

que nunca llegaba, mientras dos tumbas más abajo el Cascajos abollaba un jarrón de falso bronce y tres más arriba el Taramba quitaba de la tumba del Cascajos un ángel que lloraba porque se lo llevaban a otra. Y a nadie le importaba hacer a la luz del día y delante de todos lo que llevaban noches haciendo en solitario y a escondidas.

En una esquina, la Trilla se santiguaba y lloraba en voz baja. Acababa de limpiar de nuevo la tumba de su hijo —menos mal que el mármol no se desgastaba— y rezaba por él, por su cadáver roto por la polio y porque nadie se llevase las letras de plata de su nombre, que tanto le habían costado. Todo lo demás se lo había llevado ella a su casa, cuando empezaron a desaparecer las figuras del cementerio, en un intento por salvarlas. Esperaba poder devolvérselas pronto.

—Perdona, hijo mío, perdona.

Besó la palma de su mano y la dejó sobre la tumba. Cuando salió, cerró a conciencia la puerta del cementerio, dejándolos a todos dentro.

Cuando los Verdes consiguieron abrir esa puerta desde dentro, pensaron que aún no lograban atravesar la capa de polvo y niebla que impedía enunciar en voz alta qué era lo que pasaba. Que era imposible convertir el origen de aquello en una serie de hechos con introducción, nudo y desenlace.

* * *

A pesar de todo, el Verdín sentía cierta seguridad desde que, atando cabos, cayó en la cuenta de que aquellos telefonazos que recibía habían empezado tras la muerte de Antonia Lobo. Sin duda, el director del colegio la conocía, y tal suceso podría haberlo asustado.

La noche en que la Negra murió, un vecino que por casualidad volvía de Villabriz llamó al timbre del Cejas para darle la noticia. Era de madrugada, y Severo olió el nerviosismo al igual que huelen los

animales el miedo. La noche de verano era olorosa y grande. Magnífica. El Verde empezó a respirar aquella bruma obtusa de Somino en el momento en el que el Cejas llegó al lugar donde su hija había muerto, parecía que traía el clima del pueblo consigo mismo. No dejó a su mujer subirse al coche.

—Tiesa, tu hija ha tenido un accidente. Voy yo a ver qué pasa. Tú quédate aquí.

Al Verdín aquella explicación, además de falsa, le sonaba chusca, porque cuando le contaron a aquel hombre qué había pasado, él siguió enquistado en la explicación del accidente de tráfico.

—Sisinio, nosotros no les hemos dicho que haya sido un accidente de tráfico. —Patricio arrugaba la nariz constantemente.

—Calla, tienes razón, pero me parece que él no va a querer que se sepa otra cosa. No te metas.

Hubo aquellos días un breve en los diarios provinciales en los que constaba la muerte de A. L. J. en accidente de tráfico. Pero Sisinio, *el Verde*, también decidió que no se llamaría a la prensa para corregir las informaciones. A la puerta del funeral también lo escucharon: un giro mal dado, un frenazo en seco y, al detenerse de golpe, a ella se le tronchó el cuello. La Benemérita la había encontrado poco después.

—Sabes tan bien como yo que no fue un accidente de tráfico. Ella estaba fuera del coche. Tienen que haber visto que el quitamiedos estaba entero. Nadie se chocó contra él.

—Déjalos.

Ambos recuerdan la carretera seca y caliente. El momento en el que, en el camino entre Villabriz y Somino, vieron un coche delante de ellos. Aceleró tanto que llamó su atención y tuvieron que acelerar y acelerar detrás. Recuerdan cómo, desbocado, giró por el camino que llevaba a los bosques y cómo casi lo pierden. A principios de septiembre, en el cielo las estrellas todavía parecen entrar en las casas y el Verdín recuerda cómo pensaba que iban a alcanzarlas también a ellas. Quizá lo mismo pensara la Negra, ya no tan por delante de ellos, pisando el acelerador, asustada, perdiendo el

control del coche, convencida de que llevaban días detrás de ella y de que por fin la iban a alcanzar. La carretera se estrechaba y retorcía y el olor oscuro y descomunal de los árboles empezaba a entrar en el coche, «si pudieran embotellarlo», llegó a pensar el Verdín. «Se ha asustado al vernos», pensó el Verde, «y solo corre quien tiene algo que ocultar». Era consciente de que la perseguía con instinto, sin saber quién era ni qué se iban a encontrar. «Haber nacido en otra familia», pensaba la Negra mientras aceleraba, «o en otro pueblo. No en Somino. O haber sido hija del Coronel, por ejemplo. Otra madre, otro padre y otro tío». Ezequiel, *el Atravesao*, su tío, la mataría. «Pero no podrán encontrar nada. Los Verdes no podrán encontrar nada. O sí». Quería que acabara aquello, nacer en otro lugar. O poder empezar de nuevo: Somino era una cárcel. «Y quizá yo sería más libre entre rejas, quizás allí podría recibir clases y, cuando saliera, no volver aquí. A lo mejor, si me cogen, puedo volver a estudiar».

Cuando frenó el coche de la Negra, lo primero que pensaron los Verdes fue que habría chocado contra el quitamiedos en la curva. Pero no. No habían terminado de detenerse cuando vieron a Antonia abrir la puerta del suyo y salir ilesa. Mirarlos. Iba a ponérselo fácil. Quería que la cogieran.

Minutos después, entre los árboles, escondido, Federico *el Pasmao* vio cómo cerraban con pesar sus ojos. Asustado, corrió bosque adentro mientras lloraba.

Federico logró salir de la espesura y encontrar su coche cuando amanecía. Llegó a su casa justo a tiempo para descolgarle el teléfono a Argimiro. Tuvo que fingir sorpresa, aunque lo que escuchó ya lo sabía.

La llegada del interlocutor

Don Luis nunca llevaba traje, pero en el armario su mujer había hecho combinar las camisas con las americanas y los pantalones de modo que, cuando lo vio llegar a través de la ventana, la Cachorra no pudo evitar comentar en voz baja:

—¡Qué bien va, mujer!

Le había costado encontrar la calle de las Aguas porque no consiguió parar a nadie por aquel pueblo. El día —claro y sin niebla, con un cielo que brillaba como una promesa azul— era frío como una noche de febrero. Eso fue también lo que le comentó el Cejas: que a pesar de haber llegado la primera semana de abril, aquel invierno se resistía en el aire.

—Vayamos al cementerio y por el camino le cuento. Con el permiso suyo de usted, vamos en su coche, si le parece.

Lo que don Luis vio en el camposanto lo hizo sentirse como un colegial que al leer las preguntas del examen descubre que ha estudiado de forma innecesaria.

El mármol del que le había hablado el Cejas no era bueno. Un conglomerado gris y negro que —en muchas ocasiones— no tenía la misma textura a los pies que a la cabecera. Las placas con los nombres eran de un metal de reflejos dorados, y en las letras que estaban pegadas a algunas de las lápidas el baño en plata se había saltado y oxidado. Muchas de las cruces eran de una piedra basta y áspera, e incluso vio, como hundida entre las demás, una tumba pequeña que en realidad era un montículo de tierra. Supo más tarde que era la de una niña llamada Esther.

Un chirrido incómodo, que le produjo una dentera que bajó directa desde su boca hasta los pies, le hizo darse la vuelta. Entró un hombre mal afeitado, con la boina calada y un moratón en la mejilla derecha. Le sugiero a Héctor que fuese, por ejemplo, Teodoro, el

Rubiolo, o cualquier otro vecino del Teso. Al ver a don Luis, levantó una mano para saludar y cerró la palma enseguida, como si con eso bastara. Al pasar por la tumba de la niña Esther, besó un aspa de la cruz. El Cejas había hecho lo mismo.

Aquel hombre descuidado sacó un papel del bolsillo de su chaquetón verde y se lo alargó al forastero.

—¿Para mí? —A don Luis le costaba acostumbrarse a la falta de palabra. El otro asintió con la cabeza—. ¿Qué es?

—La lista de la gente, de los que se quieren asegurar la tumba. Debajo el número de teléfono de aquí; cuando esté todo hecho, llama y pregunta por mí. Hasta otro día, si Dios quiere.

Se dio la vuelta y salió como había entrado, dejando un beso frío y sin devoción en aquella cruz metálica, como el beso adolescente y descreído a los padres, autómata.

—Yo también le he traído mi hoja. El número ya lo tiene, es el mismo.

El silencio espesaba lo frío del aire.

—Valore lo que tenga que valorar. Sea rápido, por favor. Yo me fío de usted. Ya ve que aquí no queda nada en pie. Como no se levanten los muertos...

Don Luis, educado como era, escuchó el parlamento mientras contaba los metros que le quedaban para llegar a su coche. El clima y aquel encargo tan extraño lo empujaban a salir de ese pueblo frío y de luz clara. En un gesto siniestro, el Cejas lo agarró fuertemente del hombro.

—Venga conmigo, hay dos personas que ya no viven aquí, pero que a lo mejor quieren asegurar sus lápidas. Hace años se fue mucha gente, mucha gente, ¿sabe?

Minutos más tarde, el Bombilla sintió asco al ver entrar a su director en la sala de profesores. No había vuelto a verlo allí desde su llegada a Somino. No paró de lavarse las manos el resto de la mañana, sintió que la respiración dificultosa del Gordo ensuciaba la habitación como un aspersor lleno de agua sucia.

—Ven conmigo, Sagrario, han preguntado por ti.

En el despacho de Argimiro, el Cejas, cansado de esperar, le explicó con cierta desgana a Sagrario, *la Antillana*, el asunto de las tumbas y de los seguros con los que pretendían salvarlas. Ella apenas entendía por qué se lo estaba contando. Durante aquellos años había casi olvidado dónde nació, también los primeros recuerdos de su infancia. Las botellas llenas de alcohol que estallaron en el tejado de su casa aquella noche.

—Tus abuelos eran del Llano y están enterrados aquí, en Somino. Bueno, realmente tú también eres del Llano y quizá te interese, sobre todo si piensas enterrar a tus padres aquí. No queda una sola losa que no hayan destrozado.

—Mis padres saben dónde quieren que los entierre. Y de eso me encargo yo, Cejas.

—De la tumba de tus abuelos es de lo que no te encargas, ¿verdad?

Había oído algo de lo que estaba ocurriendo en el cementerio, pero si era honesta consigo misma, no se había parado a pensar en que le hubiera podido pasar algo también a la lápida de sus abuelos.

—Tranquilo, Cejas, sé muy bien lo que tengo que hacer. ¿Usted es el asegurador?

—Sí, Luis, encantado.

—Déjeme sus señas. Le escribiré yo si me interesa. Y ahora discúlpeme, vengo aquí solo a trabajar.

La Antillana salió del despacho y volvió a clase. Dejó solos en el despacho a los tres hombres. Tenía que decírselo a sus padres. A veces se le olvidaba que, en el fondo, ella también había nacido en la calle de las Aguas. Cuando se acordaba, le entraba miedo.

—¿Pasaba algo?

—Era por lo del cementerio, quieren asegurar las lápidas —respondió Sagrario.

Héctor levantó la mirada de la ventana. De repente el cielo azul le colmaba, como si no se hubiera fijado nunca en él, ¿era tan azul en Madrid?

—¿Las lápidas?, ¿y qué tienes tú que ver con eso?

—Mis abuelos están enterrados aquí.

—No lo sabía, pero ¿no sois de Villabriz?

—Yo nací aquí, nos fuimos al principio de todo, cuando las cosas se torcieron.

Federico, *el Pasmao*, calló mientras ojeaba las páginas de un periódico pasado de fecha. Había un hilo del que tirar, pero al Bombilla le pareció corto. Entendió que tendría que salir él solo.

—Lo que pasa es que a mí no me queda nada aquí, solo mis abuelos, que están enterrados en el cementerio. A veces les escribo a mis padres las cartas que les mandan a otros que también emigraron cuando lo de la niña Esther... La gente se asustó mucho y a nadie le sentó bien que nos fuéramos, fuimos los primeros.

—Sabía que se había ido mucha gente, lo que no sabía era que tú también.

Recordó a Miquel, *el Catalanito*, de pie, al lado de su mesa. «Aquí es mejor no preguntar», le había dicho. Estaba decidiendo no preguntar, permitir a las ganas de saber quemarle por dentro como abrasan los finales que no llegan. En ese momento volvió el Gordo para ensuciar su quemazón.

—Bombilla, ¿a qué hora vas a casa?

—Pues a la de siempre, cuando acabe. —No pudo evitar cierta chulería.

—Pues me vas a abrir la puerta cuando llegues, que no me he traído llaves.

—Dime qué necesitas y yo te lo doy.

—Quiero que vaya el vendedor de pólizas este que está en el pueblo. Va a asegurar la casa para que cuando esté vacía no tenga que pagar las ventanas rotas. Espérame allí. —Y cerró la puerta sin más explicaciones.

—¿Tú le dijiste lo del cristal roto? —Federico salió a matar el silencio incómodo que se había formado—. Bueno, no ha hecho falta que se lo digas, ya sabemos cómo es esto. Ni que lo hubiera pagado él.

—¿Vosotros cómo os habéis enterado? No os lo conté.

—Ya se sabe cómo son los pueblos.

El Gordo había dicho «mi casa» y fue en aquellas dos palabras donde el Bombilla empezó a sentir que su suciedad crecía. Vivía en la casa de aquel hombre, rodeado de sus cosas, de facsímiles de la prensa provincial, de muebles viejos, armarios apolillados, alfombras carcomidas, un bolso viejo de cuero abandonado en un mueble.

Argimiro, el Gordo, pensaba en asegurar la vivienda como un primer paso para un desentendimiento mayor que, con el tiempo, llevara al olvido. Además, la protección pagada quizá supusiera que, si el doble acababa viniéndose abajo, por lo menos les dieran dinero.

No sabemos si las pólizas de las tumbas se firmaron o no, aunque tuvieron efecto inmediato porque, con tal de que el vecino no la cobrara, todos dejaron de atentar. Sea como fuere no nos interesa: siempre hay informaciones que no hacen al caso. Lo cierto es que, cuando llegó a su calle, el Bombilla tenía en la puerta a su casero y a don Luis. Fue ahí cuando recogió cómo vestía, cómo, a pesar de usar los mismos colores que la gente del pueblo, había una limpieza en el corte que a él lo hacía distinto. Se presentó a aquel hombre amablemente, hacía mucho que no sonreía a un desconocido, y abrió con asco la puerta a su verdadero propietario. Le dio vergüenza el frío de su interior, aunque nadie dijo nada, y los dejó hablando en la biblioteca sin libros como si fuera una pequeña venganza porque era aquel el cuarto que menos le gustaba.

Era ya de noche cuando se fueron, pero antes, no recuerdo por qué, el Bombilla se quedó a solas con don Luis. El hombre había ido hasta la cocina y mi amigo esperaba a que se fueran para hacerse la cena. Todavía le daba vergüenza cocinar si había gente delante. Aquello eran cosas de personas más adultas que él.

—Así que te rompieron la ventana, chaval.

Esperaba, de un modo u otro, que surgiera el tema, como los cuerpos vuelven a la playa, irónicos, cuando el mar ya los ha matado.

—Me ha contado Argimiro que tú no se lo habías dicho — prosiguió.

—No. Tampoco tenía sentido decírselo. Si hubieran roto más...

—Sabes que esos daños los tiene que pagar el propietario, ¿no? A ver si con estas cosas le vas a sacar tú de pobre.

Se quedó callado y una pequeña vergüenza le escoció en los ojos. Asintió con la cabeza. Él le puso una mano en el hombro, terriblemente cálida. Le pareció que cabía dentro de ella.

—No eres de aquí, ¿verdad?

—No, de Madrid.

—¡Menudo cambio! Aquí ya has visto cómo son...

—Sí. Llevo meses esperando a que algo se arregle en este pueblo para estar tranquilo, pero cuando no están con una cosa, están con otra.

El hombre sopló y meció la cabeza a un lado y a otro.

—Mira, por mucho que corras, por mucho que aceleres y te adelantes a lo que pueda pasar, hay cosas que no tienen solución.

El Gordo llenó el umbral de la puerta de la cocina con su llegada.

—Don Luis, ya estoy. Nos vamos cuando quiera.

Para despedirse de Héctor, don Luis, en lugar de darle la mano, cubrió la del maestro con las suyas.

—Cuídate.

El Bombilla quedó apoyado en el marco de la puerta de la calle, contemplando cómo se alejaban, extrañado de que la niebla no se les echara encima poco a poco hasta cubrirlos por entero. Ya era de noche y era una noche clara, sí, y arriba una escueta luna, pequeña y afiladísima, muy fría, le recordaba —me cuenta— que eran nueve meses de invierno y tres de infierno, como decían en el pueblo.

Era ya tarde cuando don Luis se quedó solo. «En mi casa estará ya la comida en la mesa», pensó. Siempre posponía el momento de la conducción, lo odiaba, así que antes de arrancar el coche, sacó de su bolsillo las dos cuartillas que le habían dado el Cejas y el Rubiolo y, bajo el reflejo de luz naranja de una farola, las miró. Ambas estaban arrancadas de cuadernos escolares y de su borde colgaban los trocitos de papel que las habían sujetado al resto de páginas: la cuadrícula azul y la línea del margen marcada, cerrando territorio

para la escritura. La que le había dado el Cejas respetaba esta pauta y, perfectamente enfilados, se leían los nombres de las personas a quienes había que asegurar el descanso de sus muertos. La caligrafía era pulcra, cuidada, las mayúsculas tenían los vericuetos y volutas de los manuales antiguos de alfabetización. A don Luis no le costó imaginar al Cejas repetirla una y otra vez, arrancar hojas hasta escribir una que le pareciera presentable, que ocultara las pocas horas de manejo del lápiz y la pluma. Ignoraba el Cejas que la falta de práctica se escondía precisamente ahí: en la cumbre redondeada de la hache, en el trazo único de las zetas, en la curvatura simétrica de la eme. La otra cuartilla, en cambio, estaba escrita a lapicero y a los nombres los acompañaban unos apellidos que se repetían tantas, tantas veces.

Tenía faltas de ortografía.

* * *

La noche se les había caído encima. Para solucionar eso siempre había una linterna en el maletero, junto a una caja con una garrafa de agua y un trapo. Nunca los usaba. Aunque tuvieran una labor.

Echó el agua rápido por encima del mármol mientras su padre la iluminaba. Luego limpió con la bayeta y su madre repasó la cruz. Después frotaron con energía las letras que formaban el nombre de sus abuelos. Cuando acabó, la Antillana cogió la linterna y revisó que no hubiera quedado ningún rincón sucio.

—Al menos no se han llevado nada.

La mujer mayor se agarraba las manos: parecía que las sujetaban las marcadas venas de sus dorsos.

—Hemos hecho bien en venir, no sabía que aquí había pasado esto.

Puso una mano encima de la lápida. Con la poca luz que quedaba cuando entraron allí, vieron que no había sobre las tumbas ornamento ninguno, que algunas de las cruces estaban rotas. Su temor se convirtió en resignación, en una extraña vergüenza que

más tenía de propia que de ajena: recordaron aquello de lo que sus antiguos vecinos eran capaces. Al salir se habían parado a rezar donde la niña Esther.

Cuando la Antillana contó a sus padres la posibilidad de asegurar la parcela del cementerio, ellos se extrañaron, y cuando les explicó lo que pasaba allí quisieron salir corriendo hacia Somino. No había logrado convencerlos de que se les haría de noche, de que no era práctico, de que ella los llevaría a la mañana siguiente a primera hora si hacía falta. Habían insistido.

—No hija, no, tiene que ser ahora.

Una seriedad de funerales revividos les llenaba las arrugas.

No sé si, al tomar de vuelta el camino de Villabriz, miraron hacia atrás o si pasaron por su antigua casa. Una casa blanca cuyo tercio inferior habían pintado de azul hacía décadas. Con manchas, debidas a que de las ventanas había salido fuego muchos años atrás.

Prefiero también que los padres de la Antillana, al verla de lejos, sintiesen una traidora añoranza.

Fin de la conversación

Héctor me ha contado tantas veces lo que ocurrió ese día que puedo escuchar su voz dentro de mí, una voz que me acompaña narrándome esta historia. A él, entre tanto, las patas de gallo le crecen hasta alcanzar sus sienes, y ya las arrugas de las manos comienzan a transparentarse en la piel antes de tomar relieve:

Sonaban golpes fuertes contra el metal, como si quisieran romperlo, arremetidas furiosas a una puerta con traba cruzada que alguien pretendiera abrir desde fuera. Los tañidos violentos, como bofetadas sobre la sien, dejaban un mareo similar al temblor que permanecía en el metal tras el impacto. Dicha vibración siempre quedaba interrumpida por la siguiente, como olas. Eran tan iguales las unas a las otras, tan exactas como el graznido de una urraca. Debía de haber un niño tirando de las cuerdas, en pantalón corto y con cara de sueño. El ritmo lento que se veía obligado a llevar le pesaba sobre las piernas; le aburría. Tocaba a muerto. Algo le hizo cambiar la forma de tirar cuando llegó el alcalde.

—¿Como en una boda, don Anastasio?

—Más, hijo, más, pero sin alegría, tú tira sin alegría, con nervio, eso las campanas lo notan.

Yo no sé qué tienen las campanas que son capaces de sonar distintas en cada ocasión, como si fueran orquestas en sí mismas. Recuerdo que el cambio en su canción me cogió cerrando la puerta de casa. Hacía días que tenía todo recogido y dentro del coche. Quería hacer la mudanza en un solo viaje, como si las puertas de la ciudad sitiada solo se fueran a abrir una vez. Cuando imaginé esta escena no sabía aún que mi salida de Somino iba a ser así.

Los tañidos venían empujados unos por otros, atropellándose. Tienen algo de prehistórico las campanas, como si hubieran estado ahí siempre, a disposición del hombre, en la naturaleza, en todas las

culturas, y él no las hubiera tenido que inventar. Comprobé que todas las persianas de lo que nunca había sido mi hogar estuvieran cerradas. Observé los saltos del revoco. El repique me metía prisa: no volvería a comprobar una vez más que había dejado todos los interruptores apagados, en posición vertical.

Caminé hacia atrás, de cara a la fachada, intentando retener de un golpe toda su amplitud. Una mano me agarró duramente el brazo y me obligó a detenerme. Era la Mayor, que caminaba como siempre delante de su hermana. Casi me choco con ella.

—Elvira, las campanas, vamos a la iglesia, ya no tocan a muerto.

Cogió por la nuca a su hermana pequeña y se la llevó a la iglesia.

Me metí en el coche y tiré entre los trastos de los asientos de atrás la última bolsa que había sacado de allí: iba llena de lápices, folios en blanco, colonia Lucky, una sartén que había llevado tras la Navidad... No me quedaba muy claro dónde guardarlos, así que no me preocupé por el lugar en el que cayeron y arranqué. Prefería no tener que volver allí por el coche al salir de clase.

Cuando llegué al colegio, la Antillana estaba aparcando. Me extrañó que no llegara antes. Me dijo que también ella venía del cementerio:

—¿Del cementerio?

—Sí, voy todos los años el veinte de junio a llevarle flores a la niña Esther, lo hace todo el mundo. Por eso tocaban a muerto antes, por el cabo de año. Pero algo ha debido pasar porque han cambiado el ritmo. Luego te cuento, vamos rápido a clase.

Sonreí a mi compañera, sin tiempo para preguntar nada. En unas doce horas, pensé, estaría tomándome unos vinos con mis amigos.

Cuando entré en clase, había asumido el sonido de las campanas y casi había dejado de oírlo. Me desquiciaban los nervios cuando tañían así. Me acordé de que siempre las toca un niño y de que, en algún momento, alguien debería sustituirlo para que viniera a clase, aunque fuera el último día. Asumí que quizás a nadie le preocupara que aquel chaval fuera al colegio. Luego supe por qué tocaban y pude entender que para algunos fuera más importante que el

muchacho estuviera allí que en la escuela. Como en todo, el tiempo ordena los sentimientos y las ideas.

Aquellas horas fueron insoportables. Los alumnos eran como soldados escuchando una soflama vencedora, tirando granadas sin miedo porque, hagan lo que hagan, ya han ganado la guerra y todo se limita al crecimiento de su disfrute con el destrozo de la ciudad que por tanto tiempo han sitiado.

Estuvimos jugando casi dos horas al juego del ahorcado y en los últimos minutos comprobé que los niños no lo hacían individualmente. Habían formado dos equipos. Severito, uno de los sobrinos menores del Atravesao, lideraba el Teso; el Tordón, el Llano. No solo tenían líderes nombrados en tácito voto: estaban organizados y sabían quién podía elegir la próxima letra, quién era más hábil, quién podría descifrar la palabra. Cuando llegó la hora del recreo y les abrí la puerta del aula para que salieran, sentí que abría una presa a punto de reventar.

—¿Qué pasa hoy? ¿Por qué no paran de tocar así, sin ritmo? — pregunté al llegar a la sala de profesores por última vez.

—Hay lumbre.

—¿Eh?

—Un incendio.

El Pasmao se estaba moviendo hacia la ventana. Yo me levanté sorprendido. No conseguí ver nada fuera de lo común.

—No, desde aquí no se ve. Es en el bosque —me dijo—. Están tocando las campanas para avisar a la gente. Mira, ¿no los ves allí?

Me señaló hacia la iglesia y la calle de las Aguas. Una cadena de vecinos corría pasándose unos a otros cubos de agua que iban llenos y volvían vacíos. Mi compañero chasqueó con la lengua. La Antillana negaba mientras veía a aquella gente corretear asustada, como animales desorientados ante un ataque.

—¿Van a parar el fuego ellos solos?

—No, pero tienen miedo de que llegue a sus tierras. Su bosque... Si hay algo que sea todo lo contrario a matar hormigas a cañonazos es lo que están haciendo ellos ahora. Si en el incendio mueren más

ciervos y el fuego llega a sus tierras, los del Llano tampoco comen el invierno que viene. Va a ser muy difícil que el fuego alcance las tierras de los del Teso.

—¿Por eso corrían esta mañana hacia la iglesia?

—Supongo que al oír las campanas, se imaginarían algo así y marcharían hasta allí para ver qué pasaba.

—Pero antes de eso tocaban como en un funeral.

Cuando pregunté aquello miré a la Antillana, que me sonrió con una luz triste.

—Murió hace muchos años —me dijo—. Yo era una niña y todavía vivía aquí. Tocaban en todos los veinte de junio, los cabos de año. También era el último día de curso. Todos los niños estábamos en la buchina de Arcadio, *el Pelao*, que la tenía en el patio de su casa.

—El abrevadero, donde los niños se bañan...

En ese momento, la buchina vino a mi mente con el sonido del agua fresca. Como una cara que te suena pero no sabes por qué. Un reflejo de ti mismo en un trozo de espejo que no sabes qué parte de ti te está mostrando.

—¿Y seguís llevándole flores a esa niña tantos años después? —le pregunté.

La tos del fumador interrumpió la risa de la Antillana.

—¿Tan vieja soy que te parecen muchos años? Lo son, pero todo el mundo lo tiene muy reciente, y todos los años el veinte de junio, a primera hora, los vecinos ya le han llevado las flores a la niña Esther. Hoy, cuando estaban yendo a dejarlas, han sonado las campanas llamando a incendio y se han dado la vuelta asustados. En algún momento volverán para dejárselas. Quizá mañana. Pero irán. Nos seguimos sintiendo culpables, con razón. Por animales. Por eso mis padres me dan todos los años un ramo de flores para que yo lo deje en su tumba. Ellos no quieren venir aquí. Tienen miedo.

Cuando cuento esto, me llevo instintivamente la mano al cuello y compruebo que está sudando. Suda como por el recuerdo, porque en aquel momento en la sala el aire se había vuelto denso, caliente,

tóxico, y empezaba a pesar a mi alrededor como una piscina llena de mercurio que lo ocupa todo. No había ningún ventilador en el pueblo y empezaba a vaticinar el aire entrando por la ventanilla del coche mientras conducía en mi huida hacia Madrid.

No dijimos nada más y, como cualquier otro día, cerramos la puerta de la sala de profesores detrás de nosotros para ir cada uno a nuestra aula. El recuerdo de los últimos minutos en el colegio me angustia por todo lo que estaba a punto de pasar. Mi voz tiembla a veces al recordar aquel siniestro juego.

Aquella última hora transcurrió con la inminencia de las vacaciones. Seguí intentando que jugaran al ahorcado, pero en un par de ocasiones yo mismo fui incapaz de poner de forma correcta el número de letras. Necesitaba que alguien se ocupara de mí y que capitaneara la situación para que al menos no hubiera ruido, para asegurarse de que las cosas quedaban como estaban cuando yo las había encontrado. Aquel curso me había dejado como a quien se levanta de una siesta mareado, triste y mucho más tarde de lo previsto. Sentí alivio en el momento en que, por última vez, mandé a gritos que se callaran.

Fue entonces cuando me propusieron cambiar los papeles. Se habían puesto de acuerdo los dos equipos, no sé ni cómo ni cuándo, o si fue algo espontáneo. Querían ser ellos quienes eligieran la palabra que adivinar, quienes dibujaran al ahorcado. Yo quien la adivinara.

Salió el Tordón con el Pájaro, el Llano y el Teso, y dibujaron seis líneas en la pizarra.

—Empieza.

—Consonante.

Me di cuenta de que no sabía qué letra elegir, qué peón mover sabiendo que iba a ser derribado. Elegí la letra B y ellos la tacharon y dibujaron también el primer palo de la horca.

—Consonante.

Aquello debería haberme divertido, pero me angustiaba y, según iba fallando letras, veía crecer la horca, la cuerda, la cabeza,

desesperado. No quería darles la victoria.

—Vocal.

La A tachada. Un brazo. La C no estaba. Otro. Se amontonaban, irregulares, las letras que se quedaban fuera, como balas gastadas. Había sido también incapaz de que mejoraran su caligrafía.

—Consonante.

La letra S coronaba las siguientes cinco, en medio la M. La V era raquítica, y estaba descartada. Quería gritarles que al menos escribieran bien. Dibujaron la primera pierna.

—Consonante.

Me di la vuelta. Estaba nervioso, con la vergüenza de estar tomándome en serio algo que no lo era. Cuando iba a volver a mirar al frente para tratar de adivinar la última letra, para darles la victoria, crucé mi mirada con el Catalanito. Él me estaba gritando con los ojos qué palabra era aquella. Podía ganar. Pero no tenía por qué hacerlo. Yo era el profesor.

Las campanas atronaban nerviosas de fondo. El otro forastero me miraba con los ojos caídos y cara de pena, agarrando con sus manos el pupitre como si fuera una tabla, como si quisiera llevársela. Quizás en él había algo, la muesca que hacen dos enamorados en la corteza de un árbol y que envejece con él al mismo tiempo que envejece el amor. A lo mejor yo había dejado en él un recuerdo bonito al que, cuando fuera adulto, acudiría con ternura y un poco, una esquina, de nostalgia. Cuando pensé esto, cuando vi su pena, decidí que ya estaba bien. Sin levantarme, cogí el borrador y golpeé con su agarradero de madera el encerado haciendo un ruido atroz. Interrumpí el juego. Cogí las hojas de las notas y los sobres.

—Según os las dé vais saliendo. ¡Largo! Tus notas. ¡Portero! Las tuyas.

Y mientras el griterío de afuera continuaba creciendo, mientras se alternaba con sonidos de puertas que se abrían y por las escaleras bajaba un ruido de derrumbe, mi aula se fue vaciando imperceptiblemente. Cuando llegué a las notas del Catalanito retiré su hoja y llamé al siguiente. Él sabía cuál era su turno, conocía el

orden alfabético, pero no levanté la cabeza para ver qué cara se le quedaba. Seguro que sería el único que se preocuparía si su boletín se perdía. Cuando el último de los niños salió de clase, desde el pasillo entraba ya el ruido de una alegría estridente, insoportable. De fondo, las campanas no callaban. Quedábamos únicamente él y yo.

—Chavalín, ven, que aquí tengo tus notas.

Cuando lo miré, vi que se aliviaba su cara de susto, pero que no desaparecía del todo su preocupación. Él no sabía por qué lo había dejado para el final. Yo tampoco.

—Tranquilo, hombre, que está todo bien. Tienes unas notas muy buenas. Bueno, las matemáticas no tan bien, pero algún día dejarás de darlas.

Sonrió ante la perspectiva de ese futuro tan lejano, a sus ojos casi imposible, y que hoy es ya pasado desde hace muchos bachilleratos. Me di cuenta de para qué lo quería: el último de mis alumnos. Era muy egoísta, pero lo único que me podía sacar de allí con un margen pequeño de triunfo.

—¿Has aprendido algo?

—Claro, mucho. Menos mal que tú me has dado clase. Me gustaría que en Barcelona, el año que viene, también me la dieras tú.

Y sentí que cualquier Somino, con cualquier clase, mientras tuviera un alumno como él, habría merecido la pena.

—Vosotros también os vais del pueblo, ¿verdad? —Respiré hondo, la noticia no me sorprendía—. Venga, enhorabuena por tus notas. Y ve afuera, que te estará esperando tu madre. Y gracias por intentar ayudarme a adivinar la palabra.

—Si yo no dije nada.

—Anda, afuera, que tu madre te espera —le repetí.

Repentinamente, antes de coger las notas, me echó sus brazos cortos y delgados al cuello y me abrazó fuertemente como había agarrado su mesa hasta hacía un momento. Me besó la mejilla. Cuando abrí los ojos, el Catalanito ya había salido corriendo del aula.

En el hueco de la puerta me miraba la Antillana.

—Ya está. Un curso más. O un curso menos. Nos vamos ya, ¿conducimos por delante de ti para indicarte dónde coger la salida a Madrid?

—No hace falta —le dije—, sé coger el camino directo. Pero prefiero irme de aquí con vosotros.

El pasillo principal de la escuela se parecía aquella mañana al del primer día que estuve allí: la forma de traspasar el sol las ventanas, de imprimirse en el suelo, el calor irrespirable y la puerta de metal cada vez más cerca. Me preguntó ella si no me daba pena...

Hoy diría que en aquel momento no tenía tristeza alguna, aunque es verdad que la Antillana contaba con su sarcasmo. En aquel momento solo sentía cierta lástima, el dolor abdominal por la incredulidad del que sabe que no volverá. Pero los dos sabíamos que aquella sensación era mucho más débil que el deseo de salir de allí, de llegar a Madrid lo antes posible. El calor me empujaba hacia adelante.

En la puerta estaba esperando el Pasmao, que me sonrió con cara de triunfo. Yo debería haberle correspondido también, pero tenía la seriedad del escapista. Salimos a la plaza. En ese momento, y como si hubiera conseguido encajar dos piezas con forma evidente, recordé la tarde en que los Verdes vinieron por segunda vez a mi casa para preguntarme si había una buchina en el patio. Me giré hacia la Antillana. Estábamos rodeados de vecinos que corrían.

—Antillana, tú me has dicho antes que había una buchina en el pueblo, ¿verdad?

El Atravesao pasaba a mi lado y se paró, me miró de soslayo, como si tuviera cristales en los ojos. Se alejó de allí deprisa, en dirección a la casa de su hermano. Yo ni me fijé, seguía atando cabos.

—Sí, claro. Enfrente de tu casa. Hoy es el patio de las chicas de teléfonos.

—Nunca había oído hablar de ella hasta que un día los Verdes me preguntaron si sabía algo de una buchina...

—No creo que a los guardias nadie les dijera nada. A la Mayor y

a la Menor no les haría ninguna gracia. A su padre menos. La niña Esther apareció ahogada en esa buchina, de repente. No sabemos qué pasó.

—¿Cuándo murió su padre? —pregunté entonces, nervioso.

—Hace muchos años. El mismo verano que la niña Esther. También él apareció muerto donde la buchina, aunque ya la habían quitado. Como para olvidarlo. Te lo cuento porque, ahora que te vas, ya te da igual.

No le pregunté más porque vi al Gordo a lo lejos.

—Esperadme, voy corriendo a devolverle las llaves y nos vamos —les dije a mis compañeros.

El calor venía con golpes de aire y solo quemaba un lado de la cara. Aceleré el paso casi corriendo hacia donde estaba el Gordo y le grité cuando todavía no había llegado a su altura: «Las llaves, las llaves». Se dio la vuelta con esa educación corta y displicente que aún hoy no soporto en nadie y las dejé caer sobre su mano, evitando tocarle.

—Ahora ya te lo puedo decir: no esperes ni un día para irte de aquí. Yo no lo haría.

Me recordó el director al asesino que reconoce serlo segundos antes de apretar el gatillo. Tuve la sensación de que me envidiaba. De todas formas, esa frase es un recuerdo que, de alguna manera, reflató años después. En aquel momento quedó tapado por otro más sólido porque oí que gritaban mi nombre, giré la vista y vi al Pasmao hacerme un gesto con la mano para que fuera corriendo hacia mi coche. El Cejas, acompañado de más hombres, entraba en la plaza de las escuelas buscando a alguien y con el atizador del fuego en la mano. Apreté el paso. Las campanas sonaban como si tuvieran prisa.

Le conozco, no me creo que Héctor no fuera a despedirse de la Mérita.

—¿No te despediste de la Mérita? ¿No estaba en la plaza?

—Sí estaba, recuerda que su hijo salió el último. Cuando empecé a correr me di la vuelta y le grité «Adiós». No me oyó.

—Eso no es despedirse.

—¿Qué iba a hacer?, ¿quedarme?

—Todavía no sabías que cortarían las carreteras por el incendio. Corriste por cobardía.

—Me fui porque el Pasmao me metió prisa, y también las campanas, y el calor que venía a golpes y que me podía dejar encerrado en el pueblo como había hecho la nieve. Joder, tenía las campanas metidas dentro.

—Pero eso no lo sabías. Lo que sí sabías era que el Atravesao te había escuchado preguntando por la buchina y que estaba entrando en la plaza con su hermano Severo, *el Cejas*, que llevaba un atizador para decirte que no te metieras donde no te llamaban.

Siempre acababa apareciendo él, el Atravesao: era el pescador que se beneficiaba del río revuelto. Venía con dos sobrinos mayores detrás. El Cejas, malmetido, llamaba con gritos a un tercer hermano, ya tenía bastante él con una hija que murió intentando huir de la Guardia Civil. Los guardias no llegaron a saber qué era lo que intentaba esconder la Negra, pero él sí porque leyó el informe del forense. Supo qué era «estar llena». En el informe estaba escrito que su hija tenía doscientos gramos de heroína envueltos en plástico dentro de la vagina. Por eso había heridas que indicaban que no era la primera vez que ocultaba droga. Ya te imaginas que todo esto sería por los oscuros negocios de su familia. Él tiró el informe a un contenedor y lo sustituyó por cuartillas en blanco para que su mujer nunca lo supiera. ¡Tenía que protegerla a ella y a los suyos! Solo quería protegerlos...

—¡Yo solo preguntaba por la buchina!

—Es verdad, perdona, ya sabes que la edad me empieza a afectar a la memoria —reculo, no quiero ser agresivo, aún tiene cosas que contarme antes de llegar al final—, pero tienes que darte cuenta de que él solo sabía que tú preguntabas de más. En el pueblo no gustaban los forasteros, los testigos. El que pregunta por una cosa puede tirar de la cuerda y acabar preguntando por otras. Así te lo dijeron la Antillana y el Pasmao antes de salir corriendo,

¿no?, por eso te metieron prisa. Como las campanas.

Y como las campanas Héctor se acelera para poder salir una vez más del pueblo:

Mis compañeros tenían ya un pie dentro de sus coches y me sonreían con prisa, como animales que defienden con su vida la de sus cachorros. Abrí la puerta del 127 con rapidez. Cuando iba a cerrarla escuché hablar al Pasmao.

—Ha sido un placer, Héctor Cruz Fernández.

Al girar la cara para sonreírle, él ya había entrado en su Citroën 8. Escuché decir a Sagrario:

—¡Chaval, arranca!

Recuerdo que cuando puse la llave en el contacto del coche, la Antillana ya estaba en camino y salía de la plaza, como si tuviera prisa. Me hizo un gesto para que me apresurara. El Cejas y el Atravesao venían hacia mí: los mismos que, como decían en el pueblo, llevaban tiempo metidos en negocios con el diablo. Giré la llave y, con dos volantazos secos, fui capaz de sacar el coche de la plaza, de manejarlo como si hubiera aprendido a conducir allí, en las calles estrechas de Somino. Dejé al Atravesao y a sus hermanos atrás, corriendo detrás del coche. El olor a rueda quemada se colaba por la ventana junto con el sonido de las campanas, que marcaban el ritmo de mi huida, empujándome. Apreté el volante con fuerza, tenía las manos empapadas de sudor. Todo era demasiado urgente como para parar a ponerme las espuelas. Los regueros de sudor que pasaban por mi frente y se acumulaban en el contorno de mis ojos me picaban y parecían lágrimas. Tomamos la recta que iba diseminando las casas, se veía ya a lo lejos el cementerio y, tras él, el cartel que tachaba el nombre el pueblo. Yo iba pegado al coche de la Antillana, rozando su parte trasera. Noté que ella frenaba un poco para mirar a un lado al pasar a la altura de una de las últimas casas. Había una tiznada de negro en sus ventanas, con señales de haber pasado por un incendio al menos, otro, muchos años atrás. Una de las muchas que estaba abandonada en Somino. Con letra roja, desteñida por el paso del tiempo, en su fachada alguien había

escrito la palabra *traidores*.

* * *

Me gusta interrumpir a Héctor aquí, cuando coge carrerilla y se emociona. Si lo detengo con preguntas consigo sentirme en parte protagonista de la historia.

—Quizás esa había sido su casa —inquiero.

—Puede, no lo sé.

—Quizá, por querer sus padres abandonar el pueblo, le prendieron fuego cuando la Antillana era una niña. Quizás hablaron de irse antes de tiempo y todavía vivían dentro cuando una noche los de Somino tiraron sobre su tejado botellas ardiendo.

—Puede ser, tenía el tejado hundido, y cuando ella hablaba de Somino y de su salida de allí, lo hacía con verdadero horror. Ya sabes que sus padres nunca volvieron. Creo que se fueron a finales de ese verano. Parece ser que cuando murió el padre de la Mayor y la Menor.

—Ya, ya me lo has dicho, te repites.

—Vale, eh, perdona.

Sé que no siente ese perdón, que solo quiere contar esta historia porque le gusta. Que intenta acotar mi comportamiento tóxico. Me gusta pensar que él también me utiliza para poder disponer de un receptor. Lo pienso para consolarme. Héctor reemprende la narración:

Había mujeres que entraban en el cementerio con coronas. La mayor parte debía de estar ayudando a los hombres a acarrear agua para intentar que el incendio no avanzara. Cuando nos acercábamos al cartel que indicaba el fin del pueblo, otra pareja de la Guardia Civil, otros Verdes, nos detuvieron. Recuerdo sentir cómo dentro de mí yo seguía galopando, tantas veces había imaginado pasar por ese cartel, dejarlo atrás con el coche tan cargado como iba, y ahora nos paraban justo antes de llegar a él. Los guardias se dirigieron al coche de Sagrario y cuando ella bajó la ventanilla le dieron unas

indicaciones. Después, con un gesto, me pidieron que la siguiera. Alcanzamos a ver que más adelante habían cortado la carretera. Nos estaban ordenando que saliéramos por otra. Era un camino de tierra que yo nunca había visto y que bordeaba el bosque por otro lado. Íbamos lo más rápido posible, pero la polvareda que levantábamos nos impedía ver bien y no nos dejaba avanzar a más velocidad, dándole al aire densidad de cemento. Salimos de Somino sin darnos cuenta, sin cartel que lo indicara, envueltos en una nube marrón que se pegaba a la garganta, rodeados de hierbajos amarillos de puro secos. Ni siquiera la proximidad del bosque me alivió de aquel calor tan inmenso. Por lo que me ha dicho el Pasmao en otras ocasiones, cuando alguna vez le he escrito o llamado, creo que aquel día pasamos por el lugar en el que la Negra se había matado.

Federico, *el Pasmao*: tengo celos de él. A él Héctor lo admira. A mí no. Le pregunto, porque no voy a quitarle al antiguo compañero de Héctor el papel que le corresponde: el de testigo.

—El Pasmao tenía que conocer bien el lugar. Él lo vio todo. —Esta historia ya la hemos completado, entre él y yo, en otras ocasiones, rellenando con suposiciones los huecos que nos faltan; sin embargo, que Federico estaba delante lo sabemos.

—Sí, ya sabes que el Pasmao lo vio todo. Muchos años más tarde, él me contó que la Negra fue a su casa la noche en que murió porque estaba obsesionada con que alguien la descubriera. —Héctor acelera el ritmo de sus palabras, como si al revivir su marcha de Somino la estuviera perpetrando y quisiera llegar al final—. Que fuera un tema de drogas por el que retuvieron su cuerpo en la morgue es algo que tú y yo hemos supuesto por haberlo leído tiempo después, porque, además de lo que sabemos gracias a Federico, leímos en un periódico que por ahí pasaba la ruta con todos los alijos que entraban a Madrid. Por eso hemos imaginado que se había metido en la vagina doscientos gramos de heroína, por si no podía ir luego a buscar el resto que dejó escondido cuando le pidió al Pasmao ese favor aquella noche en su casa. Hemos creído todo este tiempo que eso era estar llena y por eso se retrasaba la

autopsia.

—Lo de los doscientos gramos me lo has dicho tú —diciendo esto desquicio a Héctor, lo sé.

—Lo has dicho tú antes. ¡Crees que Severo lo leyó en el informe!

—Eres tú el que piensa que «estar llena» significa eso, ya lo has comentado otras veces, pero puede que con eso quisieran decir que estaba embarazada.

Héctor tiene ahora la mirada grande, como si deseara sepultarme con ella. Habla, se da cuenta de que la historia es suya y no mía:

—Si hubiera estado embarazada no habría huido de los guardias. Lo que yo oí en el bar de Somino, al principio de aquel curso y de refilón, era que «estaba llena». Muchas veces te imaginas algo tantas veces que al final te parece que estabas allí, pero realmente estabas en tu casa —tiene razón—, a todos nos ha pasado. Por eso asumimos con certeza que llevaba doscientos gramos escondidos en su vagina, aunque nadie estuviera allí para verlo ni sepamos realmente si eran doscientos, o trescientos o cien. Pero qué más da, te estaba contando cómo salimos del pueblo y casi nos quedamos aislados.

—Me vas a decir ahora que todo el asunto de la muerte de Antonia no te preocupó mientras vivías en Somino.

—Somos muy mayores, pero por mucho que tus gemelos te saquen ya una cabeza y mis hijos me vayan a pillar dentro de poco, sí recuerdo bien que aquello me preocupaba mucho, como todo lo de aquel pueblo. Si no, no te habría contado esta historia tantas veces. Parece que no tienes vida propia, Javier.

Mi nombre, Javier. No sé si es mío. No sé si tengo vida propia. Héctor es tan inteligente que da en el clavo sin saberlo. Sé que un día, cuando se dé cuenta de cómo lo vampirizo, huirá de mi lado. Él sigue hablando.

—El Pasmao y su mujer son gente que apenas ha salido de Villabriz y que nunca habían visto ni siquiera un alijo. Se asustaron también y él fue a esconderlo en el bosque. Por eso vio de lejos como los Verdes cerraban los ojos del cadáver de la Negra.

—A veces das por hecho que todo sucedió así. Era de noche, él no tuvo por qué verlo todo bien, seguro que se inventa algo.

—Todos imaginamos lo que no vemos para explicarnos las cosas.

Tiene razón, yo también imagino las partes de mi vida que no veo. Lo que habría ocurrido si no le hubiera robado mi propio nombre a otro Javier Román. Se le calma el enfado a Héctor. El mal humor siempre le dura poco. Sigue contándome:

—Es igual que el calor que recuerdo. Es igual que el olor a rueda quemada que entraba en mi coche el día que dejé Somino. Yo pensaba que era por derrapar, pero era imposible seguir derrapando a aquella velocidad. Era el olor del incendio que estaba ya muy cerca. Y ¿cómo lo olía con las ventanas cerradas?, ¿me puedes explicar, Javier, por qué oía las campanas tañendo nerviosas si estaba dentro del coche y ya lejos del pueblo? Era imposible. Y, sin embargo, las recuerdo, y recuerdo que encendí la radio y que la escuché con toda nitidez y no puede ser, no pude escuchar la radio. Escuché, Javier, que había un incendio que quemaba miles de hectáreas y que la localidad de Somino se había quedado incomunicada. Y escuché también cómo el locutor informaba con gravedad de que las autoridades no descartaban que el incendio hubiera sido provocado para matar a dos Guardias Civiles que estaban allí, aislados en el momento en el que los focos se declararon. ¿Cómo lo pude oír, Javier? ¿Cómo quieres explicación para esta historia si yo recuerdo el sonido de la radio con nitidez y era de sobra conocido que al bosque no llegaban las frecuencias?

Todos damos por hecho cosas. Yo también. Doy por hecha mi vida anodina y a Javier Román. Y nunca lo he visto. Solo he oído hablar de él.

Tercera parte

Los remitentes

Un viaje de vuelta

La tarde en que las circunstancias y él mismo decidieron que Javier Román cambiaría para siempre su nombre por otro igual, pero que no era el suyo, hacía ya nueve meses de su primera incursión en la vida de otro.

Aquella tarde caminó en torno al hotel Ritz imaginando cómo serían las moquetas de su interior, las falsas columnas adosadas a sus paredes, el olor de las chicas que lo limpiaban impregnado en las esquinas de las toallas siempre inmaculadamente blancas. Luego caminó hasta la avenida Ciudad de Barcelona, donde, únicamente para subirse al scalextric de Atocha y ver la glorieta desde arriba, cogería un autobús que lo volvió a dejar en el paseo del Prado. No había quedado hasta la noche con su amigo Marcelo Blecua y Javier Román no sabía cómo matar el tiempo.

Aquella mañana acababa de firmar unos papeles que significaban su abandono definitivo de la carrera de Medicina.

Había sido un ofrecimiento de Virucha Díaz-Mangala, a quien había conocido en la puerta de un torneo de tenis del colegio del Pilar el anterior mes de abril. Él, tenista aventajado y estudiante de Medicina, había ido eliminando, sin demasiado esfuerzo, a sus contrincantes en las primeras rondas y así, sin saber cómo, vio su nombre apuntado en una pizarra que anunciaba que para el día siguiente, en el colegio de Nuestra Señora del Pilar, jugaría las semifinales.

Perdió contra aquel pijo de raya a un lado al que había visto el Marlboro que él no se podía permitir. Pero no solo golpeaba contra su oponente, también golpeaba contra su propio tabaco de picadura y sus zapatillas de segunda mano y contra su raqueta fea y deshuesada, con la empuñadura deshecha, su esparadrapo renegrido cayendo en espiral, y contra un deporte que le quedaba

grande al plegatín en el que siempre había dormido. Lo hacía porque quería el dinero y llevar a sus hijos no concebidos a ese colegio donde los maestros llevaban gemelos y ellas olían a perfumes caros de Galerías Preciados y no a polvos de talco. Un colegio alejado de las carreras delante de los grises, un lugar donde todo era cobertura de azúcar y bartolillos de crema. Como si la victoria en un campeonato de tenis interprovincial pudiera conseguir eso, como si aquel encuentro de aficionados pudiera cambiarle la vida. Empezó a pensar que no ganar era también perder.

—Para venir así, con esa raqueta y esas zapatillas, casi nos gana.

Siguió caminando. Se prohibió a sí mismo darse la vuelta o contestar. Cruzaba la puerta del patio de aquel pulido colegio cuando Virucha Díaz-Mangala lo paró.

—Enhorabuena. Javier, ¿no? Me puedes llamar Viru.

Evitó, hasta que no tuvo más remedio, decir que era madre de uno de los alumnos y que su hijo había sido eliminado en la primera vuelta.

Él la olió. Olió la madera de sauce del abanico que llevaba y olió sus pendientes de oro. Rematados en una perla. Olió que no llevaba medias y, cuando se la quitó, la seda de la combinación que llevaba debajo. Nunca se lo contó a sus amigos y quizá por eso no recuerda en qué momento ella empezó a caminar a su lado para luego decirle que lo esperaba media hora más tarde en el Hotel Wellington. Tampoco sabe cómo llegaron al momento en que se despidieron, cuando ella le extendió un papel con el número de su casa ya apuntado.

—Llama sin miedo. Si a mi marido le da igual, él también tiene lo suyo.

La siguió viendo durante toda la primavera.

En aquellas ocasiones, que siempre discurrían en la misma habitación del Wellington, ella le preguntaba por sus alumnos, por las perras que se sacaba entrenándolos, ignorante de que Javier Román tenía muy poca experiencia como tutor de tenis. Tampoco sabía Virucha que él en realidad era un desapasionado estudiante de

Medicina. Lo que no sabía él era que su amante preguntaba por cumplir, y que era indiferente a todo lo que ocurriera fuera de la habitación 413.

La moqueta del hotel suavizaba su mentira y hacía que esta anduviera con pasos quedos y amortiguados. Se envolvía en las sábanas almidonadas y casi rígidas de la cama de la 413 y parecía más atractiva y pertrechada en los espejos, cuando se miraba de refilón al pasar ante ellos. Aquella mentira olía al jazmín de los jabones del baño y abría tímidamente la puerta de la habitación cuando les llevaban rusos para merendar.

Y así llegó a finales del mes de mayo, frotándose contra aquella mujer y contra las sábanas del Wellington. Ya era consciente de que perdía el curso por puro desinterés cuando ella, inclinando el cuello a un lado, luego a otro, para ponerse los pendientes —todavía desnuda—, le comentó que el entrenador del Colegio del Pilar se casaba y se marchaba de Madrid.

—Si estás cansado de entrenar niños sueltos que te pagan cuatro perras, te puedo recomendar para el puesto. Se dan clases todos los días y está bien pagado. Era para un entrenador de toda la vida del Club de Campo. Pero puedo hacer que sea tuyo.

—¿Cómo?

—El otro día, en una junta con los padres de los alumnos, salió a relucir el nombre de este señor y... se llama exactamente como tú: Javier Román. Nadie le pone cara, solo yo. Te puedo hacer pasar por él.

—No sé, déjame pensarlo.

—Ay, chico, me dejas turulata a veces. Sabes que te conviene.

Cuando ella se dio la vuelta, él metió rápidamente en su mochila los jabones del hotel. Después bajaron en el ascensor, ella con los labios duros y rugosos, enfadados. Pretendidamente tensa.

Antes de salir del hotel, Javier Román le dijo a Virucha que lo recomendará para el puesto.

No sabía cómo se había metido en aquel lío y había firmado los papeles para ser el profesor de tenis de aquel colegio con olor a

champú Klorane. Ahora él era capaz de percibir que en la Complutense sí se oían las pisadas porque no había moqueta, y que el olor de la comida al por mayor se extendía por todo el edificio. Por eso le parecía que su cuerpo iba desprendiendo olor a cocido barato según pasaba por la sala Lido y bajaba hasta Cibeles. Amenazaba tormenta. Se hizo de noche de pronto y miró hacia arriba: no sabía cómo, pero unas nubes gruesas y negras lo habían cubierto todo rápidamente, arrugando el cielo como si lo apretaran entre sus puños.

Javier Román caminaba, por primera vez, mirando al suelo. Pronto lo haría siempre así, para que no lo reconocieran. Levantó la cabeza cuando vio el resplandor del primer rayo. Había llegado, sin saber cómo, a la Puerta de Alcalá. Sobre su hombro cayó una enorme gota helada y —al volver a mirar al suelo— se percató de que en la acera se dibujaban círculos oscuros, contundentes. Una lluvia fría y gruesa caía del cielo con urgencia, como si quisiera descargar rápido para volver a dar paso al sol. Miró alrededor, buscando un lugar donde no empaparse. Los bares le parecían de otro mundo, de ese mundo del colegio de Nuestra Señora del Pilar. Cuando notó cómo su pelo se humedecía, corrió hacia la Puerta de Alcalá para resguardarse bajo sus arcos. Se sentía ridículamente expuesto. Se dio cuenta de que iba a tener que contar la verdad sobre su viaje o al menos afrontar que iba a dejar la carrera. Que tenía ahora un contrato a nombre de otro.

Levantó los ojos. Alguien le había dicho —o quizá lo había leído— que la Puerta de Alcalá tenía las dos fachadas distintas: un capricho de Carlos III. Cuando escampó, salió de ella por el otro lado. Efectivamente, era distinta.

Llegó al lugar donde había quedado con Marcelo Blecua en la calle Echegaray, también después de descubrir que, por azar y tras su paseo, había acabado otra vez en Atocha. La Venencia era un lugar que ni se restauraba ni se limpiaba desde principios de siglo y varios gatos callejeros se subían a las mesas y olisqueaban sin pudor las patatas fritas con boquerones. Olía a polvo, y una bombilla

amarilla y gastada daba más sombra que luz. Pidió un vaso de manzanilla.

—Y un par de celtas, por favor.

—Un par, un par... A ver qué día os compráis un paquete, jodía juventud...

—¡Yo llevo un paquete!

Marcelo Blecua entraba por la puerta con los brazos abiertos. Sonreía abiertamente. Llevaba un polo verde de grecas chillonas y sus pantalones de campana habían absorbido el agua de la lluvia casi hasta la altura de la rodilla.

Se habían visto hacía apenas unos días, pero se abrazaron con fuerza, como si llevaran tiempo alejados. Así estaban cuando Javier Román abrió los ojos y, sobre el hombro de su amigo, descubrió una presencia inesperada: Héctor Cruz los miraba sonriente y a la espera de unirse también al abrazo. Hacía casi un año que no lo veía y le notaba los hombros más anchos, más consistencia, como si asentara más firmemente en el suelo. Se había dejado barba.

—¡Héctor! No sabía que estabas ya por aquí.

—Claro, como tú no vienes a verme... —reía, echándole en cara amistosamente que apenas habían hablado en los últimos meses. Lo hacía con zarpazos suaves y amistosos típicos del cariño masculino —. Acabo de volver hoy a Madrid, he dejado el coche en casa y me he venido. Marcelo me dijo que os ibais a ver aquí.

—Y el coche, ¿lo ha aparcado el portero o no le has dejado?

Tenía cara de cansado, pero Héctor forzaba a la alegría a salir sobre el abatimiento. Hizo caso omiso del comentario. Su coche llevaba ya muchos rayones que los que habían sido sus vecinos habían hecho adrede.

—Casi no llego. No veas que problemón he tenido.

—¿Qué te ha pasado? Traes cara de *arrastrao*.

Héctor dudó sobre si su rostro contenía el cansancio de todo el año o solo el de las horas de conducción en lo que parecía una huida hacia delante.

—Nada, un incendio en el bosque del pueblo. Hemos salido de

allí por los pelos.

Pidieron una botella que duró poco, a la que siguió otra, y otra más. Héctor se dio cuenta de que él no había callado y de que Javier Román parecía demasiado atento. Decidió preguntar.

—Oye, ¿y tú? ¿Qué ha pasado con tu carrera este año?

—Ya te contaré... Oye, vamos a cambiar de sitio.

—A uno que pongan música, ya no me acuerdo ni de lo que es.

—Héctor se levantó el primero, ansioso por moverse, por ir a algún lugar donde hubiera mucha gente.

Caminaron por la calle Echegaray, todavía húmeda. Se rieron y se dieron collejas ocasionales, golpes con los hombros. Ninguno de los tres se acordaría de aquel trayecto, pero sí del siguiente bar en el que estuvieron.

—Voy a invitaros a un Courvoisier, coño, ¡que ya estoy de vacaciones y hay que celebrarlo! —gritó Marcelo.

Los otros dos quedaron apoyados en la pared, aplastados bajo las tres botellas de manzanilla, con los cigarros colgando un poco bobamente de sus labios. Había una chica rubia, con el flequillo corto, que llevaba una minifalda muy ajustada.

—Esa está neumática, Héctor. Si es una extranjera de esas le hablaré por señas.

Había un espejo a su izquierda, se peinaría el flequillo e intentaría bailar con ella.

Si hubiera podido verse la cara, Javier Román habría notado cómo sus ojos se abrían, cómo su borrachera levantaba rápido el vuelo y se alejaba. El espejo le mostraba que detrás de él había gente bailando, sí, pero él no se veía reflejado por mucho que se pusiera de puntillas y moviera el cuello para buscar su cara. Se llevó una mano al pelo, pero tampoco ese movimiento apareció en el espejo. Se acercó, quizá no se distinguía entre la multitud, pero cuánto más se acercaba al cristal, menos capaz era de verse. ¿Dónde estaba su cara?, ¿por qué no se encontraba?

—Eh, cuéntame qué es eso de que vienes a Madrid. Oye, ¿qué te pasa?

Héctor le había puesto una mano en el hombro. No fue hasta ese momento cuando relajó su gesto porque se dio cuenta de que si lo que tenía delante hubiera sido un espejo, habría visto a su amigo en él. Pero aquello era solo un hueco en la pared que comunicaba con una sala similar.

—Nada, nada. Y casi que prefiero que me cuentes tú detalles del pueblo ese.

Se dio la vuelta y lo miró. Olía a Lucky. Como el colegio del Pilar, como los hombres del Wellington que no olían a Brumel. Marcelo volvió con los coñacs.

—Esta música que suena es lo último, si la escucháis con los ojos cerrados es como estar entre dos aguas.

Javier Román respiró tranquilo: seguro que Héctor tenía historias que contar. Así él no tendría por qué desvelar la suya.

La muerte de Abel

Nunca había sido suficiente que fuera el primer universitario de su familia. Su padre no fue capaz de entender el empeño que la madre había puesto en mandar al chico a la ciudad. «Es una inversión», le decía. Aquello suponía, a todas luces, salirse del camino marcado para tomar otro que, según el progenitor, «no, porque no». Si al menos hubiese estudiado Medicina o Veterinaria o Derecho... Pero no, su hijo mayor había querido ser biólogo: un oficio que, a todas luces y a ninguna, él no había acabado de comprender.

—¿Que el crío quiere ser qué?

Su mujer lo había sentado en la cocina y había abierto el tiro para que saliera el aire caliente y crepitante. Le había puesto delante un chato de vino y luego otro y otro más para acabar con una copa de coñac y así, no sabía cómo, había conseguido que él acabara yendo a la ciudad para sacar dinero de la cartilla y pagar la matrícula.

—Además, el pequeño no va para estudiante: solo tenemos que hacer esfuerzo con Cesáreo.

Así fue como Cesáreo se fue del pueblo para volver ya convertido en el Estudiante. También fue entonces cuando su hermano empezó a manejar las tierras de la familia con quince años. Y Julio, el padre, fue perdiendo vida y cuerpo, imperceptiblemente, en el brillante sillón de escay desde donde escuchaba la radio parte tras parte. Y en esas estaba cuando su hijo pequeño llegó con el primer filete de ternera recién cortado.

Abelardo, el pequeño, había levantado hacía unos meses un establo con ayuda de los mozos del pueblo, y lo había llenado de vacas y terneras. Era pequeño, pero bien era verdad que pronto crecería si todos los filetes sabían como el de aquel ternero,

sacrificado a primera hora. La gente se mataría por comprarlos.

El orgullo que se había levantado en Julio al probar el primer bocado del filete se arrugó un poco en sus esquinas al acordarse del mayor. Ahora ya había hecho carrera y vivía en la ciudad en un piso que tenía en propiedad.

A Cesáreo este tema de la carne se le clavaba en las cicatrices que experimentos fallidos le habían dejado en sus manos. Cada vez que volvía de hacer una visita en el pueblo, apoyaba frustrado las dos manos en la encimera de la cocina para después golpearla.

—¡Que mire esto! —y le mostraba a su mujer las manos llenas de manchas de antiguas quemaduras—. ¿No vale esto?, ¿no vale esto igual que los callos de las manos de mi hermano? —se quitaba entonces las gafas, enormes, de carey oscuro y grueso cristal—, ¿y esto?, ¿esto tampoco vale?, ¿o es que no las llevo por haberme dejado los ojos estudiando? ¿Qué quiere? ¿Qué es lo que quiere?

Hablaba en raras ocasiones con su padre, y siempre por teléfono. Cuando rebrotó, tiempo más tarde, el asunto de los ciervos, mantuvieron su conversación más larga. En aquella ocasión el asunto trascendió al bar del pueblo:

—¿Te acuerdas de aquel año que no dimos carne de ciervo porque aparecían muertos? Cuando aparecieron a la puerta de la iglesia cortados a cachos. Pues parece ser que el Estudiante ha descubierto de qué se morían.

—¿Y de esta viene a enterarse de lo que les pasaba? Porque algo ha llovido...

Cuando el biólogo repitió las pruebas una y otra vez a aquellos tubos de sangre que llevaba años congelada, notó cierto nerviosismo en su estómago. Quería llamar a su padre, decirle que había descubierto el ridículo motivo por el que en aquel invierno tan crudo los ciervos morían y ningún bar pudo vender su carne. Aquello había salido en los periódicos, lo habían radiado en los partes y nadie, ni siquiera don Roberto, el veterinario, había conseguido adivinar cuál era la causa. Ahora, a destiempo, Cesáreo quería ofrecerle la noticia, darle el logro conseguido como quien entrega un diploma o las llaves

de una casa: él había descubierto por qué aquellos animales morían. Esto su padre sí tenía que entenderlo.

El hallazgo había llegado una tarde de no demasiado trabajo, y lo había hecho con aburrimiento. Los carámbanos de las ventanas no se habían deshecho durante todo el día y ya la luz escaseaba al otro lado del cristal. Quizás era aquella la hora de quitar la escarcha a las cámaras frigoríficas donde se guardaban algunas pruebas. Comenzó esa labor con hastío.

Fue en el instante en que se encendieron las farolas de la calle cuando cogió un tubo de sangre congelada que se había quedado incrustado al fondo del frigorífico y leyó la fecha. No era de hacía demasiados años, pero no fue eso lo que lo impresionó, sino el nombre del lugar y el animal del que procedía: «Somino, sangre de cérvido joven. Comprobar causa de la muerte». Se inclinó con más ahínco sobre la cámara y sacó otros tres tubos idénticos, sepultados en escarcha de hielo, con el mismo mensaje y fechas casi consecutivas.

Olvidado el aburrido propósito de descongelar las cámaras, arrancó la etiqueta de la primera muestra y sometió la sangre a las pruebas más inútiles, recordando la emoción de los primeros días en que pisó un laboratorio.

Con tranquilidad, anticipaba los resultados de todas aquellas pruebas de las que en su día se habló en el pueblo y que habían resultado negativas: lengua azul, carbunco... Sin duda, don Roberto, el veterinario, que en paz descanse, tuvo que haber ido de cabeza. Cuando acabó miró el reloj: le quedaba media hora más allí dentro, y los resultados de las pruebas tardarían todavía días en alumbrar lo evidente. Por lo menos se había entretenido.

La luz anaranjada de una farola restallaba en la ventana. No le gustaba aquel color, era una versión falsa y triste del atardecer de Somino. A veces lo echaba de menos: aquella infancia en la que él y su hermano eran iguales ante los ojos de su padre. Caminó hacia la ventana; bajaría la persiana para ahorrarse esa luz impostora. Antes de hacerlo, al mirar al exterior, suspiró; una chica joven, muy joven,

solo con la mitad de los dientes y la cara demacrada, los pómulos angulosos y marcados, el pelo largo y grasiento y unos ojos que se le desbordaban de las cuencas por los cauces de las ojeras, le estaba insultando, helada de frío, desde la calle. Probablemente no llegara a los diecinueve años y los huesos de su brazo parecían asomar a través de los delgados codos, apenas cubiertos por un jersey.

—¡Un pico! ¡Págame un pico, hijo de puta!

Cerró la persiana de golpe. Para entretenerse podría hacer más pruebas a aquellas muestras en la media hora que le quedaba.

* * *

Cuando entró en casa lo hizo a la carrera, como si la noticia de lo que había descubierto fuera a perder valor al enfriarse.

—Te estaba esperando para cenar, ¿qué hacías?

Cesáreo le contó a su mujer lo que había descubierto en la última hora. Ella entendió lo justo para saber que aquello no solucionaba nada y que a lo mejor le solucionaba todo a su marido.

—Llama a tu padre para contárselo. Le gustará saber que has sido tú quien ha descubierto qué pasaba.

Ella se sentó en la cocina mientras su marido descolgaba el teléfono y hacía girar la rueda de los números. Ante su madre intentó contener el entusiasmo, como si aquella llamada no fuera importante para él, como si quisiera ponerle una presa a la avalancha de elogios que, por fin, parecía digno de recibir. Ella lo percibió:

—Anda, anda, cuéntaselo tú.

Julio se levantó del sillón y se encaminó hacia el teléfono mientras parecía masticar el palillo que ahora no llevaba en la boca.

—Dame —dijo mientras alargaba la mano hacia el auricular.

—Papá, ¿te acuerdas de los ciervos?

—¿Qué ciervos? Ciervos veo todos los días.

—No, los que murieron y nunca supimos por qué, el año que te

araron la tierra del revés y te la jodieron. Abelardo se metió en una pelea en el colegio por eso, me acuerdo que su maestro era un forastero...

—Sí.

Se lo contó como quien lee ante un tribunal una tesis doctoral por mucho tiempo preparada, seguro de su victoria y temeroso a la vez de que al jurado no le pareciera suficiente, no la entendiera o, peor, no quisiera entenderla:

—Así que has descubierto por qué se morían. Enhorabuena.

—Gracias, papá.

—Una pena que eso no sirva para nada.

La sonrisa de Cesáreo se desvaneció como un pastel sacado del horno antes de tiempo mientras al otro lado su padre, con un tono de voz aun más seco y más parco del que empleaba habitualmente, pasaba el teléfono a Abelardo, que por casualidad estaba allí.

Su esposa vio cómo la cara de Cesáreo perdía el color de la alegría. Cómo le quitaban el entusiasmo y se veía obligado a apoyarse en la pared de baldosa hidráulica de la cocina, mareado ante la falta del peso de la ilusión. Se levantó y le cogió la mano libre. Él la movió como si no le hiciera falta su presencia. Hablaba ahora con su hermano: el relato sobre el hallazgo de la añeja causa de la muerte de aquellos ciervos se había acortado a dos frases exactas, que derribaban con su determinación cualquier tipo de vericuelo o adorno. De repente parecía imposible contar la historia de otra manera, más inútil incluso su sentido si se narraba la forma tonta gracias a la que había dado con la respuesta, haciendo pruebas al buen tuntún y sin aparente sentido a unas muestras de sangre por puro aburrimiento.

—Qué curioso, tú... Ya sabes cómo se pusieron las cosas por aquí después aquel año... Por cierto, ya que hablamos de esto, ¿cuándo me haces los análisis de mis animales? Cualquier día me pillan vendiendo carne como un furtivo, sin controles de los que manda el Ministerio, y me meten al trullo.

—Este fin de semana sin falta, Abel.

Realizó aquellos análisis sin tardanza y con la cabeza gacha, como si quisiera olvidarse del trámite pronto y no volver a mezclar su oficio con su familia. No le hizo falta tiempo a Cesáreo para arrepentirse de aquello. Cuando vio los resultados y volvió a llamar a Somino, parecía imposible que por sus dedos hubiera pasado nunca la ilusión con la que había telefoneado solo unos días antes.

—Tengo ya los resultados.

—Vente al pueblo a dármelos, ya verás cómo te van a recibir, ien el bar el otro día no se hablaba de otra cosa! Tu sobrino me ha contado que hasta Sagrario, *la Antillana*, lo comentó el otro día en clase, pero ojo que dijo que a ella no le extrañaba que los ciervos hubieran muerto de eso. Estaba con el Pasmao, que estaba más *pasmao* que nunca, como si él tuviera la culpa de que los ciervos se murieran.

—¿Ah, sí?, pues ya ves, ni que lo que yo he descubierto sirva ahora de algo.

—Ya, eso dice papá.

Al otro lado de la línea su hermano suspiró, cerró los ojos y apretó las mandíbulas, como si quisiera que sus dientes se rompieran, cediendo a su rabia, a su presión.

—Mira, Abel, creo que es mejor que vengas aquí a hablar de los resultados, que luego ya se sabe como son los pueblos y lo que chismorrean la gente.

—Pero ¿han salido mal las pruebas?

Cesáreo volvió a abrir los ojos. No, las pruebas nunca salían mal. Tampoco a él, menos a él que a nadie. Otra cosa eran los resultados: si le gustaban a la persona a la que estuvieran destinados.

Para bajar se había puesto su mejor camisa: una Tervilor. Había metido en un sobre de estraza los resultados de las pruebas. Le producía cierta satisfacción saber que su hermano no fuera a entender nada de lo que estaba escrito en ellas. Y, sin embargo, sí que entendió lo que salió por su boca en otro lenguaje que multiplicaba el efecto de los análisis.

—No me jodas, César, no me digas esto...

—Si sigues vendiendo esa carne y te viene un control del Ministerio de Agricultura, ya puedes estar preparado para la que te va a caer.

—Prométeme una cosa.

—Dime.

—No se lo dirás a papá, se llevará un disgusto.

—Te lo prometo. —Y la promesa se le clavó como una estaca seca y astillada, una estaca que si se extirpaba dejaría dentro de su pecho fragmentos casi imperceptibles de madera, indivisibles ya de la carne.

Su hermano tuvo que sacrificar las reses y esperar a que las escasas tierras de su familia les dieran de comer aquel invierno.

Pero aquel invierno poco llovió y después de lo malo llegó algo peor, porque volvió a esperar otros doce meses para que levantara un buen año, pero seguía sin llover y Abelardo tuvo que vender la casa que se había comprado para volver con su mujer y su niño a la de sus padres.

Mientras tanto, mientras las hojas del calendario caían como las de los árboles, mientras los chopos de la ribera del río cambiaban dos veces de follaje, tuvo también que vender las nuevas reses aún sin crecer para mantener unas tierras de colza cuyo fruto le costó mucho vender. Cuando volvió a llover, ya no se acordaba de cómo se salía a la calle, ni de cómo se hacía para tener otro hijo aunque no lo pudiera mantener, ni de cómo salir del «hola» y el «adiós» y el «gracias» y el «bienvenidas sean». Desde que sacrificó sus reses por mandato de su hermano habían pasado dos veces todas las estaciones. Pero parecían veinte años.

—Dile a tu hermano que vaya al médico o al cura, no está bueno. Está así desde que tuvo que matar su ganado... Vete a saber qué viento le dio entonces —pedía su madre.

—¡Es desde que ese le dijo que sus reses andaban malas! ¡A ver si se creen que no me entero por viejo! —oía Cesáreo gritar a su padre de fondo, sin atreverse a pedirle a este que se pusiera al

aparato o a ir al pueblo a ver a su hermano. Ya nadie se acordaba de qué murieron aquellos ciervos, y ahora solo culpaban de la desgracia de su hijo pequeño a él, a su trabajo.

Una mañana, durante la segunda primavera que vino buena, la vieja bicicleta de Julio Barrueco desapareció. Al día siguiente, la cara de Abelardo, por siempre Abel para su hermano, estaba en los periódicos. Alguien, un vecino de un pueblo próximo, un tal Federico Sánchez, lo había visto alejarse tranquilamente en una bicicleta oxidada por un camino en desuso. Había sido la última persona en verlo.

* * *

Y tres días más tarde, en el kiosco de la Red de San Luis, en Madrid, muy lejos de allí, se recibió ese mismo número de aquel periódico de provincias. Javier Román, un cliente habitual, lo compraba porque era el que leía cuando estudiaba en una ciudad de provincias. Lo ojeaba casi a hurtadillas y lo tiraba en cualquier papelería, junto con su pasado, antes de llegar a la casa que el nuevo Javier Román compartía con Virucha Díaz-Mangala. Aquel día volvía de la Mallorquina, de comprar la tarta por el décimo cumpleaños de sus gemelos, cuando la cara de Abelardo Barrueco, impresa con grano grueso en la sección que atañía a los sucesos de toda la región, llamó su atención. Y más aún el nombre del lugar donde vivía.

—¿De qué me suena a mí este pueblo?

Cuando cayó en cuenta, estaba llegando a la altura de la papelería donde siempre tiraba el diario, pero la sobrepasó para dirigirse, con el periódico aún bajo el brazo, a la casa que su amigo Héctor Cruz se acababa de comprar en la calle Donoso Cortés.

—Javierín, tú por aquí.

—Pasé por un kiosco en Gran Vía y me fijé en que tenían el periódico que leía yo de estudiante, que ya ves qué casualidad, que nunca paso por ahí, y lo compré porque me hizo gracia —mintió—,

para ver con qué temas se aburre la gente de por allí.

Le tendió el periódico, abierto por la noticia de la desaparición.

—En esa foto el hombre parece un etarra, todas las fotos de desaparecidos son iguales. No sé cómo pretenden que los distingamos.

—Ya, ¿pero sabes de dónde salía este desaparecido cuándo le vieron por última vez? Lee.

Héctor se acercó el periódico y recorrió rápido la noticia con los ojos. Decía que en aquel pueblo había habido recientemente una redada antidroga. Su nombre era el de un lugar del que nunca se olvidaría.

—Qué me dices, chico, ¿es de Somino? Por la edad... Joder, lo mismo le he dado clase. Abelardo Barrueco... Me suena mucho. Al testigo... ¡pero si lo conozco! ¡Es mi amigo Federico!

—¿Conoces al que lo vio marcharse?

Contestó a la pregunta con inercia.

—Claro, claro. Creo que tengo su teléfono por algún lado. Voy a llamarlo, le hará gracia que lo haya visto aquí, en el periódico. Pasa, Javier, ponte un copa, yo voy a llamarlo ahora... Joder, ¿te has fijado en que le dedican al pueblo un apartado de la página?

En las columnas centrales, rodeado por dos líneas de tinta gruesa que lo separaban de la noticia de la desaparición, el periodista había querido recrearse en el lugar del suceso.

SOMINO, CAPITAL DEL COMERCIO DE ESTUPEFACIENTES

La localidad donde se vio por última vez a Abelardo Barrueco se ha convertido en una habitual de las páginas de este periódico durante los últimos meses debido a las recientes redadas realizadas por la Guardia Civil, y en las que se han llegado a incautar más de 50 kilos de heroína en diversas propiedades pertenecientes a los vecinos. El alijo más grande constaba de tres fardos de diez kilos cada uno, encontrados en las ruinas de una casa abandonada hace más de tres décadas y cuyos

propietarios viven en el cercano municipio de Villabriz. Según datos de la investigación, Somino es conocido por ser lugar de paso de la mayor parte de alijos que entran en Madrid. Se cree que esta deleznable actividad es ejercida con regularidad por una de las familias del pueblo desde hace varios lustros. Aunque por el momento no se han realizado detenciones, las fuerzas de seguridad del estado buscan a E. L. P., varón de unos cincuenta años, quien se cree que puede estar escondido en un bosque cercano a la localidad. Las recientes pesquisas llevadas a cabo por la Benemérita...

Los ojos de Héctor Cruz se agrandaban mientras recorrían la noticia. La impaciencia le hizo no poder llegar al final. Tenía que llamar a su amigo Federico.

—Me estoy quedando de piedra, Javier, luego te cuento todo, o una parte... porque es largo.

—¿Contarme qué? Nunca hablas de ese pueblo, fue tu primer trabajo, ¿no?

—Es verdad que nunca hablo de ese lugar, pero cuando te apetezca un día, con una copa delante, te cuento lo que quieras... Han pasado ya unos diez años de todo aquello, tiempo suficiente. Ahora déjame un momento, voy a llamar a Federico. Hace mucho que no habló con él y si no lo hago ahora, no le llamaré nunca. Llevo tiempo queriendo hacerlo, me gustaría ir algún día a visitarlo.

Javier asintió. En su cara empezó a dibujarse una sonrisa.

—Llámale tranquilo, te espero aquí y, cuando quieras, puedes empezar a contármelo todo.

Ni siquiera el polvo

—Madre, madre, imadre, venga!

La respiración de la vieja era un pitido constante, como si el aire quisiera entrar aceleradamente por un conducto casi obstruido, obstaculizado por el grosor que tienen las paredes de la edad. Al salir emitía un sonido bronco, que parecía querer llevarse esos muros por delante. Arrancarlos de cuajo, hacer sangre en lo más hondo de la garganta.

—¡Me muero, madre! ¡Me muero, venga usted!

La estancia estaba a oscuras y, en alguno de los gritos, el cabecero de metal chocaba contra la pared. La cama era enorme y el colchón de lana. La colcha bordada se le remetía a la vieja entre las piernas y arrastraba en uno de sus bordes. En su delirio veía ella un suelo de tierra batida, aunque hiciera años que su hija lo había cubierto con baldosas.

—¡Madreeeee...!

El grito empezaba fuerte y acababa sin aire, asustado de no poder durar más. La almohada estaba empapada de sudor y ella no encontraba lugar seco donde poner la cabeza. Se llevaba las manos a la puntilla bordada del cuello del camisón: había pedido que se lo abrocharan hasta arriba la noche anterior, pero ahora le apretaba demasiado.

Un hombre enjuto giró el interruptor de la luz: siempre miraba las tulipas onduladas de la lámpara, como comprobando el milagro de que las bombillas se encendieran. Esa noche, en cambio, no dirigió su vista hacia ellas. Aquella era también su habitación, aunque hacía más de un año que no dormía allí. Una pena inmensa corría por el fondo de sus arrugas, agarraba con sus manos el quicio de la puerta, brotaba de su boca desdentada. Anduvo a pasitos cortos hasta la cabecera de la cama, colocó la sábana y la colcha. Se

santiguó.

—Que Dios me perdone, pero que esto acabe pronto.

Retiró un paño blanco que había en la mesilla: era la mortaja que ella ordenó poner allí en uno de sus últimos momentos de lucidez. «Me da paz» había dicho, y acto seguido tuvieron que quitarle los anillos porque se le caían.

Cuando la hija entró en la habitación, ella seguía llamando a su madre, aunque su voz, por cansada, era algo más tenue. La respiración, por contraste, sonaba más brusca o se interrumpía. El hombre la miró con una tristeza que se le salía de los ojos.

—Hija, yo no puedo más... Que no nos dé Dios lo que podamos aguantar.

La hija miró el crucifijo de latón que presidía la cama, oxidado en la juntura de las manos y los pies, en el lugar de los clavos.

—No me gusta nada esa respiración.

—A mí tampoco, Sagrario, hija.

En ese momento la vieja, como si la apalearan, volvió a gritar:

—¡Hay que ir al entierro, al entierro de la niña Esther! ¡Que nadie sepa que la mataron!

Sagrario García, la *Antillana*, se llevó las manos a la cara. La desesperación movía sus brazos y su aliento.

—Voy a llamar al médico.

—Llámallo, aunque sea de madrugada.

Cuando volvió del cuarto del teléfono, preguntó a su padre:

—Papá, ¿es verdad lo que dice mamá?

—No lo sé.

Hubo un silencio en el que cada uno cogía de una mano a la demente. Los dos cuerdos notaban esa quietud como un paño húmedo y frío con el que alguien les empapara la nuca. El anciano decidió que, tantos años después, podía por fin hablar:

—No se ahogó. La mataron.

* * *

El cuerpo de la niña Esther había aparecido flotando en la buchina donde se bañaban todos los niños en verano. Había mucha gente delante y nadie se explica cómo pudo ocurrir, pero lo cierto es que, en aquel momento, ninguno miraba, como quien una tarde agacha la cabeza para prenderse un cigarro y al levantarla se encuentra la noche. Nadie ignoraba que ella sabía nadar y por eso la habían enterrado de prisa.

—Que la entierren esta noche —había dicho el Cejas, uno de los quintos que aquel año marchaban a la mili—. Antes de que alguien venga a hacer preguntas.

Todos los hombres del pueblo se sentaron alrededor de la misma mesa; iban a pasar la noche sin dormir, buscando un lugar en el cementerio donde cavar el hoyo de la niña Esther.

—Preguntas, ¿quién va a hacer preguntas?

—¡Quién sea! El Curro y el Palomo mismo, los guardias, el que sea. Lo último que quiero es que molesten. Que nos molesten a nosotros.

—Aquí nadie cree que se ahogó sola, ¿verdad?

Todos los hombres del bar se miraron. Arcadio Cuervo, *el Pelao*, dejó caer una ficha de dominó sobre la mesa. Más de una cara se fijó en él.

A la noche siguiente, al llegar a su casa, empezó este juego él solo, sin pedirle a sus hijas que lo acompañaran. Como siempre, Josefina y Elvira retiraron los platos, pero cuando la Mayor empezó a lavarlos, Elvira, *la Menor*, se fue embobada hasta el aparador donde estaba la única foto por la que conocía a su madre. Siempre había sido así: la Menor, a cada entierro que había en el pueblo, se quedaba tonta mirando aquel retrato, tocándose el pelo que le caía por la frente, como si quisiera imitar la onda con la que su madre se peinaba. Y si no hubiera habido entierro, pensaba su hermana, de otra manera se hubiera escaqueado para no fregar, ni limpiar las migas ni barrer el suelo, ni recoger la silla de su padre debajo de la mesa. Así había sido desde que había nacido y, con su llegada, su madre les había dejado. Josefina, aún niña, bien lo recordaba. La

había llevado donde la Tuerta para que la amamantara, porque a esta le había nacido un hijo muerto. Había sido también quien, en bicicleta, corría todos los trece de junio a Villabriz para que la pequeña tuviera algo dulce encima de la mesa el día de su cumpleaños. Quien encargaba telas a la ciudad para que no tuviera la niña que reutilizar vestidos viejos, quien había dejado de desayunar tocino para que Elvira —que estaba en edad de crecer— se tomara su ración. La que se sobreponía al recuerdo de su madre para contarle los cuentos que de ella había escuchado.

—Fina, el gallo Quirico.

—Un día al gallo Quirico lo invitaron a la boda del tío Perico...

Y el recuerdo de la voz de su madre le llegaba tan claro como si las paredes de la alcoba la guardaran, esperando a reproducirla al oír el nombre del gallo. Según transcurría el cuento, esa voz iba apretando la garganta de la narradora, abrazando sus ojos con un calor acuoso y blando.

—Y el gusanito estaba en el plato.

Y al llegar a ese punto se agarraba una mano con la otra y miraba al techo, como si su madre fuera a volver para consolarla.

—¿Por qué lloras, Fina? ¡Si el gusano estaba vivo!

—Por eso mismo, tonta.

Y le pasaba bastamente la mano por la cara como si fuera una caricia.

—Ahora, a dormir.

A cambio de aquello, a cambio de ser hermana y madre, a Josefina, *la Mayor*, la relegaron al olvido el día de su santo, a la obligación de mantener la casa limpia y ordenada, a la de procurar que la tristeza por la muerte de su madre no saliera de allí, pero no tocara a la pequeña.

Se enredaba saltando a la comba porque hacía mucho que no jugaba y era incapaz de seguir con atención los programas de radio porque enseguida el pensamiento sobre las labores llenaba su cabeza. Se aferraba a la escuela como al único lugar donde era igual al resto de niños, y aun así, en el rato del recreo, tenía que volver a

casa para llevarle a su padre el almuerzo a las eras. Muchos días ni siquiera volvía. Y de esta manera, como en un fundido a negro, su vista se fue nublando conforme se alejaba el recuerdo de su madre y crecía Elvira, que casi siempre se negaba a subir a la plaza a por carbón cuando llegaba el repartidor, o a ir al arroyo a frotar la ropa blanca:

—Es que hace frío y hay hielo.

—El hielo se puede romper para lavar.

—Déjala —interrumpía el padre antes de salir al patio que tenían en la parte de detrás de la casa—, es pequeña, ¿no te das cuenta? Si hace falta que lave la ropa, que la lave en la buchina.

—Papá, ¿cómo va a lavar la ropa en la...?

—Pues la lavas tú en el arroyo.

Sabía que, al ser ella la Mayor —así la llamaba todo el pueblo—, tenía que encargarse de todo a cambio de haber conocido a su madre. Hasta que un día, con las manos llenas de cortes por romper el hielo para poder lavar, volvió a insinuar que su hermana la ayudara al día siguiente.

—La niña es pequeña, Josefina.

—Yo tenía su edad y ya iba al arroyo a lavar. Luego, además, la llevaba a que le diera de mamar la Tuerta.

—¡Te cruzo la cara!

Saltó una muela con aquella bofetada de su padre: su hueco, libre de por vida, cerró para siempre el fundido a negro. Cuando lo repasaba con la lengua y se dolía en la encía viuda, arremetía como un arado contra lo que tenía por delante.

Y así, el pasar la lengua por aquel vacío se convirtió en costumbre. No podía entonces evitar mirar a su hermana para echarle con sus ojos la culpa de su orfandad, ni dejar de exigirle responsabilidad cuando le pedía ayuda y ella se escudaba tras los argumentos del padre.

—Elvira, ven, hay que colar la leche.

—No tengo fuerza para sujetar bien el colador sin que se me caiga. Soy pequeña.

—Pues vamos a tener que tomar entonces la leche según está.

La Menor se encaminaba entonces hacia la pila de fregar. El colador pesaba cada vez más cuanto más nata retenía, pero ella lo exageraba todo.

—Me duelen las muñecas.

A Josefina le dio un pinchazo en la cara el hueco de la muela: se lo estaba hurgando demasiado.

—Si estuviera mamá para ayudar... Pero claro, como mamá murió porque tú *nacistes*.

Se arrepintió al instante, y se juró a sí misma no volver a decir nada así. Minutos después, don Dámaso, el párroco, sujetaba su cara entre las manos mientras la Mayor lloraba con avidez.

—En la culpa llevas la penitencia. Prométeme que no volverás a hacerlo, anda.

Aquel día, al llegar a casa, su padre la esperaba en el salón.

—¿Hace cuánto que sabes leer y escribir?

—Mucho, padre.

—¿Y las cuatro reglas las dominas?

—Claro, padre, desde hace años.

—Nada más es necesario. Mañana no vayas a la escuela. Mejor será que vayas donde la Tuerta a hacer ayuda con su casa, tenemos por qué estarle agradecidos.

—¿Y pasado mañana?

—Ni mañana, ni pasado mañana, ni nunca. Los de tu quinta no van desde hace tiempo. No todos sirven para ministro. Arrea ahora a la cama.

Elvira, desde el fondo del pasillo, le sonreía con crueldad revanchista.

A la mañana siguiente, cuando salió de su casa para ir a la de la Tuerta y vio cómo su hermana seguía hasta la escuela, olvidó para siempre la promesa hecha a don Dámaso. El rencor es un sentimiento que puede seguir ahí, aunque se olvide el hecho que lo motivó.

Y allí estaba el rencor, años después, también a la noche

siguiente de la muerte de la niña Esther.

—¿Qué le pasa a papá? —preguntó por tercera vez la Menor.

Arcadio, *el Pelao*, volteaba una y otra vez la ficha de parchís sobre sí misma.

—¡Niñas! ¡A la cocina!

Por primera vez en su vida, la Menor acudió preocupada ante la presencia de su padre. Lo que no sabía es que esa preocupación la vestiría ya de esa tarde para siempre en adelante.

—Estos días... Estos días procurad salir a la calle lo menos posible. ¿Entendido?

—¿Por qué, padre?

—No os conviene oír lo que dice la gente.

—Dicen que en la buchina, esta noche, se oía la voz de la niña Esther pidiendo justicia.

—¡Bobadas!

Aquella noche, de madrugada, el Pelao fue a buscar a alguien de su confianza. Entre los dos y con la ayuda de los burros, sin más luz que la poca que consiguieron sacar de la noche, volcaron la buchina y la tiraron a una poza que conocían en el arroyo.

—Padre, la piedra cascó, queda un poco en el erial de casa.

—Déjala. Una piedra no hace daño a nadie.

Cuando se acercaba el final de aquel estío, a las hijas de Arcadio les parecía que habían pasado ya tres veranos y creían ver crecer la hierba a las puertas de su casa. Durante aquellos meses apenas habían salido, y lo habían hecho acompañadas la una de la otra. Nunca se habían encontrado con vecinos en su propia calle: todos bordeaban la casa.

—Mi padre hizo tirar la buchina donde se ahogó la niña, ¡que lo sepáis!

—¡Por estas! —remachaba la Menor cuando, en el ultramarinos, todo el mundo callaba al verlas entrar. Besaba entonces una cruz que hacía con los dedos.

Doña Aurelia, aquel verano, siempre les daba la cola de bacalao más seca, los sellos pequeños que nadie quería, los carretes de hilo

que, por viejos, parecían a punto de quebrar.

Fue Josefina, *la Mayor*, la que una tarde de septiembre encontró a su padre en el erial. La boca abierta, como su cabeza, las piernas retorcidas, los brazos esperando quizá los de otro, muerto, con los ojos aún reflejando el cielo que anochecía. No había nadie por allí cerca y la Mayor no supo si sentirse observada o no. Lo que no sentía, y no podía explicarse por qué, era sorpresa. Se sacudió el polvo de las manos, agarró los pies de su padre, y lo metió rápidamente en su casa. Lo primero que hizo fue cerrar las persianas.

Los primeros en marcharse del pueblo fueron Eutiquio, *el Remilgao*, y Asunción, *la Quieta*, su mujer. Y, aunque lo tenían previsto para días más tarde, lo hicieron la misma noche en que los vecinos incendiaron el tejado de su casa mientras dormían dentro, con su hija Sagrario.

* * *

—... No he vuelto a Somino desde aquellas. Ir al cementerio es no ir, aunque allí tenga ya a casi todos. —Eutiquio apretaba la mano de su mujer, que de vez en cuando gritaba que había que ir al sepelio de la niña Esther, como si no le hubieran dado tierra cuatro décadas atrás.

—¡Que digan que fue un accidente! —La anciana abría los ojos, parecía que le iban a salir rodando—. El Pelao ha tirado la buchina a una poza porque decían que allí se oía la voz de la niña Esther pidiendo justicia.

Su hija, Sagrario, *la Antillana*, le limpiaba la frente como si temiera levantarle la piel.

—Creo que tendremos que ir a ese cementerio, padre. Y no tardando.

—¿Seguirá allí la casa? ¿Sigue la casa, hija?

—Sigue. Llena de maleza. También ha nacido un castaño dentro.

—¿Tú recuerdas el incendio? Eras muy pequeña...

—Qué más da, padre.

—Esa misma madrugada echamos a andar tu madre y yo contigo hasta Villabriz. Creo que es hora de que sepas que fue gracias a tus tíos que pudimos llevarte aquel invierno interna a las monjas. Incluso aquí, en Villabriz, teníamos miedo. A nadie gustó que nos quisiéramos ir después de lo del Pelao y la niña Esther. Nosotros ya habíamos dicho que marcharíamos a vivir a Villabriz, pero no esperábamos que se lo tomaran tan mal. Por eso quemaron la casa antes de que nos fuéramos, se querían cobrar la venganza por adelantado, la venganza a nuestra traición. He oído después que, cuando vinieron los años malos, usaron lo que había quedado en pie para guardar..., para guardar esas cosas de los negocios de los Lobo. Menos mal que nos fuimos antes de que ellos empezaran a hacer negocio con el diablo. Luego pasó lo que pasó con los ciervos, que encontraron ese veneno, porque es veneno, y se lo comieron y se morían, de esto te enteraste tú en el bar hace años...

Sagrario recogía con cuidado el paño de la frente de su madre, como si pudiera molestarla. Nunca había escuchado aquellas palabras de su padre. Sin embargo las conocía de antemano. Hay un punto, al final de la adolescencia, en que quizá por haber dejado en barbecho las dudas de la niñez, uno se da cuenta de que estas se han simplificado hasta esclarecerse por sí solas. Ya estas explicaciones le llegaban tarde, porque de su adolescencia, lejos de todo, habían pasado más de cuarenta inviernos. Ahora lo único que hacía era contar los pocos que le quedaban para la jubilación.

—Después de lo de la niña Esther vino lo de Arcadio, *el Pelao*, y también le enterraron corriendo porque todos sospechaban lo que había pasado... Teníamos miedo de que ocurriera algo más.

—Padre.

—¿Qué?

—Voy a abrirle la puerta al médico, acaba de llegar.

* * *

En las calles de Somino los viejos aún recordaban que se celebraron dos entierros a la carrera para que nadie preguntara, pero nadie supo nunca que, en su primera noche en el cementerio, la tumba de Arcadio Cuervo, el Pelao, quedó mal cerrada. Y nadie, ni siquiera sus hijas, supo que siempre habría de estarlo, porque en la tarde del entierro ya anochecía y la cerraron deprisa y a ciegas. Josefina, *la Mayor*, no quería que nadie hiciera preguntas ni revolviera en el cadáver como se revuelve en los cajones viejos, en las cartas que cuentan sucesos banales y esconden en su interlineado un mensaje bastante más atroz de lo esperado.

—Si no se mueve la lápida, déjala, y si hay que acabar, mañana se acaba a primera hora —ordenó la mayor de las Cuervo deslizando un billete en el bolsillo del enterrador—. No hace falta que se enteren los vecinos, ya se sabe que en los pueblos se habla mucho.

Porque la carne desaparece pronto —pensaban las hermanas Cuervo— bastarían pocos días, semanas tal vez, para que el cuerpo se volviera irreconocible y el rostro perdido ya para siempre. Pero lo que hay debajo, el hueso, tarda en volver al polvo y la calavera de su padre, la herida que le causó la muerte, seguiría intacta, como una voz traidora por la que empezar a tirar del hilo.

—Josefina, en el pueblo dicen que la niña Esther y papá están tan cerca que el espíritu de ella agrieta el suelo del cementerio para alcanzar su tumba y vengarse.

—Que hablen lo que quieran. Y tú sal menos a la calle, que no paras de atender a bobadas.

Y así fue como nadie, ni siquiera las hijas de Arcadio Cuervo, supo nunca que aquella tumba estaba mal cerrada porque el enterrador, a la mañana siguiente del sepelio del Pelao, se encontró con la chapuza ya hecha, seca e irreparable, y no le dijo a nadie que no había podido enmendar aquello.

La tumba quedó mal cerrada, sí, y su abertura era como una boca que contaba una leyenda sumergida en el inconsciente colectivo. Un cuento viejo y tenebroso que salía de la lápida de Arcadio, pero que narraban también los bosques, porque la historia

eran los árboles, el mármol y todo lo que vendría: las tierras aradas, los animales robados, las pedradas... Una leyenda viva que se perdía atrás en el tiempo y que ya era inherente a todos.

Y aunque pensara que la losa estaba bien sellada, cada vez que Josefina veía entrar en el cementerio a alguien que no acostumbraba a hacerlo, caía de rodillas en el suelo, mojaba los dedos en un bote que tenía en casa lleno de agua bendita, se santiguaba y empezaba los misterios gozosos rogando que nadie se acordara de su padre.

Con todo, a nadie gustaban las visitas de extraños, ni en el cementerio ni el pueblo. Por eso mismo, por citar un ejemplo, muchos años más tarde se recibió con resignación a una madre soltera que dieron en llamar la Mérita y que llegó a vivir a Somino con su hijo. Ella no duró más de dos inviernos allí, el segundo de los cuales coincidió con un joven maestro de Madrid, el Bombilla, que solo duró uno y al que volvieron a ver, con desagrado, en alguna ocasión, tiempo más tarde.

* * *

—Héctor, ¿cómo estás?

—Federico, ¿me oyes bien? Este teléfono es nuevo, inalámbrico, funciona sin cables y no me fío mucho.

Cuando a Héctor Cruz, *el Bombilla*, le dijeron que tendría que volver a Somino, agosto caía sobre el pueblo como una manta de luz clara y dañina.

—Tienes que volver.

—¿Y no será el funeral en Villabriz?

—No, sabes que es en Somino. Serán solo unas horas. —Hubo un silencio. Federico decidió romperlo e insistir—: ¿Vendrás? A Sagrario le gustaría.

—Iré, claro.

El maestro imaginó las calles del pueblo en verano. En algún lugar, las chicharras cantaban a sus puertas cerradas, a las calles desiertas, a las persianas verdes desenrolladas, como si todo fuera

un accidente de la naturaleza y ni siquiera hubiera habido allí hombres para levantar las casas. Villabriz, en cambio, era un lugar más amable: desde que había retomado el contacto con Federico años atrás, tras ver su nombre escrito en un periódico, había regresado en varias ocasiones.

—¿Siguen sin saber que la droga que mató a los ciervos la escondiste tú en el bosque cuando lo de la Negra?

—Sí, todavía piensan que fue un alijo que perdieron sin querer.

—Espero que estés más tranquilo con ese tema. Hace ya muchísimos años de aquello.

—Prefiero no hablarlo, de verdad... Escucha, pasa primero por Villabriz y desde aquí vamos en mi coche con Susana. Será mejor que te vean lo menos posible. Son capaces de reconocer tu coche.

—Me he comprado otro, no cabíamos todos en el 127.

—Peor si es nuevo. No hace falta que te diga cómo se comportan con los coches nuevos. Y más si alguien se da cuenta de que es tuyo.

—Ya...

—Héctor, es normal que no te apetezca venir, recuerdo perfectamente cómo fue la última vez que saliste del pueblo... Hay gente que no te quiere bien. Pero solo serán unas horas.

—¿Qué es de Ezequiel?

—Pasa a veces por aquí, escondido, claro, cada vez viene menos... No te preocupes, no sale a la calle: desde la última vez que le enchironaron, se anda con más cuidado. Lo han llevado preso ya varias veces, pero siempre acaba saliendo por buen comportamiento. Hay que tener redaños para soltarlo.

—Si tengo que ir, iré. Salgo mañana por la mañana.

* * *

Nadie había arreglado la carretera desde la última vez. Tampoco desde la primera. Héctor Cruz Fernández, *el Bombilla*, había dejado dicho en el centro para invidentes en el que trabajaba que no podría

ir a impartir sus clases ese día.

María, de cejas gruesas y pelo enmarañado, que usaba largas faldas con flores, no había insistido en hacer el viaje con él. Prefería quedarse con los niños en casa, pero aun así se ofreció a acompañarlo por el cariño que se tiene a las amistades viejas:

—No tenemos por qué decir que no estamos casados si con eso se alteran. Los niños se pueden quedar en casa, ya tienen edad para pasar unos días solos.

—Cuando vaya únicamente a Villabriz, venís conmigo. Pero a Somino no. Ya te he contado delante de Javier cómo es.

—No me hables de Javier, sabes que no lo soporto. Tiene algo que no me gusta.

A ambos lados de su nuevo Seat Toledo, el campo corría arisco y sarmentoso, como ocurría desde hacía ya más de una hora, como seguiría ocurriendo largo rato. En determinado momento, la radio chisporroteó alto, como si el aire empezara a envenenarse y la ahogara. La voz prematuramente ronca que cantaba que les dieron las diez y las once se ahogó en un murmullo de estrellas minúsculas que estallaban como la morralla de los fuegos artificiales. Aun así, Héctor dejó la radio encendida.

Recordaba Somino con el barniz de la inocencia de entonces, cuyo sabor a veces todavía trepaba por su esófago, cuya textura en ocasiones encontraba entre sus dedos, bajo los puños doblados de la manga de la camisa o, sin saber cómo, en la hebilla del cinturón.

¿Comprendería ahora a aquella gente? Si tuviera que volver, sin conocerlos, ¿daría las clases siempre de pie, como hizo entonces? ¿Se haría amigo de Sagrario y Federico? Sabía, en cambio, que si las cosas se torcían lo suficiente como para que él tuviera que volver allí, o a algún lugar similar, no iría ya nunca con la mirada limpia. Seguía sin entender por qué aquella gente se odiaba sin remedio y si se tenían afecto. Si se querían, de qué modo lo harían. ¿Se enamorarían acaso?

¿Qué motivaba tanto odio si no era el amor? No era codicia lo que levantaba el rencor de aquella gente; solo querían vivir un año

para llegar al siguiente, y esperar con resignación y los brazos abiertos lo que del cielo quisiera caer: buenas o malas noticias. Necesitaba una explicación.

Quizás un día surgió entre dos muchachos un amor tan grande que había enfrentado a las familias y a todo el pueblo. Un amor que los vecinos truncaron por envidia y que, tiempo más tarde, llevó al antiguo amante a ahogar a la nieta de quienes le arrebataron a la única mujer a la que habría dado de buena gana su libertad. A veces, pensaba Héctor, rellenamos los huecos que les faltan a las historias con otras de nuestra invención que nos ayudan a entenderlas.

El sol ya le iluminaba de frente, ¿llegaría tarde? Su reloj se había parado hacía rato y el segundero intentaba avanzar inútilmente entre el segundo treinta y seis y el segundo treinta y siete, en una hora que ya no importaba. El campo se extendía a sus lados suavemente ondulado, como si una leve brisa pudiera moverlo levantando la aspereza de sus trigos, lo cabizbajo de los girasoles ya cansados, con la cabeza pesada y tonta, el tallo hirsuto. Sus ojos se perdían en aquella plenitud del campo: a lo lejos no se divisaban sierras ni cerros, solamente los colores toscos —a veces tan poco amables, tan calmos en cambio— de las tierras cultivadas y en barbecho. Eran tan exactas, tan concretas, que parecían haber configurado el terreno para siempre, haber transformado las propiedades de la tierra tras siglos de arado hasta convertir la cuadrícula de las parcelas en algo que se repetiría por sí solo si los hombres, en algún momento, dejaran de poblarlas.

Parecía que las grandes ciudades se hubieran replegado en los postes de madera de los tendidos eléctricos. Llevaba mucho tiempo en esa carretera. ¿Cuánto conduciendo en aquella dirección? No había desvíos. De repente se sorprendió pensando que quizás aquello no tenía fin y que seguiría avanzando en línea recta siempre, a través del mismo paisaje pardo y amarillo. Con las gafas mal graduadas, con el sol de cara, cegándolo, pero sin nublar sus ojos del todo, manteniéndose en una inercia en la que ni siquiera la

muerte, ni siquiera el polvo le sorprendería.

Miró rápidamente a los lados y vio lo mismo que de frente. Las mismas tierras inmensas, ásperas.

Parecían eternas.

Agradecimientos

Creo que en una vida feliz hay muchas cosas que agradecer, por lo que podría llenar estas páginas de multitud de nombres. Como sería difícil acabar y dejar cerrada esta lista, me ceñiré a aquellas personas que han tenido que ver con la escritura y corrección de esta novela, y que desde un primer momento han estado seguros de su resultado final. Dicho lo cual me gustaría dar las gracias...

A Héctor Cruz Fernández, porque soy consciente de que se lo he hecho pasar muy mal. Sé que la vida que le he dejado tras y entre las páginas es un periplo vital feliz y lleno de satisfacciones. Informo al lector de que el protagonista ha quedado muy contento con su trayectoria ejerciendo la única profesión imprescindible y la más importante de una sociedad sana: la de maestro. Aunque viaje mucho, actualmente reside en la que había sido la casa de sus padres, en la calle Hermosilla con Claudio Coello. No le caen bien los vecinos, pero le tiene mucho cariño al lugar. Como diría Ana María Matute: si se lo encuentran, créanselo, porque me lo he inventado.

A mi tía y a mis primos, por permitirme que en esta novela aparezca el único personaje que he calcado de esta vida: mi tío Luis. Y a mi tío Luis, porque sale en un capítulo y hubiera merecido una novela entera. Siento haberle hecho coger el coche, me he visto obligado por exigencias del guión.

A la familia Álvarez-Mendivil-Ciriza. Por dos cocinas y por permitirme ser uno más. No os puedo decir que «esto es todo lo que hay» porque habrá más.

A Nicanor Gómez Villegas, por el Andros de Parera y por hacer que mi casa nunca dejara de serlo.

A Pilar Sánchez y a Rocío Montarroso, por tener siempre las puertas abiertas. A Pilar por enseñarme la importancia de una mesa bien puesta y de la alegría, y también por su familia. Y porque, en su

mar de encuentros, los encuentros somos todos, pero el mar es ella.

A María Jesús Ramos, por llevarme de la mano a través de los subterráneos caminos de la literatura.

A Castilla, lo castellano y los castellanos, y a *Castilla, lo castellano y los castellanos*, y a todo lo que escribió Miguel Delibes. A Miguel Delibes.

A Belén Gopegui, que leyó esta novela en un primer borrador y me dio ánimos para seguir trabajando en ella. Siempre me pregunta «¿Sigues escribiendo?». Y yo contestó que sí, que siempre. Como diría don Pedro Larroque: «Siga usted, señorita Montalvo, siga siempre».

A Imma Turbau, porque todo empezó con una dedicatoria que escribió hace más de una década y que sigue al pie de la letra día tras día.

A Fernando Paz, por la difícil tarea de buscar un nombre nuevo y no acomodarse con los consagrados. Gracias por su tiempo, su trabajo y su profesionalidad, y por haber hecho la llamada telefónica que más sonrisas me ha levantado.

A Marina Mena, porque en sus primeras Navidades sin trabajar trabajó por esta novela, y también por el cariño con el que ha acogido el libro y por creerse esta historia desde el primer momento y la primera página.

A Palmira Márquez y Laura Santaflorientina, porque pocos trabajos hay más bonitos que hacer llegar la cultura a la gente.

A Mercedes Castro, porque ha soportado el catálogo de histerias de un autor primerizo y el mío propio. Por enseñarme que las cosas me suceden y no me pasan, tal y como le ocurre a ella, y porque espero que compartamos mesa en Mariano de Cavia muchos años más. He aprendido mucho de ella.

Por último y, sin querer agraviar a los arriba nombrados, mucho más importante: a Ignacio del Valle, por enseñarme a beber whisky y a comer queso. Estos dos argumentos serían definitivos, pero eso es lo menos sustancial de todo. Gracias una vez más, y nunca serán bastantes.